

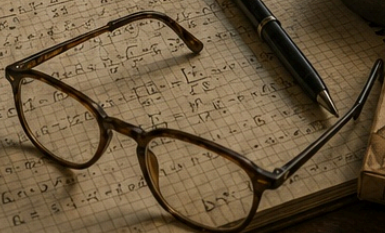
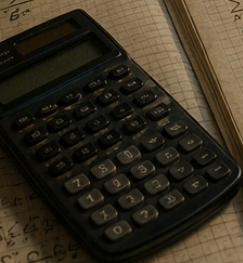
Juan Cacho

o un cacho de Juan

Francisco Palacios Chaves

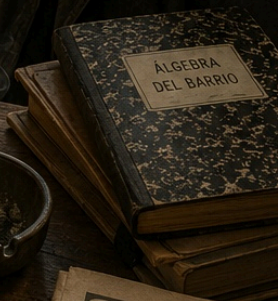
LA VIDA
ES LO QUE
SUCEDE
MIENTRAS
HACES OTROS
PLANES

Quinto.
Sin ascensor.
Con vistas.



Sanidad.
Quinto.
Dos tercios.
Inspecciones.

¿?



Juan Cacho o un cacho de Juan

Francisco Palacios Chaves

Juan Cacho o un cacho de Juan

(2008)

Francisco Palacios Chaves

Juan Cacho o un cacho de Juan

© Francisco Palacios Chaves. Todos los derechos reservados.

Edición digital gratuita.

Esta novela puede descargarse, conservarse y compartirse gratuitamente en su archivo original, completo y sin modificar.

También puede compartirse libremente el enlace a la página oficial de descarga.

No está autorizada su venta, su utilización con fines comerciales, su modificación o adaptación, la eliminación de los créditos de autoría ni su publicación o alojamiento público en otras webs, plataformas o servicios sin autorización expresa del autor.

La distribución gratuita de esta obra no supone renuncia alguna a los derechos de propiedad intelectual ni su incorporación al dominio público.

*A mi niña, mi amiga,
mi confidente, mi esposa:
sin ella, ni Cacho ni yo
estaríamos tan vivos.*

Prólogo del Prólogo

Siete años. Hace siete años comencé a escribir las primeras frases de *Juan Cacho o un cacho de Juan*, y hoy por fin ve la luz. Esto sí que ha sido un parto.

En un principio, Juan era un detective privado, menuda ocurrencia. Pero cuando llevaba emborronadas veinte páginas, el señor Cacho se quedó parado en medio de un pasillo y se negó a seguir andando. Me miró y permaneció en silencio, dejando muy clarito que no pensaba dar ni un solo paso más, que ese no era él ni su vida ni su historia. Así que, cogiditos de la mano, desanduvimos lo andado y comenzamos de nuevo.

Tras año y medio de escribir, borrar, volver a escribir, emborronar, tachar, completar e insertar, terminé de teclear las últimas líneas de esta novela. A partir de ahí, torturé a todo humano conocido, obligándolo a leerla y darme su opinión. Los hubo que me compararon con Tom Sharpe, otros con Eduardo Mendoza, algún loco con Woody Allen. A todos les agradezco su infinita paciencia, sus halagos, y desde aquí les prometo que pronto les pagaré las cañas que les debo.

Un escritor, básicamente, escribe sobre lo que conoce, sobre lo que vive, sobre lo que sueña. Nada llega al azar. Por eso casi todos dicen que Cacho tiene mucho de mí; raro sería que fuese de otra manera. Claro que tiene muchos

retazos de mi carácter, incluso se me parece físicamente. Pero me completa; Cacho tiene rasgos que me gustaría tener, y carece de los que me sobran, así que, entre los dos, formáramos un señor estupendo... Una pena, ¿verdad?

Si en este libro vas buscando la revelación de verdades eternas, frases que le den un sentido a tu vida, pensamientos profundos y elocuentes discursos sobre la naturaleza humana, te has equivocado de libro, de estantería y hasta posiblemente de planta. No es que reniegue de esa literatura, más profunda, de mayor calado; pero yo no pretendo eso, ni mucho menos. Sólo quiero hacerte pasar un buen rato, que te olvides de la hipoteca, el Euríbor, los asesinatos, la suegra, los cuñados, y pases unos momentos agradables, al menos hasta que vuelvas a encender la televisión y llegue la hora del Telediario. Si lo consigo, cumplí mi objetivo; si no es así, al menos tienes un buen puñado de papel para envolver bocatas.

Y el Prólogo...

desde la más objetiva
subjetividad de una amiga

Siempre he creído que todos los personajes de todos los libros mantienen una parte de ellos arraigada en el alma de su creador. Sin embargo, creo que son muchos los que han podido descubrir en Juan Cacho vestigios de sí mismos —ya sean hombre o mujer— en muchos de sus actos, pensamientos, miedos, deseos y palabras. Otros podrán reconocer en él a alguien cercano; lo que sí es cierto es que el señor Cacho forma parte de todos y cada uno de los microuniversos que constituyen el hábitat de la clase media española.

Francisco Palacios es un Charles Bukowski sin obscenidades ni desfases, en la más higiénica de las manifestaciones realistas del «Realismo sucio». Es un Alfredo Bryce Echenique sin delirios grotescos en sus añoranzas. Es un Eduardo Mendoza de las colmenas obreras de esta sociedad rutinaria. Es el hijo ficticio de Francisco Ibáñez y Agatha Christie.

Con un lenguaje sencillo, directo y fresco Juan Cacho es el maestro de ceremonias de una orgía de convivencias vecinales al más puro estilo *Rue del Percebe 13* o *Aquí no hay quien viva*, de *Siete Vidas* o *Aida*. Es, como novela —sin duda—, el retrato que cualquier cámara fija puede realizar de una comunidad de vecinos cualquiera.

Juan Cacho retrata el día a día del eterno jefe anclado en el pasado laboral; de las estudiantes —buenas o malas— que siempre encuentran morbo en su profesor; de los treintañeros perdidos en la transición trasnochada y caduca; de las marujas y sus manifestaciones erótico festivas bajo la represión del aburrimiento y la losa de la educación errónea; de hombres y mujeres que ven como discurre su vida sin tener la ocasión de manejar el timón de su existencia, avocándola así a la más completa de las rutinas y la más desoladora cotidianeidad, hasta que se dan cuenta de que son los protagonistas de su devenir vital y comprenden que todo depende de la perspectiva desde la que se mira.

Francisco Palacios es el fotógrafo de la delincuencia, del maltrato, del deseo sexual, de las frustraciones y la infelicidad, de la prepotencia y la depravación, del amor y la amistad, de la adolescencia y la novedad; y siempre manteniéndose al margen de opiniones sensibleras impregnadas del espíritu del reportero gráfico.

En un mundo en el que nada es imprescindible y todo depende del valor del momento leer un libro como Juan Cacho puede provocar que nos replanteemos tomar el hábito de la lectura como inercia, como ver las noticias de las nueve o comprar el periódico los domingos: una necesidad voluntaria.

Elena Jiménez

<http://elenapjimenez.blogspot.com>

Agradecimientos

Quiero dar las gracias a mucha gente, a todos los que me apoyaron y ayudaron, pero especialmente a:

Mis amigos, antiguos alumnos, compañeros de trabajo y parientes cercanos, a los que usé como cobayas humanas para observar sus reacciones.

A Elena Jiménez, por lo que ella ya sabe... Te la debo (cielos, que esto no lo lea mi mujer).

A Rubén Peinado, que hace maravillas con un bolígrafo y que supo plasmar el espíritu de Cacho en cuatro trazos.

A mi editor y su equipo de trabajo, por apostar por un completo desconocido. Ya veréis que pelotazo vamos a dar.

Como mención especial, quiero acordarme de todos aquellos que jamás me apoyaron, de los que nunca creyeron en mí, de los que, estando a mi lado, no quisieron saber nada de estas páginas. Vosotros sois culpables, en gran medida, de que haya llegado hasta aquí. Ajo y agua.

El Dedos, La Milagrosa
y unas clases

Eran las nueve de la mañana cuando el reloj despertador empezó a darme las noticias de la mañana a gritos, sacándome de un paraíso de chicas en bikini y vasos llenos de ron de caña hasta el mismo filo. Intenté esconderme debajo de la almohada, pero era inútil; el locutor de la emisora se había tragado durante el desayuno un par de altavoces de mil vatios y los estaba probando junto a mi oreja: «SOOOOON LAS NUEVE DE LA MAÑANAAAA, UNA HORA MEEEEEEENOS EN CANAAAARIAS». Así que salí de mi madriguera, me estiré hasta el límite de las articulaciones y me senté en el borde de la cama al compás del crujir de los tobillos. Me levanté despacio y me saqué los calzoncillos de la raja del culo antes de que me llegaran hasta el duodeno.

La habitación estaba a oscuras pero la conocía como conozco la posición exacta de los lunares de mi brazo. Avancé a ciegas hasta la ventana, subí la persiana y dejé que el sol inundara el dormitorio hiriéndome los ojos con sus agujas amarillas y haciéndome parpadear tres docenas de veces. Las sombras se batieron en retirada refugiándose bajo

la mesita de noche; la pobre aguantaba de pie apoyada contra la pared frente a un viejo ropero de madera que pronto sería declarado Parque y Reserva Nacional de la Polilla.

Aún tambaleándome, víctima de las balas del sueño, y descalzo, en venganza a los más de veinte años en los que tuve que oír a mi madre decir que me pusiera las zapatillas, llegué hasta la puerta del cuarto de baño; la puñetera, al girar sobre sus goznes, protestó con el mismo tono de sublevación que una vieja artrítica a la que se le cuelan en la cola del supermercado. Me planté frente al espejo, que me devolvió la imagen de un tipo que se asemejaba a mí. Sí, quizás fuera yo ese, un treintañero que había tenido mejores mañanas. Mis ojos, normalmente marrones, tenían esa mañana, alrededor del iris, una aureola rojo sandía, producto de las muchas horas que me había pasado fijando la vista y de una conjuntivitis mal curada en la niñez. No me preocupaba mucho, pero día a día las entradas se iban agrandando como si el cuero cabelludo le fuera viniendo cada vez más pequeño al cráneo y, para colmo, me empeñaba en seguir peinándome hacia atrás, dejando las puntas del pelo hacia arriba. Estiré la mandíbula y me acaricié la barbilla notando que lo que en su día fueron unos puntos azulados ahora era una gran extensión de césped mal cuidado, corto y con parches. Así que, por una vez y sin que sirviera de precedente, me dispuse a afeitarme sin tener que hacerlo por obligación ante una cita social ineludible, boda, bautizo o comunión del niño del primo Fernandito. El resultado: una cara suave como el culo de un recién nacido, tres cortes alrededor de los labios con sus correspondientes trozos de papel higiénico y un lavabo lleno de pelillos.

Tras una reparadora ducha con agua fría, que dejó evidentes secuelas en mis ingles y aledaños, volví al borde de la cama para vestirme. Mientras anudaba los cordones de mis zapatos miré el paisaje que se extendía ante mis ojos. No hacía falta ser ningún lince para darse cuenta de que allí no se hacía una limpieza a fondo desde que Dios creó el polvo —con perdón—. El estado de mi cartera no me permitía costear los servicios de una asistenta y no soy de esos que se desviven exterminando pelusas o persiguiéndolas debajo de los muebles, ni de los que no paran hasta que la raya del pantalón les sale dibujada a escuadra y cartabón. En la mesita de noche se amontonaban algunos libros en una inestable columna salomónica, y el polvo, chulesco y provocador, se mostraba subido sobre ellos, tapizándolos de un suave color gris ceniza. El ropero iba volcándose cada día un poco más hacia delante, quizás de forma imperceptible para los demás, pero no para mí; sin duda intentaba jugar conmigo al escondite inglés con la intención de caer sobre mis piernas la noche menos pensada. Varias camisas descansaban esparcidas sobre el suelo, como cadáveres de un accidente aéreo antes de la llegada de las asistencias. Me prometí, un día más, que de hoy no pasaría, que por fin limpiaría y ordenaría todo, que ya era hora. «Por Dios, Juan —me dije—, te estás convirtiendo en un desastre de hombre, si no lo eres ya». Aproximadamente cinco minutos más tarde, la promesa cayó en la misma fosa común que las anteriores, y una nueva colilla, a medio fumar, apareció entre las otras mil quinientas —cien arriba, cien abajo— que se hacinaban en el cenicero del salón. Un último repaso en el espejo, la relocalización de un pelo que se rebelaba contra la dictadura de la gomina, cayendo sobre la frente..., y a la calle.

Mientras, me hacía un esquema mental de los pasos que debía seguir a partir de ese momento: tomar un cafelito, comprar el periódico, acercarme a la academia a ver si necesitaban personal para las clases de verano, lavar el coche... ¿Lavar el coche? Fuera, fuera... Bajé por las escaleras las cinco plantas hasta el portal. En la entrada, tras el mostrador de madera —que con casi toda seguridad procedía del Arca de Noé— se encontraba Doña María del Pilar, viuda de guerra, portera del bloque y mi casera; una mujer de armas tomar que había hecho huir por piernas a más de un repartidor de publicidad y a varios miembros de los comandos de los Testigos de Jehová, a pesar de sus carnés. Aprovechando que estaba de espaldas pasándole el plumero a los buzones, intenté alcanzar la puerta. Uno puede esquivar a los tenderos y a los dueños de los bares en los que uno hasta debe callarse, pero con los caseros es mucho más complicado, sobre todo en el caso de Doña María del Pilar, maestra de perros de presa y de defensas centrales. Me moví con sigilo, casi de puntillas —quien me viera desde la calle creería que andaba sobre brasas ardientes o sobre un suelo recién encerado—, pero todo resultaba en vano; el más mínimo cambio en el discurrir de las corrientes de aire del portal ponía en alerta los sistemas receptores de mi portera... Fue eso o que por poco no me mato al resbalar sobre el suelo, aún húmedo después del último fregoteo.

—Espero que este mes no se retrase en los pagos, don Juan.

—Buenos días, doña María. No la había visto... ¿Le han dicho que esta mañana está usted especialmente bella?

A veces, la mentira puede ser más dolorosa de lo que nadie pueda imaginar. Sobre la cabeza de la portera, una docena de rulos de los más variados colores, se parapetaban

bajo una redecilla fucsia, y un enorme vestido negro, hasta media pantorrilla, intentaba soportar la presión de una cantidad de kilos que no me atrevería a intentar adivinar, quizás por el temor a quedarme corto.

—Sí, sí, seguro. Pero recuerde que para el...

—Para el día quince estarán los recibos al cobro —interrumpí. —No se preocupe, le pagaré éste y los que le debo.

Le daba gracias a Dios porque el mostrador nos separara a modo de burladero, ya que sin protección, podría haberme dado tres puyazos en todo lo alto con el plumero. Ovación y vuelta al ruedo.

—Eso lo escucho todos los meses, don Juan. A ver cuándo es verdad. No quiero hablar de usted al administrador, pero debe comprender que...

—Esta vez es verdad, doña María, se lo prometo. ¿Le he dicho ya que esta mañana está especialmente bella?

Lo mejor en estas situaciones es no permitirle reaccionar, y por eso salí a la calle dejándola con la palabra en la boca mientras esgrimía el plumero como si fuera Charlton Heston en *El Cid*, atacando a los pobres moros con su Tizona. Anduve un par de manzanas con pasos largos y rápidos, buscando el olor a café que salía por la puerta del Dos Tercios Del Quinto. Sentado en un escalón, un pobre desgraciado, sin piernas y con más mugre en la cara que el mono de un minero asturiano, pedía una limosna junto a un cartel hecho con la tapa de una caja de zapatos: «DEME PA KOMÉ, PO FABÓ MUTILAO DE GERRA». Al entrar, el olor a aceite refrito varios miles de veces, me golpeó en la nariz con la violencia del puño de un peso pesado. Al igual que el aceite, la clientela del bar era siempre la misma.

La misma gente en los mismos lugares, las mismas posturas en la barra, los mismos desconchones en el suelo, las mismas manchas de humedad en la pared.

El Dudu y el Moro eran los propietarios del establecimiento. Ambos habían sido legionarios en su juventud hasta el día en que se fumaron medio Marruecos y decidieron escaparse, a lomos de un camello, con la nómina de todo el cuartel. Mientras ellos permanecían escondidos en una casa de putas de Ceuta, con todos los gastos pagados a costa del Generalísimo, los estuvieron buscaron por todas partes; detrás de cada chumbera, debajo de cada cagada de camello, tras la estela del humo de cada porro de hachís... Cuando la cosa se enfrió, cruzaron el Estrecho hasta Málaga donde, para no perder la costumbre, se escondieron en otra casa de putas —por si acaso—. Así permanecieron hasta estar completamente seguros de que la policía militar no los buscaba y montaron el bar con lo que les quedó de las nóminas que, la verdad, era bien poco. En recuerdo de todos aquellos años quedó el nombre del establecimiento, unas fiebres por culpa de la sífilis y varios tatuajes que se difuminaban en el pecho y los brazos: «VIVA LA LEGIÓN, AMOR DE MADRE, TE QUIERO MARÍA ISABEL».

Mientras el Moro colaba una vez más el aceite de la freidora, el Dudu secaba los vasos con un trapo que no me atrevo a describir por respeto hacia ustedes. El bar era estrecho —casi un pasillo—, con un par de mesas bastante maltrechas, seis o siete sillas y una barra de latón. Al fondo, una pequeña puerta era incapaz de detener el olor a orines de la era precolombina que salía del lavabo. El único lujo que se había permitido el Dudu era la máquina tragaperras que, desde la puerta, llamaba a gritos a los jugadores como un camello de monedas de cincuenta céntimos.

El Dudu refregaba y refregaba el vaso con el trapo, poniéndolo de vez en cuando frente a los ojos y observándolo al trasluz, en busca de sabe Dios qué clase de mancha. En una mesa, el Nino, el Gollina y el Moncho jugaban con otro parroquiano al dominó, golpeando con fuerza la mesa. El Nino y el Gollina —hermanos gemelos— se encontraban sentados uno frente al otro, jugando de pareja. Si alguien llegaba un poco dormido al bar y los miraba, podría pensar que había un gilipollas jugando al dominó enfrente de un espejo.

—Mira que eres idiooooooooooooooooooooooooota —gritaba el Nino al Gollina, alargando la «o» para que quedara claro el grado de idiotez, mientras los otros dos jugadores reían a mandíbula batiente—. Ya te han vuelto a ahorcar el seis doble. Si es que no sé como sigo jugando contigo de pareja; malas puñaladas te den.

—Pues si no te gusta cómo juego, ya sabes dónde tienes la puerta... ¡Pues no parece que es un Séneca! Yo no tengo culpa de que no sepas contar; que siempre te dejan en fallo.

—Don Juan, buenos días —me saludó el Dudu desde detrás de la barra.

—Muy buenas, Dudu, ¿has visto a Vicente?

—Pues no, todavía no ha llegado por aquí, pero estará al caer; todos los días viene a la misma hora, así que...

—Mientras que llega me pones un cafelito, que hasta que no me lo tomo no soy persona.

La clientela del Dos Tercios del Quinto siempre me llamaba de usted. La verdad, creo que era el único cliente con carrera universitaria que tenía valor de entrar en aquel establecimiento, y aquello me daba cierto estatus entre los parroquianos. El café estaba caliente como las ingles de un quinceañero y empañó el cristal de mis gafas en cuestión de

segundos. Tuve que bebérmelo poco a poco para no perder el cielo de la boca, la campanilla y las encías. Sentía cómo me dejaba ese regusto amargo allá por donde pasaba, igual que los besos de una novia de verano a la altura del treinta de agosto. Al cabo de unos minutos, el mutilado de guerra entró en el bar movido por las dos piernas que, milagrosamente, le habían vuelto a crecer, y empezó a meter monedas en la máquina tragaperras, una tras otra, buscando el orgasmo monetario de las tres cerezas mientras pedía un vaso de vino blanco. Al cabo de unos minutos, mi amigo, el Dedos, apareció en el bar.

Conocía a Vicente, el Dedos, desde el colegio, y ya el primer día, cuando nos cruzamos al entrar a clase y me preguntó a qué hora era el recreo, supimos que seríamos colegas para siempre. Él provenía de una familia pobre, no es que la mía fuera rica —ni mucho menos—, pero Vicente era de los pocos que iban a clase con la ropa remendada, y los demás se reían de él con esa crueldad que sólo se perdona a los niños, a los borrachos y a los locos. A pesar de que sus ropas eran de cuarta o quinta mano, siempre las llevaba impecablemente planchadas, sin ninguna mancha, y llegaba por las mañanas al colegio perfectamente peinado con el pelo hacia atrás, oliendo a limpio y a colonia a granel.

Una mañana, el patio del recreo estaba embarrado por las lluvias de la noche anterior y alguien le puso la zancadilla a Vicente, que aterrizó sobre un gran charco color chocolate. Los demás empezaron a reír, sobre todo el desgraciado de José Manuel, el hijo de la frutera, el niño más hijo de puta que he visto jamás. Vicente seguía bocabajo en el charco porque el pie de José Manuel, firmemente aplicado sobre su cogote, no le dejaba subir, hasta que me dejé llevar

por la ira que me crecía dentro como un globo que se iba hinchando poco a poco. Concentré mi vista en el culo de aquel miserable y, poniéndome en la piel de un portero a la hora de sacar de puerta, buscando media punta, le di tal patada que mudé la uña del dedo gordo del pie tres veces, y el otro tuvo que sentarse de lado varias semanas encima de un flotador de playa con flores amarillas y malvas. Desde entonces Vicente no se separaba de mí ni para ir al servicio, no fuera a ser que el otro buscara venganza y le hiciera beberse las cristalinas aguas que bajaban de la cisterna.

Vicente no era especialmente listo ni avisado, ni estudioso, sino más bien todo lo contrario; el día que sacó un suficiente en Matemáticas daba tales saltos por la calle que su madre, que lo veía venir desde la puerta de la casa, creyó que le habían vuelto a abrir la cabeza de una pedrada. Eso sí, era la mar de habilidoso con las manos. A pesar de que en su casa la comida era un lujo, Vicente siempre llevaba el estuche lleno de lápices, gomas, sacapuntas y toda clase de herramientas escolares. Parecía que tenía un imán en las manos; todo lo que se caía al suelo, o se quedaba en la mesa, huérfano de la mirada de su dueño, aparecía en su maleta. Desde entonces, los compañeros de clase empezaron a llamarle el Dedos —y no les faltaba razón—.

Era delgado, muy delgado, casi un alfiler; con los huesos marcados en la ropa. Tenía las facciones afiladas, angulosas, como si le hubieran tallado la cara en un tronco de pino y no se hubieran tomado la molestia de darle un repaso con la lija. Siempre se movía despacio, casi con sigilo, y miraba fijamente a las cosas con sus ojos de azul clarísimo, no sé bien si para adivinar su funcionamiento o para quedarse con ellas al menor descuido. Siempre me fascinaron sus manos

con aquellos dedos tan largos y tan finos que podrían haber pertenecido a un pianista o a un gran cirujano pero que se dedicaron al poco valorado arte de sacarte los calzoncillos con los pantalones puestos sin darte cuenta. Nos separamos al acabar la escuela primaria, pero siempre que lo necesitaba allí estaba. Nos corrimos las mayores juergas que se recuerdan en la ciudad, he llorado en su hombro la muerte de mi padre y él, en el mío, la del suyo, y más de una vez le he pedido consejo. Lo que nunca he intentado es que deje su modo de vivir. ¿Para qué? Sería como intentar meter en casa a un gato callejero. Lo único que puedes conseguir es que se afile las uñas en las patas de la mesa y que se coma al canario, pero eso no quita que no me preocupara por él, y que le dejara caer, de vez en cuando, que tenía que reformarse.

—Vicente, ¿cómo estás?

—Pues cómo voy a estar..., como el coñac, espléndido. El que tiene mala cara eres tú, Juan...

—Qué quieres que te diga. Me acabo de levantar y todavía no me ha hecho efecto el café.

—Maestro —gritó el Nino desde la mesa—, tenga usted cuidado con ese, que se queda usted sin la cartera.

—Tú cállate, Nino —contestó el Dedos—, que aquí el que menos tiene que hablar de chorizo eres tú. Y tú, Moro, ponte un Machaco, que te vas a quedar dormido en el rincón.

—Mucho cuidado, que lo de la tienda de jamones fue un chivatazo y, además, yo no tuve nada que ver. Lo que pasa es que le estaba haciendo el favor a un colega y me trincaron con el cuarto lleno de patas de guarro.

El Nino se había puesto como una gamba cocida, y el resto de los compinches se reían de él, señalándole con el dedo.

—¿Y tú qué te cuentas, Vicente?

—Pues nada, ya sabes, con mis cosas. Ahora hay mucho negocio con todos los guiris que están entrando en Málaga por estas fechas, con las carteras llenas de billetes de todos los colores y con ganas de que se los quiten...

—Ten cuidado que cualquier día acabas en un calabozo. Búscate algo, aunque sea una chapucilla por horas en una obra o algo así.

—¿Pero tú te has fumado algo esta mañana o qué?

El Dedos me daba golpecitos en la sien comprobando si el tornillo que él creía que me faltaba seguía ahí o se me había caído esta mañana en la ducha.

—¿De verdad te crees que alguien me daría trabajo a mí? ¡Seguro! Ahora llego al banco de la esquina y les digo: «Hola, buenas, verá... Si necesitan a alguien para que les eche una mano en la caja aquí estoy yo, y no se preocupen porque haya estado en la cárcel por carterista». Y el director me dirá: «Pues claro, mañana mismo empieza usted».

—No seas así.

—Anda y terminate el café, que todavía no has encendido la cabeza esta mañana.

—Leches, Vicente, yo lo digo por tu bien, hombre, no te cabrees.

Era un buen momento para aplicarme el Teorema de la Extremidad Inferior: Para hablar y meter la pata es mejor quedarse callado.

—Lo sé, Juan, lo sé, no te preocupes. Yo me defiendo solito, así que sigue durmiendo tranquilo por las noches.

—Bueeeeeeno, vaaaaaaale, más que borde.

Me echó la mano por encima del hombro como un hermano se la echaría a otro.

—Por cierto, súbete la cremallera, que se te va a salir el pajarillo, jajaja. —Yo y mi mala cabeza—. ¿No te habrás olvidado la cartera? Porque tú tienes que darle las gracias a Dios por llevar los huevos atornillados al cuerpo, que si no te los dejarías en el primer sitio en el que te sentaras.

La verdad, lo de mis despistes era más fama que otra cosa. Que un par de veces me fuera a la facultad con las zapatillas de casa, o me levantara precipitadamente a las siete de la mañana de un sábado para ir a clase..., no son más que detalles. Eso le pasa a cualquiera; vamos, a casi todo el mundo.

—No, qué va —le respondí, mientras comprobaba, medio a escondidas, si lo que llevaba en el bolsillo trasero era la cartera o un paquete de tabaco a medio acabar.

—Pues ya que te pones, invítate, ¿o no tienes ni para eso?

—Desde luego, siempre serás igual de mamón...

De la cartera, saqué un billete de diez euros, un gran pellizco de mis ahorros.

—Dudu, cóbrate lo que esté bebiendo el personal, y lo que sobre, para bote. Y ahora te dejo, que voy a ver si me dan algo de trabajillo en la academia de allí arriba. Cuídate, Vicente.

—Tranquilo, Juan, que el que tiene que cuidarse eres tú, mala cabeza. Y revisate bien, a ver si lo llevas todo.

Así, entre vítores, risas, palmadas en la espalda, y con un billete menos en el bolsillo —maldita sea mi sombra—, abandoné el Dos Tercios del Quinto.

Crucé la calle y llegué hasta mi coche, un Panda con la mejor colección de abolladuras y moho de todo el barrio. La palabra antiguo no era la que mejor lo definía. Cuando llegó a mis manos ya había pasado por varios centenares de pares de ellas. Tras girar la llave de contacto un par de

docenas de veces, el coche tosió como un asmático y, dejando tras de sí una nube casi tan tóxica como la de Chernóbil, arrancó en busca de la Academia La Milagrosa. Allí solía trabajar algunos veranos y, a las alturas del mes de mayo en la que estábamos, empezaban a necesitar gente para echar los meses de junio, julio y agosto. Inocente de mí, encendí la radio.

Para algunos el verano llega cuando empiezan a verle el color al cielo, hastiados de soportar manchurroneos grises sobre sus cabezas. Otros lo notan porque lo que antes eran faldas hasta los tobillos y leotardos negros de lana gorda se convierten en felices muslos y estremecedoras minifaldas diseñadas, sin duda, por el más avaro de los modistos. Otros lo advierten en el hecho de que tienen que empezar a convivir con los estornudos alérgicos o con las espinillas traicioneras en medio de la barbilla, un motivo más para no afeitarte durante una buena temporada o para dejarte la perilla de moda. Pero a mí no me lo anunciaba nada de eso, ni siquiera el bombardeo mediático de los grandes almacenes que tienen la exclusiva sobre el calendario; a mí el verano me lo anunciaba la estridencia de las canciones que vomitaban los altavoces de mi coche. Sin lugar a dudas, aparecer las nuevas candidatas a tema estrella del verano y florecer los campos y jardines es todo uno.

En estas ocasiones, un instinto asesino me cegaba y deseaba tener ante mis ojos a aquel ministro de Satanás que, desde su silla en el estudio de radio, enviaba a los pobres infelices que no padecíamos sordera aquella oleada de ritmos caribeños, remezclados en Teruel, que tendríamos que aguantar hasta Navidades. Si lo tuviera delante de mí, al alcance de mi ira, lo ahorcaría con los cables de sus cascos o le metería el micrófono por el culo hasta que pudiera

retransmitir para toda la ciudad el sonido de los movimientos peristálticos de su intestino delgado. Por eso di gracias a Dios cuando, al doblar una esquina, divisé el cartel de la Academia La Milagrosa.

La academia se encontraba en mi mismo barrio, pero en la parte más alta de una cuesta tremenda —propia del Himalaya— y no me apetecía llegar con la lengua enredada en los tacones de mis zapatos. Por eso cogí el coche. Explico esto porque no quiero que piensen de mí que soy el tío más flojo del mundo; sólo que esa cuesta es mucha cuesta.

Por las mañanas, en la academia, no tenían casi alumnos porque la mayoría acudían después de sus clases, a partir de las cinco de la tarde. Pero pasadas algunas semanas, cuando empezaran las clases de verano, a esas horas, la acera estaría llena de motos y las escaleras que subían hasta la puerta de cristal esmerilado y aluminio, repletas de chavales empedrados de granos, carpetas preñadas de folios y chavalas a las que les salen las tetas antes que los dientes de leche. Pulsé el timbre y un ding-dong agudo y penetrante atravesó la academia de punta a punta hasta llegar a los oídos de Jaime Calahorra, el dueño del centro, director, administrador y negrero a jornada completa.

—Me alegro mucho de volver a verte.

El director de la academia se encontraba sentado frente a mí, separado por una mesa negra de despacho, dándole la espalda a su título de Ingeniero de Caminos, Canales y Puertos. Sin lugar a duda, en aquellas aulas había visto canales en algunos escotes que jamás encontraría andando por todos los caminos ni arribando a todos los puertos.

—Pues fíjate que hoy mismo pensaba llamarte.

—Me alegro que te acuerdes de mí.

Claro que se acordaba de mí; era muy complicado encontrar otro licenciado que soportara el ínfimo sueldo de costumbre sin protestar.

—La verdad es que sí.

Mientras me hablaba no paraba de balancear la silla de un lado a otro, a la derecha, a la izquierda, otra vez a la derecha. Sus dedos regordetes, a juego con su cara regordeta y su regordete cuerpo, no paraban de jugar con unos clips metálicos.

—Lo que me da pena es no poderte contratar todo el año, pero...

—No te preocupes, si te entiendo —pero por dentro pensaba que sí que podía. Quizás si dejara de comprarse Mercedes y chalecitos en la costa...—. Sé que las cosas no están muy bien, y tú tienes muchos caprich... gastos.

—En fin, vamos tirando; justitos pero tirando. Pero bueno, vamos a lo que vamos. —Giró de nuevo la silla, enfrentándose a un enorme archivador gris y sacando un folio mecanografiado—. Este año, aparte de las clases para los chavales de instituto, me preguntaba si podrías darle una hora a un grupo que me ha salido de segundo de Económicas. No son muchos, pero me interesa que no se me escapen a las academias del centro.

—Sí, claro, sin problema. ¿Con la tarifilla acostumbrada?

—Jejeje, qué gracioso. Por supuesto, a seis euros la hora. Yo creo que sigue siendo una cantidad razonable, ten en cuenta que...

—¿Se puede?

Una voz femenina, envuelta en terciopelo, interrumpió a Jaime Calahorra desde la puerta del despacho. Al volver la cabeza hacia la voz me encontré con una joven delgada, de

ojos grandes y verdes. Su cara, muy morena, estaba enmarcada por una larga melena rizada. No paraba de mojarse los labios, finos y rojos, con la punta de la lengua. Antes de darme cuenta me sorprendí pensando en cuál sería el sabor de aquellos labios, una prueba más del Teorema del Treintaño Asalta Cunas. Alta, vestía una falda que le terminaba una cuarta por encima de las rodillas, y una camisa blanca de manga corta, que dejaba entrever sombras premonitorias de pechos erguidos y orgullosos. Para rematar, de su hombro derecho colgaba un bolsito tan pequeño que, después de meter el lápiz de labios, no le cabría la menor duda.

—Claro que sí, Amparito, pasa, pasa.

A Jaime Calahorra se le salían los ojos por encima de los cristales de las gafas.

—Mira por dónde vas a conocer a tu profesor de este verano, Juan Cacho; o al menos eso espero.

—Hola —le dije.

Le hablé con toda la desgana que pude, que fue más bien poca. Para aumentar esa sensación, puse mi cara de No Me He Fijado En Lo Buena Que Estás, además de limpiar los cristales de las gafas con el borde de la camisa, quitándoles las dos docenas de marcas de dedos que no me dejaban verla con total claridad.

—Hola —respondió con una sonrisa que le iluminó la cara como si se hubiera tragado un flexo.

—Por lo que puedo intuir, no se te dan bien las Matemáticas.

—Oh, bueno —le contestó a la punta de sus zapatos de tacón bajo—, no se me dan mal, pero es que el profesor de la facultad va demasiado deprisa y no se para mucho a responder dudas. Así que las he llevado renqueando desde primeros de año.

—Pues ya verás como aquí resolveremos todas tus dudas.
Jaime Calahorra estaba a un tris de empapar la mesa de escritorio con un charco de babas.

—Juan es muy buen profesor.

—Vale, me iré antes de que me ahogues en un mar de flores, aunque, si soy tan bueno, quizás deberías subirme el sueldo, jejeje. —Cuerpo a tierra, las balas van y vienen.

—Ha sido un placer, Amparo.

—Igualmente, señor Cacho.

—Adiós Jaime, ya volveré por aquí para concretar más los horarios. Y no pongas esa cara, que lo del sueldo era broma... ¿O no?

—Adiós, Juan.

La cara del director pasó del amarillo al blanco aliviado por no tener que soltar un céntimo más de la cuenta.

—Pásate a final de semana, pongamos... el viernes.

—Vale, vendré por la mañana. Y definitivamente: adiós.

Al pasar junto a Amparo, una dulce fragancia me agarró de la nariz, haciéndome volver la cara para encontrar sus ojos verdes como el aceite de oliva virgen mirando fijamente a los míos. Aunque los pies no querían, los obligué a dirigirse hasta la puerta, dejando detrás de mí la Academia La Milagrosa.

El resto de la mañana pasó con la rapidez de un tren de cercanías dejando una estela de gentes que miran el paisaje y de reflejos en los cristales de las ventanas. Al mediodía, unas tapas en el bar del Dudu —a riesgo de pillar todas las fiebres amazónicas descubiertas y por descubrir—, un pequeño paseo por el barrio para bajar la comida hasta los tobillos y, a eso de las cinco, a casa de Ángel.

Mi vecino Ángel vivía en el segundo B, en un pisito como la mayoría de los de mi bloque: sencillito, sin grandes aspavientos ni pretensiones de decorador de revista mensual. Tenía lo indispensable para sentirte cómodo en él. Sus padres siempre andaban fuera. Trabajaban —él de camarero, ella de cocinera— en un chiringuito junto a la playa, allá por Pedregalejo. Ahora llegaba la época en la que volvían a casa muy de madrugada, con los pies hinchados por estar catorce horas trabajando a destajo, y cansados hasta la raíz del pelo.

—Anda, Juan... Hoy te adelantas un poco.

—¿Te importa? Si quieres, espero.

—No, tranquilo, si no estaba haciendo nada en especial; me estaba bajando de Internet un disco de Madonna. Anda, pasa.

Ángel era un chaval que me caía muy bien. Desde hacía varios años le echaba una mano en el colegio, y ahora, en el instituto, lo seguía haciendo. No es que fuera un chico torpe o poco estudioso, simplemente necesitaba tener a alguien al lado que le fuera resolviendo pequeñas dudas —nada importante— y que le estuviera empujando todo el día para que estudiara: «Vamos, vamos, vamos...». Moreno, de ojos hundidos y oscuros tras las gafas, tenía la cara marcada por las secuelas del acné que le estaba dejando los carrillos como un empedrado.

—¿Qué? ¿Tienes muchas cosas que hacer para mañana?

Me senté en una silla de su cuarto, al lado de la suya. De las paredes colgaban varios posters de grupos de música —uno de Pamela Anderson en el que enseñaba buena parte de su silicona— y unas cuantas estanterías llenas de libros. Y de su oreja derecha, un arito de oro.

—No, qué vaaaa —respondió mientras levantaba los brazos hasta la altura de las orejas, quitándole importancia—, sólo un par de dudillas de Física, que el profe es el más flojo que he visto jamás.

Apagó el ordenador, sacó su carpeta de una mochila azul marino y la abrió sobre la mesa del despacho. La luz del flexo llenaba la cara de Ángel de tonos amarillo huevo frito, resaltando lo afilado de sus rasgos y el hoyuelo de su mentón. Mientras escuchaba mis explicaciones a sus dudas, no paraba de chupar el capuchón del bolígrafo, a riesgo de dejárselo enganchado en el corrector dental. Seguro que tendría mucho éxito llegando una mañana a clase con aquella pinta.

A la media hora, las dudas de Física estaban tan disueltas como un terrón de azúcar en una piscina olímpica. A pesar de eso, Ángel me miraba con ojos de tener más dudas, pero nada que tuviera que ver con las clases del instituto...

—Bueno, creo que la clase de hoy no te la voy a cobrar; no hemos llegado ni a la hora y me da fatiga que...

—Anda, tío, que estás tonto. Además, no quiero que te vayas todavía porque... Estooooo... Hay alguna cosilla queeee..., no séeeee, en fiiiiiin...

Mientras le daba vueltas a la cuestión que tenía dentro de la cabeza, no paraba de darle vueltas al aro de oro, y me estaba temiendo que si no le tiraba un poco de la lengua terminaría pisándose el lóbulo de la oreja al bajar las escaleras.

—A ver, ¿qué es lo que te pasa? ¿Algún lío de faldas? Porque esto me huele a que hay niñas de por medio.

Bueno, en realidad, siempre que a un hombre se le entrecorta el habla o el pensamiento, seguro que hay mujeres en el centro de la cuestión. Al menos una. Teorema Del Pensamiento Único Masculino.

—Joder, estoy hecho un verdadero follón. Es que hay una chavala en mi clase que cada vez que me mira se me caen los calzoncillos al suelo.

—Pero eso no es nada malo.

En cierta forma, me recordaba a mí cuando tenía su edad.

—No, si eso no es malo; lo malo es que cuando intento hablar con ella... No sé, es como si la lengua se me quedara muerta; sólo digo tonterías.

Definitivamente era como yo cuando tenía quince años.

—Y encima, cuando me pasa eso, se me queda mirando sin decir nada, da media vuelta y se va. Y allí me quedo yo, plantado en mitad del pasillo, como un gilipollas. Y el resto de la gente se descojona a mi costa.

—Ya, ya, te entiendo —me estiré hacia atrás en la silla, como cada vez que me pongo en mi papel de He Vivido Mucho, Qué Me Vas A Contar—. A mí me pasaba lo mismo que a ti. A tu edad me veía incapaz de hablarle a ninguna de mis compañeras de clase...

—Anda ya... —me interrumpió con cara de incredulidad—, pero si tú tienes que triunfar una barbaridad. Si tienes un pico de oro, tío.

—En serio, ¿para qué habría de mentirte? Mira, yo siempre me veía como el feo de la pandilla, el que menos ligaba, el último de la fila.

—Eso es, eso es, así es como me siento.

—Pero aprendí que todos tenemos algo que nos hace únicos, irrepetibles, y que si sabemos encontrarlo, podemos llegar al corazón de cualquier mujer.

Lo malo es que a veces lo que encuentras no merece la pena, pero eso me lo callé. Ya tendría tiempo de aprenderlo por sí mismo.

—Pero yo no valgo nada, no tengo nada especial, y encima fíjate en mi cara —se señalaba los granos de las mejillas, las gafas, la delgadez de sus pómulos—. ¿Así donde voy a ir? ¿Cómo se va a fijar en mí?

—Ángel, tú tienes cosas dentro que acabarán saliendo fuera. Eres un chaval de puta madre, y la que se fije un poco, lo verá y caerá rendida a tus pies.

—¿En serio? —Los ojos se le pusieron como platos soperos, quizás pensando en aquella compañera de clase, rendida a sus pies—. No sé, no sé, lo dices para que me quede contento.

—El otro día me comentaste no sé qué historia del chat, ¿no?

A menudo, me contaba cosillas sobre su ordenador, sobre Internet. Creo que a veces debería pagarle yo las clases a él.

—Sí, ¿por qué?

—¿Sabes si ella también chatea y dónde lo hace?

—Sí, ella chatea, lo que no sé es en qué canal se mete... Y no tengo ni idea de lo que estás planeando.

—Pues verás —continué mientras me sacaba un cigarrillo y lo encendía—, si tienes miedo de que ella no quiera acercarse a ti por tu aspecto y para evitar que te quedes mirándola callado con cara de idiota, quizás puedas atraerla sin estar delante de ella.

—¿Por el chat? ¿Tú crees que eso podría funcionar?

—Bueno, ¿qué tienes que perder? Nada, ¿verdad? Pues échale un par, chaval, y ya me contarás.

—Joder, Juan, eres la caña, tío. Como me salga bien, no sabré como pagártelo.

Los nervios le hacían saltar de la silla, como si le hubieran metido el amortiguador de un camión a modo de supositorio.

—Ah, pues puedes adelantarme algo. ¿Serías capaz de encontrarme textos sobre mecánica de fluidos? Es que necesito información sobre eso —le pregunté mientras le tendía una pequeña nota con una lista.

—Al momento, caballero.

De un salto encendió el ordenador y el módem, y se puso a teclear con un ataque de Parkinson.

Un par de horas más tarde, subí las tres plantas que separaban su casa de la mía con un CD lleno de archivos de texto y la promesa de Ángel de que, en sus ratos libres, me buscaría más. Abrí la puerta del piso y con el codo encendí la luz de la entrada; dejé el disco y las llaves encima de la mesa del salón y me adentré en las peligrosas profundidades de la cocina. Bajo la luz del tubo fluorescente, todo se impregnó de una claridad mortecina en tonos Blanco Pasillo De Hospital. Había ollas medio sucias y sartenes sucias por completo en todas partes; bastantes platos estaban recubiertos de un moho verde oscuro y, por momentos, temía que alguno cobrara vida y echara a andar por el pasillo para irse a acostar en mi cama. Me armé de valor y abrí el frigorífico; allí no había suciedad, ni limpieza, ni nada de nada... Estaba tan vacío como el cráneo de una candidata a Miss Fiestas de la Recogida del Champiñón Tempranero. «¿Y ahora qué voy a comer? Juan, no te alarmes y busca —me dije—, verás como encuentras». Empecé a abrir y cerrar puertas, a subirme encima de las sillas para rebuscar en las repisas de la alacena... Una lata de atún caducada hacía año y medio, un par de cajas de leche con las que se podría hacer una estupeña cuajada, cajas de cerillas, un par de calcetines que no encontraba desde hacía varios meses —mira qué bien—, una bolsa de patatas que fueron fritas —día arriba, día abajo—

cuando Moisés hacia piragüismo por el Nilo... «En fin, de todas maneras no tenía mucha hambre», me dije intentando convencer a la orquesta que aullaba desde hacía media hora desde el Royal Estómago Hall Auditórium.

Apagué la luz de la cocina prometiéndome, un día más, que al día siguiente la limpiaría y sabiendo que una vez más no cumpliría mi promesa. Encendí la televisión y me senté en el sofá. El salón, aunque pequeño, era lo justo para mis necesidades: una mesa de centro, el sofá, el mueble con la televisión, un par de repisas abarrotadas de libros, una mesa junto a la ventana de cara a la calle, ceniceros por todas partes, un póster desde el que Einstein me sacaba la lengua, un par de láminas de Escher y pare usted de contar.

Mientras que al otro lado de la pantalla cuatro impresentables discutían como verduleras sobre si Mariquita Gutiérrez de Cotelengo le era infiel o no a su marido, el Conde de las Cuatro Hierbas, yo divagaba sobre todo lo que había visto y oído durante el día. No dejaba de darle vueltas a la cara de Amparo, al hipotético sabor de sus labios, al perfume que emanaba de su cuello y a lo impresentable que resultaba que un tipo de 33 años anduviera pensando en una chica que difícilmente llegaría a los veinte. La realidad era triste; hacía bastante tiempo que no me comía un rosco y ya iba siendo hora, pero una cosa era satisfacer las apetencias y otra conformarte con chavalas de más de cuarenta kilos y la Primera Comunión recién hecha. Quizá, lo que en realidad me daba miedo no era lo que yo pensara de la chica, sino lo que ella pudiera pensar de mí; podía verme como un incipiente viejo verde o como un treintañero desesperado, más caliente que el tejado de cinc sobre el que caminaba la gata. «Eso era lo que nos faltaba, Juan».

Apagué la caja tonta y me fui al rincón de pensar, junto a la ventana. En la mesa convivían el ordenador, una pequeña lámpara, un vaso lleno de lápices, un paquete de folios en blanco, montoncitos de clips, la correspondiente ración de polvo... Allí era donde pasaba la mayor parte del tiempo que estaba en casa, y escribía, leía o simplemente disfrutaba de la vista del barrio que tenía desde la ventana. Justo delante de la mesa veía todos los tejados con sus antenas, sus tejas manchadas de matojos y cagadas de palomas; la Catedral a lo lejos, con su torre de menos y su muñón de más, y las calles vacías, tan sólo violadas de vez en cuando por el camión de la basura. A pesar de que aquella vista no se podía comparar a uno de esos paisajes de postal y cartel, a mí me encantaba mirar por esa ventana.

En situaciones así me sumerjo en la oscuridad y observo el movimiento tras los cristales. Me invento las vidas de las sombras que entreveo a través de las cortinas, me invento sus nombres, sus trabajos, sus sueños. Algunas las imagino cansadas de sus monótonas vidas, otras, alegres y dicharacheras, poniéndole buena cara al mal tiempo. A algunas las veo amargadas, arrastrando los pies al igual que la vida las arrastra a ellas... Y así paso las horas, mirando al vacío, alimentando mi cabeza de vidas imaginarias, como si no tuviera bastante con las reales.

En otras ocasiones, le doy vueltas a mi gran sueño. Desde mi época de facultad, me ronda la cabeza una idea, una locura: intentar explicar el comportamiento de la gente a través de las Matemáticas. Sí, ya lo sé, estoy loco; para encerrar, de acuerdo, pero no menos que los que coleccionan posavasos o se dedican a escribir novelas. Imagino a la gente como pequeñas gotas de agua, cada una viajando a su libre

albedrío, viviendo sus vidas sin pensar en las de los demás. Pero las gotas de agua no viajan solas ni se mueven al azar sino que lo hacen siguiendo cauces, sometidas a fuerzas, sujetas a los cambios de temperatura, a los caprichos de las tuberías, a los deseos de los límites de un vaso de cristal de Sevres.

¿Y si con la gente ocurriera lo mismo? ¿Y si no pudiéramos predecir el comportamiento de una sola persona, pero sí el de todo un país, el de un continente, el de una civilización? Ya sé que las personas, de una en una, se comportan de forma irracional, dejándose llevar por angustias, temores, ansias, anhelos, sueños, rencores, envidias, celos, odios, penas, risas, y hasta por calentones inguinales. Pero, quién sabe, quizás un día podría encontrar algo que me ayudara a pronosticar el devenir de la civilización. Para eso no paraba de devorar todo lo que encontraba sobre mecánica de fluidos, teoría del caos y demás textos ininteligibles para la mayoría de los mortales. Si no fuera por mi título de licenciado en Matemáticas, para mí sería igual. Sólo una cuestión: el día que consiga el más mínimo resultado sobre mis elucubraciones y logre una herramienta predictiva, prometo no poner un gabinete de tarot telefónico. Palabra de Juan Cacho.

Después de ordenar un poco lo que había encontrado Ángel en Internet y de añadirle un par de notas de mi propia cosecha, empecé a sentir cómo los párpados comenzaban a pesarme como si estuvieran hechos de plomo. Así que a las once y media, hora muy temprana para lo que estaba acostumbrado, me acosté pensando en Amparito y en lo que escondería debajo de aquellas ropas de estudiante universitaria. Despedida y cierre.

Amparito, Baskerville
y las angustias de una madre

El viernes por la mañana me despertó la estridencia de los altavoces de un coche vomitando propaganda electoral. Sí, efectivamente, se acercaba esa época en la que todos los políticos se convierten en felices abrazadores de niños, especialistas en promesas difíciles de cumplir y fáciles de hacer, hábiles contertulios cargados de frases rebuscadas e inteligentes —evidentemente paridas por el cerebro de otro— y feroces ataques a la yugular del rival de turno aunque, sin embargo, compañero a la hora de subirse el sueldo. Las calles llevaban varios días disfrazadas de carnés de identidad con las fotos de los aspirantes a poltroneros municipales, concejalillos de lo que sea y directores de lo que su excelencia guste mandar, pegadas en cualquier parte. Algunos muros habían aumentado de grosor en varios centímetros gracias a la acumulación de cartel sobre cartel, como una enorme lasaña de siglas y eslóganes. Yo, la verdad, pasaba —y paso— de la política como de desayunar limaduras de cristal en pan de molde, así que les prestaba toda la atención que se merecían.

Tras acicalarme e intentar mejorar mi aspecto en vano, bajé hasta la calle para acercarme a la Academia La Milagrosa. A pesar de mi aversión al ejercicio físico y a todo lo que no sea sudar en compañía de una señora o señorita, decidí recorrer la distancia que me separaba de ella a pie; de esta forma podría darme un paseo y abrir algo el apetito, ya que llevaba un tiempo sin ganas ni de comer.

Mi barrio era muy normalito, como casi todos los barrios obreros de casi todas las ciudades del mundo. Los bloques de casas, altos y marrones, eran grandes colmenas en las que la vida se reduce a una cena callada y un par de horas delante del televisor. Las calles eran un continuo ir y venir de señoras cargadas con cestas de la compra, niños con caras de cordero degollado y mochilas auestas camino del colegio, carteros repartiendo letras, recibos y felicitaciones de cumpleaños de El Corte Inglés, autobuses de línea, bancos de madera llenos de pensionistas observando cómo los operarios del Ayuntamiento arreglaban el penúltimo bache —demostramos gracias a las elecciones—. En las pequeñas tiendas del barrio la vida seguía su monótona cantinela diaria, sólo avivada por el último chisme, los últimos cuernos de la del quinto con el del butano, la última pelea a tirones de pelos entre dos vecinas por no guardarse el sitio en la cola de la pescadería, la pérdida de empleo del vecino del tercero «pobrecillo, con lo majo que es». En algunas de esas tiendas, las profesionales del despelleje eran capaces de tomar entre sus manos a una virtuosa madre de familia, amante y fiel esposa, y convertirla en la reencarnación de una de las amigas más revoltosas de Mesalina.

Lo que no faltaban eran bares. Dabas una patada a una piedra y debajo de ella te encontrabas una barra de latón, un par de grifos de cerveza y una enorme máquina de preparar

café. Y al lado de cada bar, el pedigüeño en sus distintas versiones; uno pide para un bocadillo, otro para un hijo recién nacido, los menos para coger un autobús, pero al final todos terminan hablándole al fondo de un vaso de vino blanco. Sin embargo, lo que más destacaba en mi barrio era la ausencia de verde. Los jardines se veían limitados a las macetas de geranios de algunas terrazas y a la hierba que alguno que otro se fumaba en la parte de atrás de un coche abandonado. Y es que los niños tenían que jugarse la vida pegándole patadas a un balón al borde de la acera, preparando una portería con dos piedras y dejándose el pellejo de las rodillas en el cemento.

Las calles seguían los derroteros de una enorme cuesta con los bloques colocados casi al azar, como los juguetes en el suelo del dormitorio de un niño de seis años. Al final de la calle principal, cuando creía que me iba a pisar la lengua con los zapatos, vi por el rabillo del ojo el letrero de plástico blanco de la academia. Dando gracias a Dios y tomando aire antes de abrir la puerta, entré en el local. En el despacho, Jaime Calahorra aporreaba las teclas del ordenador como un pianista loco, borrando constantemente lo que acababa de escribir, seguramente porque, con sus dedos regordetes y blancos como espárragos de lata, apretaba cuatro teclas a la vez.

—Jaime, ¿se puede?

—Claro que sí, Juan. Pasa, pasa.

Empujó con la barriga la bandeja en la que descansaba el teclado y ésta se ocultó debajo de la mesa; o quizás se escondió ella solita para no seguir sufriendo el castigo al que estaba siendo sometida.

—Venía a ver si ya tenías preparados los horarios.

—Sí, toma, aquí tienes los horarios de las clases y las listas de los alumnos. Empezamos dentro de diez días. Este lunes no, el otro, me respondió mientras me tendía unos cuantos folios.

—Sí, claro, a primeros de mes. Me hago una idea.

A veces, creo que este hombre pensaba que todo el mundo necesitaba que les explicaran las cosas varias docenas de veces. ¿Deformación profesional o personal? Le eché un vistazo por encima a los listados de alumnos. Como siempre, las clases de secundaria estarían llenas y la de universitarios sólo tendría diez alumnos. Mejor.

Con los folios debajo del brazo y más hambre que un caracol en una fábrica de ventanas, desanduve lo andado, me dejé caer por la cuesta y llegué hasta donde tenía aparcado el Panda. Hay mañanas en las que Dios aprieta y ahoga, y ésta era una de esas en las que el viejo de la túnica blanca y largas barbas me tenía puesto el pie encima del cuello. Después de tirarle treinta y seis veces a la llave de contacto, darle dieciocho patadas a la altura del guardabarros y acordarme de la madre del ingeniero jefe de la fábrica, no había manera de arrancar el puñetero coche, así que, armado de valor y de la paciencia de toda la familia del santo Job, me planté a esperar el autobús de la línea 26. Como era habitual, tardó, más o menos, lo mismo que tardaría una cuadrilla de pintores en darle tres manos de cal a la Muralla China por los dos lados. Cuando apareció en lo alto de la cuesta tuve que reprimir mis deseos de darle un beso en los morros al conductor. No está la cosa para semejantes exhibiciones.

Media hora más tarde me bajé en la parada que quedaba junto a la casa de mi madre; cerca del centro de la ciudad, en la Plaza de Capuchinos. Es uno de esos barrios antiguos,

centenarios, en los que la especulación ha permitido que las grandes casas de vecinos se fueran cayendo, una a una, como dientes de leche en la boca de un jovencito, para dejar que crecieran enormes colmillos de bloques impersonales. Sólo la iglesia que me vio bautizar y las escaleras de piedra que subían hasta la plaza conseguían traerme a la memoria el lugar donde he vivido casi veinte años. Si no fuera por ellos, pensaría que un millonario caprichoso había trasladado un barrio piedra a piedra desde Dios sabe qué carajo de sitio, y lo había trasplantado allí. Muchos recuerdos vivían entre esos adoquines. Aún recuerdo una tarde de mi niñez... Acababa de terminar de llover y la acera no estaba en condiciones de practicar el deporte patrio. El Virutillas, un compañero del colegio hijo de un carpintero, había encontrado un balón de reglamento justo detrás de su casa, pero estaba rajado, y en esas condiciones no podíamos imitar a nuestros héroes.

Claro, si tenemos a cuatro chavales sentados en un escalón, pensando en cómo pasar la tarde, aburridos... Al final pasa lo que pasa. Uno vio las piedras, otro la pelota, y al instante saltó la chispa: rellenamos el balón de ladrillos, chinos de obra, arena y barro, hasta dejarlo perfectamente esférico y lo colocamos en el centro de la acera. Allí estábamos los cuatro, con nuestras caritas inocentes, sentados en un escalón del portal y el balón plantado esperando a que alguien hiciera lo que se espera de él. Poco tardó en caer el incauto. Un vecino de dos bloques más arriba, que siempre andaba echándonos la bronca porque no le dejábamos dormir la siesta, se acercaba a la pelota. En sus ojos veíamos brillar el instinto del delantero centro. Aceleró el paso, acomodando el ritmo de sus

piernas a la distancia al balón —no es que cogiera carrerilla, pero los dos últimos pasos los dio más ligeros—, echó la pierna derecha hacia atrás y le propinó un tremendo punterazo al balón pétreo. Era de esperar que la pelota no se moviera ni un centímetro de su lugar. Solamente un poco de arena salió despedida de su interior al impacto con el pobre pie, que se quedó clavado, quieto, muerto, mientras el resto del cuerpo describía una lenta parábola para caer de boca en la acera, a escasos metros de nosotros. Evidentemente, fue caer al suelo y sonar el disparo de salida de los cien metros lisos estilo libre. Todos corríamos sin parar de reír, como si nos persiguiera el diablo, lo cual no estaba muy alejado de la realidad. A nuestras espaldas, el vecino no dejaba de acordarse de nuestras madres, padres, abuelos y parientes fallecidos mientras intentaba perseguirnos sin éxito. No era por falta de ganas, es que el pie se le puso del tamaño del balón y, reconozcámoslo, así es difícil perseguir a cuatro mocosos. «Pies para qué os quiero...».

Volviendo a lo que estábamos, sin perder el tiempo con melancolías, me preparaba mentalmente para el chaparrón de preguntas, suspiros, quejas y reproches que me iban a caer encima por parte de mi madre. No es que me llevara mal con ella, ni mucho menos, lo que le pasa es que aún me veía con trece años —como la mayoría de las madres ven a sus hijos aunque tengan cincuenta y seis años, siete hijos y tres nietos—. Seguía intentando protegerme del mundo, arrojarme por las noches y darme la sopita caliente ella misma con la cuchara: «Aquí viene un avión, brrrrrrrrrrrrrrrrrr». Por eso, cuando abrió la puerta, ya llevaba puesto mi chubasquero mental contra riadas de madres.

—Ay, mi niño, qué sorpresa —me apretujaba, abrazaba y besuqueaba; con lo que me gusta a mí eso...

Allí estaba ella, de nombre Dolores —qué gran acierto el de mis abuelos—, con la bata floreada que le trajo mi difunto padre de un viaje a Ceuta, sus pantuflas de pelillo por dentro y el sempiterno trapo en la mano derecha. A pesar de que rondaba los sesenta años —y no me pregunten por su edad exacta porque a veces me cuesta trabajo recordar la mía— exteriormente no tenía pinta de abuela. Rubia de peluquería, siempre iba con sus uñas arregladas de manicura y su cara pintadita, no fuera a ser que se pusiera mala de repente y el médico la pillara despeinada y sin arreglar.

—Hola, mamá. Pasaba por aquí cerca y me pensé...

—Qué poquito vienes a verme, descastado —ya empezaba el aluvión: todo el mundo a los refugios—, sólo te pasas por aquí cuando tienes ropa sucia o te hace falta dinero.

Mientras hablaba, me abrazó, me dio dos besos y empezó a andar por el pasillo, arrastrando unos pies cansados y moviendo lentamente sus piernas llenas de varices.

—Que no, mamá, de veras. Venía a ver cómo estabas y...

—Sí, sí, y yo aquí preocupada por ti. Fíjate lo delgado que estás, por Dios, si se te ven los huesos...

Me señalaba y apuntaba sus dedos desde la punta de mi pelo hasta las suelas de los zapatos, como si me estuviera haciendo un escáner con las manos.

—Pero qué va...

—Anda, pasa y siéntate que te voy a preparar un buen plato de comida como los que hace tiempo que no te comes.

—El torrente crecía y crecía, y no me dejaba intercalar palabra, tan sólo algún «sí» o un «bien» cada quince minutos—. Bueno, cuéntame qué es de tu vida. Espero que

estés trabajando en algo. ¿No? Pero, claro, será cualquier bajillo de esos de tres al cuarto, en vez de prepararte las oposiciones y meterte a trabajar en un banco, un trabajo como Dios manda...

Me faltaban escasos segundos para poner el cerebro en piloto automático, apagar las conexiones con mis oídos y dejarme deslizar por mi mundo interior.

—Si es que no me haces caso. Y seguro que no comes nada. Nada más hay que verte la cara y esas ojeras que me traes...

Mientras hablaba no paraba de dar vueltas por la cocina como un ciclón amazónico encerrado en una habitación de dos metros cuadrados. Iba de una punta a la otra, pelando, cociendo, encendiendo la vitrocerámica, sacando fruta del frigorífico, mientras que no cesaba de hablar de absolutamente todo: de mí, de lo mal que me encontraba, de lo mal que estaba ella, de sus dolores de espalda, de su artritis, de sus piernas y sus varices, de que si mi tía Pilar hacía más de un mes que no la llamaba, de lo mal que me veía, por si no me había quedado claro... Menos mal que, mientras mi cuerpo permanecía sentado en una pequeña banqueta de madera con el respaldo tapizado en tela de flores, mi cabeza se encontraba lejos de allí. Tras muchos años de duro entrenamiento era capaz de seguirle la conversación, moviendo afirmativa o negativamente la cabeza —dependiendo de la oportunidad— mientras pensaba en otra cosa. Eso me ha librado de una adicción a los analgésicos o de varios intentos de suicidio cortándome las venas con la maquinilla de afeitar. Con la eléctrica, por supuesto.

—Anda, siéntate aquí a mi lado, y cuéntame algo, que nunca me cuentas nada.

—Bueno, no tengo nada que contarte en especial. Dentro de un par de semanas vuelvo a trabajar en la academia que está al lado de casa...

—¿En la del agarrado? Ése es un encogido que te paga cuatro perras por tirarte allí todo el verano. Tú te mereces otra cosa, algo mejor. Fíjate en tu primo Pepe, el de tía Marta. Ahí lo tienes, trabajando en el banco. Ése, con lo pelota que es, seguro que termina siendo director de sucursal.

—Pero mamá, no empieces otra vez. Yo no sirvo para eso, tú lo sabes.

Ella tenía la facultad de hacerme sentir como si volviera a tener diez años, pidiendo excusas por todo, reclamando su perdón y clemencia por cada acto de mi vida, como cuando le tiraba el jarrón del pasillo o manchaba la alfombra con mis rotuladores.

—Ya lo sé, ya lo sé —me agarró la cara con sus dos manos, apretándome los carrillos—, pero entiende que yo siempre quiero lo mejor para ti. Tú sabes que siempre serás mi niño, y también sé que soy a veces muy pesada —no sólo a veces, pensé yo—, y cuando te veo así, tan delgadito, me da una cosa por dentro...

—Mamá, no te preocupes —la miraba a los ojos, un poco húmedos y hermosamente azules. Tomé sus manos entre las mías y las besé—. Todo eso te pasa porque soy tu hijo preferido y me tienes que querer por lo guapo que soy.

—Ayyyyyyyyyyyyyy, mi niñoooooooooooooo, qué pelota que es... —Me revolvió el pelo, como cada vez que le traía del colegio sobresaliente en Matemáticas—. Anda, pégate a la mesa, que ya está la comida lista.

Y me comí un enorme plato de sopa caliente, con su pan frito, sus taquitos de jamón y su huevo duro. Aparte de achicharrarme la boca y de empañarme las gafas con el vaho que salía del plato, casi se me caen dos lagrimones como puños; hacía tiempo que no me comía nada tan rico; quitando a la camarera de aquel bar de la costa, pero eso fue tanto tiempo atrás...

Y ella habló, y habló, y habló, y yo la miraba, asentía, la escuchaba o hacía que la escuchaba mientras masticaba el filete de ternera que me puso de segundo, mientras pelaba la manzana, mientras me comía un tazón de arroz con leche. Y pasaron las horas, casi en un suspiro. Si es que a veces me quejo de vicio. Cuando quise darme cuenta era la hora de darle la clase a Ángel, así que me levanté de un salto, la besé en la frente haciéndole la firme promesa de que me echaría novia y la haría abuela pronto, y salí de vuelta al barrio.

Cuando llegué a casa de Ángel ya no me esperaba; era normal, llegaba una hora tarde, malditos autobuses de línea. Mi vecino estaba sobreexcitado; no paraba de dar vueltas por el cuarto. Se sentaba, se levantaba y se volvía a sentar, se tocaba el pelo, le daba vueltas al pendiente; todo eso mientras me intentaba contar lo que le había pasado el día anterior. Hoy no había ni dudas ni ejercicios por hacer ni nada por el estilo. Hoy el tema era La Edad de las Hormonas Revolucionadas.

—Juan, tío, eres la leche. Te hice caso y funcionó, joder si funcionó.

—Pues claro que funcionó. Cuéntamelo todo, pero tranquilízate, que te va a dar un infarto y, además, me estás poniendo nervioso, cojones.

Se sentó junto a mí, respiró hondo tres veces o cuatro y empezó a desgranar su aventura del jueves por la tarde. Previo pago de un bocata de calamares y una Coca-Cola, una compañera de clase de su amor platónico le dijo cuál era la sala en la que ella entraba a chatear algunas tardes y, a cambio de los bocatas de todo el resto de la semana, le reveló cuál era su pseudónimo: Donatella.

—Joder, qué *nick* más rarito tiene la niña. Espero que no se llame así.

—No, se llama Encarni, y a ver si me dejas que termine de contártelo.

Después de echarme la bronca, continuó. Él entró en la sala *Adolescentes*, con el apodo de Baskerville...

—¿Baskerville? Anda que tú, tienes un ojo para los *nicks*. Jajaja, a no ser que seas un poco perro... Bueno, vale, me callo, no me mires así.

—Vale. Pues eso, entro en la sala con mi *nick*, y la busco... Al principio no estaba, y ya, casi cuando me iba a desconectar, apareció.

—¿Y?

Este chaval contaba las cosas tan lentamente que me temía que tendría que quedarme allí a dormir para saber el final de la historia.

—Bueno, al principio me daba miedo hasta escribir un simple «hola», pero luego le eché un poquito de valor y la saludé. Ella me respondió. Yo le dije que qué tal, que cómo estaba... Ya sabes, tonterías de esas —bien, parecía que el chaval tenía aptitudes—. Me preguntó que qué estudiaba... «Qué coincidencia, igual que yo...», «no me digas, ese es mi instituto...» Pero no le dije quién era ni mi nombre ni mi clase. No me atreví. Empezó a hacerme

preguntas, a intentar averiguar quién era; me dio el pánico y corté. Por poco si me da un patatús cuando llamaron al teléfono. Menos mal que era mi madre para recordarme que...

La puerta del cuarto se abrió de repente. Ángel se quedó con la palabra en la boca, colgándole del labio, balanceándose hasta caer a sus pies y morir en un mudo plof. Bajo el marco de la puerta, Nieves, la hermana treintañera de Ángel, apareció con una bandeja.

—Hola, he llegado del trabajo y os he oído hablar. He pensado que tendríais ganas de merendar algo.

Sobre la bandeja descansaba un plato lleno de triángulos de pan de molde con chorizo y jamón cocido, un par de latas de Coca-Cola y un cenicero.

—Vaya, vaya, hermanita, qué susto me has dado.

—Hola, Nieves, cuánto tiempo...

Como el caballero que realmente no era, me levanté y besé a Nieves en las mejillas. Debería haber notado el sutil cambio de color en ellas pero, como era habitual, mi nivel de despiste alcanzaba cotas de plusmarca mundial.

—Hola.

—Estás muy perdida, casi no se te ve por el barrio.

La hermana de Ángel no era una de esas mujeres explosivas que sólo se ven en los almanaques de los talleres de coches y en los anuncios de desodorantes, pero tenía algo que la hacía especial; quizás fuera su sonrisa, un tenue movimiento de labios, o su particular manera de mirar casi sin pestañear. Cada vez que la veía regresar de su trabajo en una asesoría fiscal, llevaba su media melena castaña recogida con un coletero a la altura de la nuca, su falda por debajo de las rodillas y su chaqueta de sastre.

No solía pintarse mucho, lo que resaltaba el tono algo pálido de su piel contra el verde de sus ojos. La verdad, el conjunto no quedaba nada mal.

—Oh, bueno, es que salgo muy tarde del trabajo, ya sabes cómo son en las oficinas, siempre hay algo atrasado y... En fin, os dejo que parece que he interrumpido una conversación muy interesante.

—Eso, eso, que estábamos hablando de cosas de hombres.

Ángel se impacientaba por momentos.

—Gracias por la merienda, y a ver si nos vemos más a menudo, aunque sea para tomar café una tarde, ¿no?

—Claro, claro, cuando quieras. En fin, me voy. Si necesitáis algo no tenéis más que avi...

—Que síiiiiiiii, pesada.

Ángel se levantó de su silla, tomó a Nieves del brazo y la sacó de la habitación, cerrando la puerta. Al otro lado, débil pero audible, sonó una pequeña risa.

—Encima que se preocupa por ti...

—Por Dios, qué tía más coñazo. A ver si se echa novio, se casa ya de una vez y me deja tranquilo.

—No digas eso, hombre, que tu hermana es muy buena gente. Esto... ¿por dónde íbamos?

—Sí, te decía que empezó a hacerme preguntas para intentar averiguar quién era, así que me cagué y corté la conexión. Y esta mañana, en el insti, no veas. Se lo contó todo a las amigas. Imagínatelas, todas en un corrillo, riéndose mientras ella les contaba nuestra charla, y yo, a dos pasos. Se me iban y se me venían los colores.

—Bien, bien, bien —en realidad sonó fien, fien, fien, porque no soy nada del otro mundo hablando con un sándwich a medio masticar—. No está nada mal, no señor.

—¿Tú crees? No sé, estoy acojonado. Como se huela que soy yo me da algo, Juan.

—No me seas tonto, leches. Mira, si se entera de que eres tú, pues no pasa nada. Lo bueno de todo esto es que la has interesado, y eso es muy bueno, en serio.

—¿De veras? Joder, qué guay... Si quieres podemos ver si ahora está conectada —y sin esperar a que le respondiera, encendió el módem, el ordenador y se plantó delante del teclado—. Vamos a ver, vamos a ver...

La pantalla del ordenador pasó del negro absoluto a un azul claro. Manejando el ratón con soltura, dio un par de clics y, al momento, se abrió una ventana en la que podían verse todas las salas de *chat* de aquella web. Eligió la de Adolescentes, escribió su *nick* en un pequeño recuadro blanco y la pantalla cambió. Acabábamos de entrar en la sala. A esa hora, casi las ocho de la tarde, estaba repleta. Las frases aparecían en la pantalla con la velocidad del rayo, acompañadas del nombre de quien las escribía. La mayoría eran insustanciales «holas» y «adioses»; saludos de los que entraban y despedidas de los que se iban porque su padre los iba a ahorcar con el cable del teléfono. A un lado, los nombres de todos los participantes de la sala estaban escritos en una larga lista.

—Mírala, ahí está —y con el dedo, me señaló su nombre: Donatella.

—Oye, esto es un follón. ¿Cómo puedes hablar con semejante caos?

—Jejejeje, es sólo cuestión de acostumbrarse —mientras me contestaba, saludaba a todos tecleando con rapidez—. ¿Crees que debo decirle algo?

—Pues claro. Salúdala, anda, cagado, que eres un cagado.

Y escribió: «Hola Donatella». Durante unos segundos —quizás treinta—, esperamos a que apareciera su respuesta. Y apareció: «Hola Baskerville, qué tal».

—Hostias, Juan, me ha respondido. ¿Qué hago, qué hago? ¡Me cago en la leche!

—Pero tranquilízate, hombre, que te va a dar un infarto. Vamos a ver... Dile que muy bien, que esta mañana estaba muy guapa en el instituto.

—¿Pero tú estás majara o qué te pasa a ti? Que se va a dar cuenta de que soy yo, joder, y como se dé cuenta no voy ni a clase, me alisto en la Legión Extranjera y desaparezco.

—Hazme caso; confía en mí, Angelín. Vamos a dejarla más intrigada aún; eso a las mujeres, las vuelve locas, ya lo verás.

Otro cigarrillo apareció entre mis labios sin que recordara haberlo cogido. Fumaba sólo *light*, y aquello parecía que me daba carta blanca para fumar el doble, aunque en cuestión de enfermedades, que se supiera, no había cáncer bajo en metástasis.

—¿Quieres uno?

Antes de que terminara la frase, cogió un cigarrillo del paquete, se lo puso en los labios y lo encendió aspirando con tanta fuerza que parecía que se lo quería fumar en dos caladas. Mientras lo hacía, escribió: «Muy bien. Hoy estabas muy guapa en el instituto».

Y se hizo el silencio.

—¿Qué pasa? ¿Qué pasa? Mierda, ¿se ha cortado? No, no, entonces ¿qué pasa?, ¿por qué no contesta? Ay, que he metido la pata...

—No, sólo está sorprendida; no se lo esperaba. Dime, ¿llevaba algo que te gustara especialmente?

Realmente aquella situación me estaba gustando, disfrutaba de lo lindo. Parecía que era yo el que intentaba ligarse a la muchacha de marras.

—Joder, llevaba un vaquero apretadito que no veas.

Por poco se le salen las hormonas por las orejas al chaval.

—No, eso no me vale. Mira, a las mujeres les gusta saber que te fijaste en su peinado, o si se pintó o no; en cosas de esas, no en si tienen un culo de primera o unas tetas de impresión.

Este era el instante en que me podía aplicar el Teorema de los Consejos Intramusculares: aplícate a ti mismo el parche, Juan Cacho.

—Ah, pues... Déjame pensar... Mmm... Hoy no llevaba el pelo suelto, lo llevaba recogido en una coleta. A mí me gusta más con el pelo suelto; tiene una pinta de leona que...

—Pues dile eso, pero cállate lo de la pinta de leona.

Y escribió: «Aunque prefiero que te dejes el pelo suelto».

De nuevo silencio. Algunos de los otros participantes de la sala empezaron a hacer comentarios sobre las frases de Baskerville: que si estaba salido, que si vaya morro el del colega; vamos, una conversación de lo más íntima.

—Oye, Ángel, ¿no se puede hacer que tú y ella habléis sin que se enteren los demás? Es que a lo mejor ella se corta un poco.

—Sí, claro. Eso se llama un privado. Verás...

Con el ratón, señaló el nombre de Donatella de la lista de participantes, hizo clic dos veces sobre él y una nueva ventana, menor que la otra, se abrió en la pantalla. En ella sólo se veían los *nicks*: Donatella y Baskerville.

—Ahora repítele lo que le has dicho antes y dile que prefieres hablar así, en privado, si es que a ella no le molesta.

A la vez que le iba hablando, iba tecleando en su ordenador. Yo me sentía como un Cyrano moderno, susurrando palabras a un enamorado, aunque ella no estaba en un balcón, sino al otro lado de la pantalla, quizás a kilómetros de allí.

Ella respondió: «Gracias, eres muy amable. No me importa que hablemos aquí. Además me tienes muy intrigada, Basker».

—Hostias, Juan, está intrigada, pues llevabas razón. Sigue, sigue hablándome que yo seguiré escribiendo...

Y así pasamos un buen rato; yo hablando por su boca, o mejor dicho, por sus dedos. Quería que ella tragara el anzuelo hasta el fondo, y para ello le sugería que fuera cuidadoso y galante, que le dijera cosas bonitas pero sin pasarse de meloso, que a veces fuera un poco pícaro, pero sin llegar a ser obsceno... Ella no dejaba de reírse, de decirle que se lo estaba pasando muy bien con él y cuando Ángel le dijo que debía cortar ya, un «OHHHH» que tenía toda la pinta de ser muy sincero apareció en la pantalla. Donatella se despidió mandándole un beso, preguntándole cuándo volvería a verlo, cuándo sabría quién era él, y él se despidió con un breve «Hasta Pronto». Verdaderamente habíamos dejado a Encarni hecha un lío. Cuando salí del cuarto de Ángel, se encontraba en tal estado de excitación que dudo que tardara más de medio minuto en entrar al cuarto de baño y quince minutos en salir.

—Bueno, Nieves, ya me voy. Ahí te lo dejo, al borde del colapso.

Al oírme en el salón, la hermana de Ángel dio un pequeño salto en el sofá; se había quitado los zapatos y permanecía tumbada a todo lo largo, como la Maja Vestida en el Tres Plazas.

—Ah, hola Juan, no te había oído salir del cuarto —apresuradamente, se incorporó, se puso las zapatillas y se acercó a mí para acompañarme hasta la puerta—. ¿Se puede saber qué le pasa? Lleva unos días totalmente ido.

—Pues qué le va a pasar, que las niñas lo traen por el camino de la amargura. Como a todos.

—Ay, los hombres... No podéis vivir con nosotras ni sin nosotras; no hay quien os entienda.

«Ni a vosotras» pensé. Para entenderlas tendrían que venir con un libro de instrucciones debajo del brazo, aunque para aguantar el peso de semejante manual, habría que tener la corpulencia de una lanzadora de martillo rusa.

—Ya, bueno, no creas; nosotros somos bastante simples: siempre estamos pensando en lo único.

—Jaja, mira qué gracioso.

—Oye, Nieves, a ver si no te pierdes tanto y tomamos un día cafelito, ¿no?

—No, tranquilo, te tomo la palabra. La próxima vez que te vea, te lo exigiré.

—Estupendo. Adiós.

Cuando cerré la puerta de casa de Ángel, me decidí a subir las tres plantas que me separaban de mi casa a pie, sin coger el ascensor. No era por hacer deporte ni nada por el estilo, sino porque ya me había quedado encerrado en aquella caja de cerillas varias veces; la última, acompañado de una gran cotorra, a altas horas de la madrugada, o a bajas horas de la mañana, según se mire. Así que cuando abrieron el puñetero ascensor, me encontraron dormido y roncando como si me hubiera tragado tres docenas de serruchos, para escándalo de la portera. Cuando me encontraba en los escalones que subían de la tercera a la cuarta, una voz que me sonó ligeramente familiar me saludó.

—Hola, señor Cacho.

Mi primera impresión fue la de cerrar la boca, porque del susto por poco si el corazón no se me va de vacaciones por su cuenta y riesgo. La segunda fue la de acordarme de la madre que parió al que me sobresaltó, pero tal como me di la vuelta esa intención murió ahogada en los ojos de Amparo.

—Hola, ¿qué haces tú por aquí?

Realmente estaba sorprendido. No alcanzaba a comprender qué hacía ella allí.

Disimuladamente comprobaba si mis pulsaciones no pasaban el límite crítico anterior al infarto; al parecer no llegaba, pero las venas me latían con fuerza, no sé si por el susto o por la minifalda de la muchacha.

—Pues nada, que venía de casa del señor Camuñas —hablaba dulce y sensualmente, deslizando las palabras desde su boca en un suave susurro—. Él me da clases particulares de Contabilidad.

—¡No me digas! Pues fíjate qué coincidencia; yo vivo aquí, en la última planta.

Vaya, vaya, vaya. Se presentaba un verano muy divertido.

—Sí que es coincidencia, jejeje

Me miraba fijamente a los ojos, de muy diferente manera a como lo había hecho en nuestro primer encuentro. Una medio sonrisa le arqueaba ligeramente los labios.

—Bueno, pues cuando necesites algo, no dudes en subir, ¿vale? —Eso es, cuando necesite algo; no sé, un baño relajante, un masaje reconfortante... No se puede ser más buitre, «por favor, Juan, que podrías ser su... Bueno, su hermano mayor». Todos esos pensamientos podían resumirse en uno: si podía ser su hermano, viva el incesto—. Venga, nos vemos.

—Oh, sí, claro, claro que nos veremos... Hasta luego.

Mientras terminaba de subir las escaleras pensaba en si había sido demasiado tajante en la despedida, si había sido demasiado empalagoso en el saludo o si se me habrían notado mucho los ojos de buitre carroñero con los que la miraba. Al abrir la puerta de casa vi un pequeño sobre blanco tirado en el suelo. Dentro llevaba una nota avisándome de la próxima reunión de la comunidad de vecinos, el viernes que viene, a las ocho de la tarde, en casa del presidente, Odón Camuñas, tercero B, con el siguiente orden del día: lectura del acta anterior —qué interesante—, arreglo del portal —fascinante—, limpieza de las escaleras —no sé si podré esperar a que llegue el día—, ruegos y preguntas —para manchar los calzoncillos.

No tenía ganas de cenar; el arroz con leche me estaba dando la noche, rodando una película de chinos karatekas en mi barriga. Así que, tal como llegué, me metí en la cama. Antes de cerrar los párpados e intentar olvidar la batalla que se estaba librando en mi estómago, la luz verde del contestador automático llamó mi atención. Al apretar el botón, la voz grabada de Ángel salió del pequeño altavoz para contarme que al día siguiente inauguraban un gimnasio en el barrio y que los cincuenta primeros tendrían el primer mes gratis, que si me apetecía acercarme con él y probar, lo recogiera a eso de las diez de la mañana. Mientras me debatía en la atroz disyuntiva de acompañar a Ángel o dormir hasta que la cama me escupiera, el sueño me ganó la batalla y todo se convirtió en una espesa negrura de incertidumbres, madres regañonas y niñas de ojos verdes.

Un, dos, un, dos,
albóndigas con tomate y unas copas

«Decididamente soy gilipollas» pensaba mientras me ponía un pantalón de chándal, una camiseta de mis tiempos de la facultad: SOY DE MATEMÁTICAS, ¿QUIERES QUE TE HAGA UN NÚMERO? y unas zapatillas deportivas, seguramente de la misma tirada que las sandalias con las que Moisés cruzó el Mar Rojo. Y era gilipollas porque sólo siéndolo se me podría haber ocurrido hacerle caso a mi vecino e irme con él al Gimnasio Hércules, un sábado: aeróbic, *gymjazz*, sauna, *paddle...*, vamos, todo lo que un albañil desea para sus momentos de relax. Con lo poco que a mí me gusta el deporte, auténtico defensor de la máxima Correr Es De Cobardes, no sé cómo me dejé vencer por ese quinceañero del demonio, que me arrastró hasta aquel local abierto a la entrada del barrio, entre la panadería y el estanco. Quizá fue porque tenía la posibilidad de estar entre los cincuenta primeros y que me saliera gratis, quizás por la posibilidad de ver a chavalas con *maillots* pegaditos a la carne, quizás por no tener que aguantar a Ángel diciéndome que era un cagado cada quince minutos. En fin, a lo hecho, pecho.

Había quedado con Ángel en el portal. Afortunadamente, aquella mañana Doña María del Pilar no se encontraba en su puesto de guardia. Esperaba que la capitana del ejército de porteras la condenara a muerte por no estar en su garita del mostrador. Mi vecino me aguardaba en la puerta, con la espalda y el pie apoyados en la pared, como un flamenco en pantalones cortos. Mientras bajábamos la cuesta del barrio hasta el gimnasio, Ángel no cesó de reírse de mi pinta de deportista y de lo estilizado de mi línea; por mi parte, sin ningún tipo de rencor, le respondía con suaves cogotazos y puntapiés en el culo. Qué quieren que les diga, nunca me he preocupado demasiado por mi aspecto físico. Además, bastante trabajo me había costado crear la perfecta curva de mi barriga —no demasiado pronunciada, sólo lo justito, basada en cervecitas y tapas de magro con tomate— como para arrojarla por la borda ante la más mínima excusa.

La entrada al gimnasio era la típica de todos esos centros de tortura; por todos lados pósteres de tíos, con músculos hasta en el cielo de la boca, en posturas bastante anormales, como si llevaran aguantando las ganas de orinar cuatro días o estuvieran poseídos por un interminable estreñimiento. Las paredes, forradas de madera hasta la altura de la cintura, estaban repletas de estanterías en las que descansaban enormes botes de plástico con nombres tan rimbombantes como *Batido Power Muscle* o *Iron Terminator en Polvo* —pero ni un cenicero, oiga—. En la entrada, una chica de no más de dieciocho años que no llegaba a los cincuenta kilos de peso, se aburría mortalmente sentada detrás de una mesa. Tras comprobar que entrábamos en el cupo de los Cincuenta Elegidos Para la Gloria del Gimnasio Gratuito, dejamos las

bolsas con las toallas y las esponjas en el vestuario, mientras que un par de adolescentes se enseñaban uno al otro las mínimas curvas de sus incipientes musculaturas.

Si quieres ver animales exóticos, vas a un zoo..., pero si lo que quieres es estudiar el género humano, deberías pasar por un gimnasio. Allí había de todo: individuos con músculos en los párpados, tipos canijos haciendo bíceps delante del espejo y admirándose de su propio poderío físico, señoras redondas vestidas con mallas de rayas, que para poder hacerlas habían tenido que dejar a un circo de tres pistas sin carpa, y niñas que daban vueltas de un aparato a otro; se sentaban y se volvían a levantar, no fueran a empezar a sudar —por Dios Cuqui, eso sería súper desagradable—. Para mi sorpresa, Remedios del Valle, la esposa de Odón Camuñas, el presidente del bloque, vecino del tercero y profesor particular de Amparo, estaba corriendo sobre una cinta. Esa mujer tenía algo que me desorientaba totalmente. Era muy bonita, con un cuerpo muy bien formado, un culo redondo y unos pechos para echarse la siesta, pero todo eso era necesario entreverlo tras unos vestidos estilo Isabel la Católica, temporada otoño-invierno, siempre de marrón o negro, con las faldas por los tobillos, enormes y anchísimos jerséis, y peinados recogidos en unos moños que matarían del susto al más pintado de los peluqueros. Desde luego era un desperdicio de mujer, a no ser que en casa se convirtiera en modelo de pasarela en ropa interior. Pero vista la cara que llevaba su marido colgada de la frente, era lógico pensar que usara bragas de cuello vuelto y sujetadores de acero laminado. Un día, mientras me compraba una barra de pan en la panadería —dónde si no—, mi portera ponía al día al resto de las señoras sobre la vida y milagros de mis vecinos

del tercero; al parecer, ella era muy creyente y pudorosa, y venía de una familia de costumbres muy cristianas; excepto el padre, que un día bajó a por tabaco y nunca más se supo de él. Ayudaba en la Iglesia, colaboraba en las colectas y demás vicios eclesiásticos. Su marido también era muy creyente aunque, según mi portera, más de una vez lo había sorprendido mirándole a ella el trasero. «Y es que una aún está de muy buen ver...».

Al fondo, mi casera, Doña Es Más Fácil Saltarme Que Dar-me La Vuelta, despedía sudor como un aparato de riego por aspersión pedaleando en una bicicleta. Intenté pasar desapercibido a sus ojos de lince charlando con Ángel de la primera tontería que se me pasó por la cabeza, pero ese pequeño recipiente de hormonas a punto de estallar me había dejado solo, hablándole al aire. Mientras yo estaba allí en peligro de muerte, él se dedicaba a coger pesas al lado de una chavala, bastante mona, por cierto. ¡Maldito traidor!, ya me las pagaría.

—Don Juan, no esperaba verle por aquí.

—Yo tampoco, créame —mierda, no me había dado tiempo de esconderme detrás de la columna, o debajo de cualquier máquina—. Veo que ha decidido ponerse en forma, ¿quizás correrá algún maratón o ha decidido presentarse a algún concurso de *misses*?

—Siempre con ganas de broma, don Juan... Qué hombre éste —sí, sí, de broma—. La verdad, yo no quería venir, porque a mí me da mucha vergüenza que la gente me vea así, casi desnuda, pero es que doña Remedios me ha pedido que la acompañara y aquí estamos. Por lo visto, según me contó su marido, ella está un poco mal de la espalda y sin apenas apetito. Al parecer el médico le aconsejó que hiciera ejercicio —pues qué bien, pensé—. ¿Y usted?

—Bueno, yo también acompaño a alguien: a Ángel, el del segundo —a ese niñato del demonio—. Lo mío no es el deporte, pero ya que estamos...

—Pues muy bien, don Juan. Ande, siéntese aquí a mi lado y dele a los pedales, verá qué bien se siente.

Y mientras me hablaba, golpeaba con su manaza el asiento de la bicicleta. Por un momento temí que, al sentir esos golpes, aquel aparato saliera de estampida, como los caballos en las películas del Oeste.

Pues allí estaba yo, moviendo las piernas arriba y abajo, metido en una ropa que me hacía sentir bastante incómodo, y sudando la gota gorda para no moverme del sitio —paradojas de la vida—. Por el rabillo del ojo vigilaba los movimientos de Remedios; bueno, mejor dicho, los de sus pechos. Arriba, abajo, arriba, abajo... A pesar de aquel enorme chándal que llevaba, en el que cabían ella y tres vecinas más, el poderío de su cuerpo se dejaba entrever. ¡Dios!, aquella mujer se merecía reventar doce docenas de somieres con guardaespaldas de láminas incluidos.

—Oiga, joven, ¿usted es la primera vez que viene a un gimnasio?

«¡Cielo santo, mi portera me daba conversación!», pensé tremendamente asustado. A ver si he ligado... Estaba metida con calzador en una malla de lycra que rozaba el límite de su capacidad elástica. El pelo, rizado y chamuscado de echarse tinte sobre tinte, lo llevaba recogido con una cinta ancha de tela de toalla. Vista de cerca, parecía más la madre del batería de un grupo de *heavy* metal que mi casera.

—Pues sí, Doña María del Pilar, es la primera vez que vengo a un gimnasio.

—Yo hace un par de años estuve en uno, pero lo dejé porque sólo rebajé medio kilo en seis meses... Creo que lo mío es del metabolismo, pero mi hijo Manolo se había empeñado en que debía adelgazar. Que si estar gorda es malo para la circulación, que si es malo para la espalda... Y con tal de no escucharlo hago lo que sea.

Sonreí para mis adentros pensando en el día en que se cansara de escuchar a su Manolo y decidiera ahogarlo de un abrazo con sus propios pechos. La señora pedaleaba a un ritmo más lento que el de un disco de un cantautor cubano en el exilio, y eso le permitía no parar de hablar, y de hablar, y de hablar...

—Y por si fuera poco, me han puesto un régimen severísimo, basado en frutas, verduras y pescado a la plancha; lo que tiene que sufrir una para estar sexy...

Maldita imaginación la mía; por pensar en aquella señora, embutida en un body de encaje, por poco me caigo de la bicicleta estática. Mientras tanto, Remedios del Valle había dejado de correr en la cinta y había empezado a fortalecer los músculos de sus muslos en una máquina en la que apretaba las piernas hasta juntarlas; las volvía a separar, las volvía a juntar..., como una mariposa de casi metro ochenta.

—...Y en el parto de mi tercer hijo tuvieron que hacerme la cesárea, y claro, estuve ingresada durante...

¡Por el amor de Dios, aquella mujer no callaba! Si hubiese sido sordomuda tendría que haberse echado antiinflamatorios en las muñecas cada día al llegar a casa. Menos mal que había puesto el cerebro en piloto automático y movía la cabeza de forma mecánica, mientras seguía las evoluciones de la señora de Camuñas por el gimnasio.

Al cabo de unos minutos, mientras que la Señora Tengo Don De Lenguas me contaba las vicisitudes del banquete de la Primera Comunión de su Manolo, la chica de la puerta entró para avisar que daba comienzo la clase de aeróbic. Remedios dejó de aletear, se levantó y entró en una sala contigua a la que nos encontrábamos. Dando gracias a Dios por los pequeños favores que nos ofrece cada día, me levanté de la bicicleta sintiéndome el ganador de un Tour de Francia y me introduje en la clase.

Era una sala espaciosa, totalmente rodeada de espejos. El paraíso para un mirón. En tres filas, quince personas nos colocábamos como si fuéramos a hacer instrucción, aunque en este caso más de uno se querría llevar a la cama a su sargento. Mi vecina y la portera se colocaron justo delante de mí y si no llega a ser por mi estatura no hubiera visto a la monitora. Ángel se puso en mi misma fila, pero no a mi lado; se ve que no le gustó nada la mirada de psicópata asesino múltiple que le eché. La chavala de la puerta puso en marcha un equipo de música y los altavoces empezaron a atronar con un ritmo endiablado. Al instante, La Sargento Lagartija comenzó a dar palmas sobre su cabeza y el resto de la compañía la seguía, o al menos lo intentaba, imitando sus movimientos miméticamente. Si nos hubieran visto desde fuera, hubiéramos dado la impresión de ser adoradores paganos de una secta neo-hinduista clamando por el advenimiento de la raza superior extraterrestre. Y si nos hubieran oído, habría cola para apuntarse a las clases: «arriba, abajo, otra vez, eso es, más fuerte, así, así...».

Mientras las tres filas de adeptos daban pasos a la derecha y a la izquierda, yo seguía los movimientos de los glúteos de Remedios a través del pantalón del chándal; eran

como los carrillos gorditos y tensos de los angelotes esos que pintaba Murillo, bamboleándose al ritmo de la música. Los de Doña María del Pilar eran dos bombonas de butano rodando por una cuesta empedrada. Al cabo de media hora los sudores me caían a chorros, y parte de mi cuerpo yacía a mis pies en forma de charco. Cuando la Señorita Fideo apagó el equipo de música me dieron ganas de abrazarla y cogerla en brazos; lo habría hecho de haber tenido fuerzas para hacerlo. Arrastré los pies hasta los vestuarios acompañado de mi queridísimo vecino. Empecé a desnudarme, al igual que otros aspirantes a Campeón del Mundo de las Agujetas, pero Ángel se quedó sentado en una banca de listones de madera, como si esperara al autobús.

—Pero niño, ¿es que no te vas a duchar?

—Joder, Juan, es que me da corte ponerme en pelotas delante de extraños —me contestó en voz baja, casi en un susurro, no le fueran a escuchar los demás.

—Anda chaval, no seas tonto, si no pasa nada —mientras le hablaba me metí en una de las duchas que estaban libres—, el único cuidado que debes tener es de que no se te caiga el jabón...

—¡Qué mamón, qué mamón!

Cuando llevaba un par de minutos bajo el agua templada de la ducha, de pronto, el mundo empezó a ponerse borroso, la perilla de la ducha se convirtió en una serpiente de cascabel y todo lo que abarcaba mi vista empezó a girar como en mis peores borracheras. Me apoyé contra los azulejos —estando casi a punto de ser violado por el mando del grifo—, y esperé a que todo volviera a ser nítido y estático. El corazón me latía como uno de aquellos malditos altavoces, y tenía las venas del cuello tan hinchadas como las de un

cantaor de saetas en medio del martinete. ¡Jesús, qué mareo! Como era normal, Angelito no se había enterado de nada, ensimismado en sus pensamientos y sueños de revolcón. Terminé de ducharme y de vestirme mientras pensaba en la posibilidad de hacerme una prueba de embarazo... Nunca se sabe qué puede pillar uno en un gimnasio.

Después de salir de allí y de contarle a Ángel lo que me acababa de pasar, decidí pararme en la farmacia de D. Manuel Altolaguirre III, amueblada como la dejó su padre, D. Manuel Altolaguirre II, que la heredó de su padre, D. Manuel Altolaguirre I. Todavía conservaba el viejo mostrador, las estanterías de madera y los frascos de porcelana para las hierbas medicinales rotulados en letra gótica con nombres misteriosos que traían reminiscencias de lugares exóticos y de venenos que no dejan rastro. En una esquina, un peso de los de hace cuarenta años dormía el sueño de los justos, junto a anuncios de compresas aladas y de comidas de cinco tenedores para bebés. Apoyado en el mostrador, un chaval de no más de dieciocho años pedía una caja de preservativos, casi sin salirle la voz del cuerpo, mientras dos viejas gruñonas lo miraban escandalizadas. «Hay que ver la poca vergüenza del niño. Esto con el Caudillo no pasaba».

—Juan, ¿qué haces por aquí? —Don Manuel me hablaba desde el expositor de los preservativos mientras le enseñaba al joven varias cajas de vivos colores: lubricados, estriados, con espermicidas, talla súper, extra...

«¿Talla extra? ¿Eso es para cuando hay que dar la talla de manera extraordinaria o qué?».

—Pues a pedirte consejo. Hace un momento me dio un mareílllo, ahí en el gimnasio nuevo, y me encuentro muy flojo.

—¿Con que en el gimnasio nuevo, eh? Pero si tú nunca haces deporte, Juan, ¿para qué te metes en esos follones?

—Yo qué sé; alguna vez tendría que empezar, digo yo. «Juan, eres único para buscarte excusas» Además..., es gratis —por fin, una verdad.

—Gratis, gratis... ¿Comes bien? Lo cierto es que tienes un poco de mala cara... A ver que te mire esos párpados.

Con la misma delicadeza que un carnicero corta cinco kilos y medio de chuletas para la barbacoa, don Manuel tiró de mi párpado inferior hacia abajo hasta ponerlo a la altura de mis calcetines.

—Huy, esto está muy pálido, Juan... Necesitas unas vitaminas.

Sin darme tiempo a decir «pescadito frito», Don Manuel desapareció por la puerta de la rebotica y volvió con una caja alargada y amarilla. Mi vecino, mientras leía los nombres de las cajas de preservativos, me miraba pensando que todo aquello era mucho más divertido que lo que estaban echando en la tele a esa hora.

—Te tomas una ampolla en el desayuno, el almuerzo y la cena. Y déjate de hacer muchos esfuerzos. Por lo que parece, tienes un poquito de anemia, nada grave, pero si lo dejas sí que puedes llevarte un buen susto. Aunque para estar seguro deberías hacerte unos análisis de sangre y...

—Vale, don Manuel, le haré caso, pero no se me ponga pesado, que me recuerda usted a mi madre. Y de análisis, nada de nada, que usted sabe que le tengo cierto repelús a las agujas.

Con mis vitaminas debajo del brazo me despedí de Ángel en el portal, volví a casa y me tomé una de aquellas ampollas disueltas en agua. Desde pequeño me fascinó el

hecho de que el líquido contenido en ella no se cayera al romperla por uno de sus extremos. Me quedaba mirando a mi madre, ensimismado, pensando en que aquello tenía algo de magia, como casi todas las cosas que hacen los padres cuando eres niño. Luego, al estudiar Física en el instituto, te hacen comprender que es la presión de la atmósfera la que impide al líquido caer, y se acaban el misterio y la magia, al mismo tiempo que se acaba la niñez. Y lo peor de todo: te das cuenta de que tus padres no son magos ni tienen poderes, sino más bien todo lo contrario.

Como era casi la hora de la comida, me acerqué al Dos Tercios Del Quinto y me metí entre pecho y espalda una ración doble de albóndigas con tomate y patatas fritas para descarrilar un mercancías, dos cañas de cerveza y un café con leche, echándole un par de pelotas a la vida. A la hora de la comida el bar estaba muy tranquilo, porque había que ser un loco, un kamikaze o un hombre sin paladar para comer allí algo que no viniera envuelto en plástico. De todas formas, nunca sabes si lo que te metes en la boca es una lechuga o un trozo de fuselaje de un avión derribado en Kosovo, así que qué más da. Mientras los trozos de albóndigas —de Dios sabe qué clase de animal— caían por mi garganta, escuchaba, una vez más, las historias del Dudu y del Moro: la de aquella noche que se escaparon del cuartel para irse de putas en Melilla y vieron a un coronel legionario entrar en un cuarto con dos jóvenes moritos, la del día que huyeron de un buen montón de marroquíes porque se fueron sin pagar todos los platos de patatas y huevos fritos que se comieron... El Dudu iba contando y el Moro añadía detalles de la historia: que si se meó de la risa en los calzoncillos al ver al coronel, que si se dejó medio uniforme de legionario y varios trozos de piel

entre las zarzas huyendo de los moros que le querían cortar las pelotas... Era para quedarse toda la tarde oyéndolos y separando la verdad de toda la ficción con la que iban rellenando sus historias. Cada vez le añadían más detalles, alargándolas hasta alcanzar tintes epopéyicos.

Cuando en el vaso de café quedaban dos sorbos escasos, el Dedos apareció por la puerta del Dos Tercios vestido como una persona más que decente: pantalón de vestir y chaqueta gris marengo, camisa blanca, chaleco a juego con el pantalón, zapatos negros relucientes como el caparazón de una cucaracha. Peinado hacia atrás, el pelo brillante con el resplandor metálico de la gomina recién puesta, bien afeitado, las patillas perfectamente perfiladas... ¡Joder, si parecía un banquero!

—Por los clavos de Cristo, ¿pero ese quién es?

El Dudu le daba codazos al Moro y éste le devolvía una mirada que quería decir bien a las claras que se pegara los codazos en los huevos, palmo arriba, palmo abajo.

—¡Me cago en todo lo que se menea! Tú, repeinado, suelta al Dedos de donde lo tengas escondido.

El Nino se reía a mandíbula batiente enseñando los seis o siete dientes que aún le aguantaban agarrados de forma desesperada a las encías. Su hermano, el Gollina, le acompañaba en las risas, cosas de gemelos.

—Hay que ver la gentuza esta que no sabe admirar el buen gusto ni la buena presencia.

Vicente, mientras hablaba, se abrillantaba las uñas de la mano derecha en el chaleco.

—Moro, ponte otra ronda de lo que estén tomando, que invita el señor Vicente.

—Pero bueno, ¿se puede saber a qué viene semejante despliegue de medios?

La verdad es que antes de que empezara a hablar ya me sabía la respuesta.

—Pues verá usted, señor licenciado, esta mañana la jornada laboral ha sido muy fructífera, jejeje. Y la recaudación en caja ha sobrepasado las mejores expectativas.

—Cualquier día vas al talego otra vez, Vicente —se había sentado a mi lado, y lo envolvía una nube de colonia y *after-shave*—. Y paso de mandarte la lima metida en un bocadillo de mortadela.

—No te preocupes, Juan, cojones, que últimamente estoy que me salgo del pellejo. Si hubiera querido, le saco los calcetines, sin quitarle los zapatos, a un alemán grande y colorado que, por cierto, es el que me ha comprado estos modelitos y ha pagado el peluquero; aunque él no lo sepa aún. Además va a pagar nuestra juerga de esta noche, porque tú esta noche te vienes conmigo...

—Pero...

—Nada de peros, colega. Hoy pago yo. Y no acepto un no por respuesta. Aunque la tía esté de muerte, sea quien sea; que siempre me dejas tirado por unas tetas.

Y tuve que olvidar mi cansancio, las agujetas, los mareos y todo lo demás. Para una vez que él pagaba; bueno, para una vez que él ponía el dinero; quiero decir, para una vez que... En fin... Pues eso, para una vez, había que aprovechar.

—Bueno, vale, está bien. ¿Y a dónde iremos? Porque a ver si me invitas a cenar aquí; eso sí que no lo acepto.

—Maestro, coño, que aquí se le mira bien.

El Moro se había sentido dolido y para poner más énfasis puso cara de lástima, lo que hizo que me acordara de la cabra de la Legión.

—No es por nada, Moro, no te molestes. Es que prefiero sacarle las perras al Dedos a base de bien, y dejarlo seco, seco.

—Pues entonces, amigo Juan, tú decides dónde vamos. Me recoges aquí a eso de las nueve en tu descapotable y me llevas a donde prefieras. Y ponte otra ronda, Moro, que tengo la garganta rasposa.

Allí lo dejé, invitando a copas y hablando por los codos. Recé para que a la hora de recogerle le quedaran al menos un par de euros en el bolsillo, porque si no me veía cenando pipas con sal en uno de los bancos del parque. Qué bonito y qué romántico.

Pues a las nueve menos algo estaba allí, como un clavo; bueno, como una alcayata, porque las agujetas en todos y cada uno de los músculos de mi cuerpo me hacían andar un poco volcado hacia delante, como un marido cornudo bajo el peso del adulterio. No me había puesto de punta en blanco, pero sí todo lo arregladito que podía permitirse uno para salir de copas con un amigo. Elegante pero informal.

Recogí a Vicente en la puerta del Dos Tercios y tiramos con el Panda hacia el centro. Aparcamos cerca de puerto, junto a calle Córdoba, a las espaldas de la Alameda. Aún era temprano, pero unas cuantas horas después aquellas calles empezarían a llenarse de putas buscándose el sueldo del día, un sueldo que duraría en sus bolsos el tiempo justo que tardara el chulo de turno en desplumarlas.

La Alameda es un largo paseo, techado del verde de las ramas de los enormes árboles que casi llegan a taparla por completo, dividida y seccionada por una calle de cuatro carriles, arteria de la ciudad que no cesa de bombear tráfico hacia el Parque y la Prolongación de la Alameda. En uno de

sus extremos, el marqués de Larios sostiene su sombrero de copa, desde hace muchísimos años, y mira extrañado a los conductores, intentando decirles que para qué tantas prisas en llegar al sitio al que no quieren ir. A ambos lados los comercios se aprietan, uno contra otro, disputándose la atención de los viandantes a golpe de cartel y neón.

Nos fuimos los dos a tomar unas tapas y unos vinitos a La Casa del Guardia, justo a la mitad de la Alameda. Allí disfruté como un cerdo en una charca, rodeado de toneles de tiempos inmemoriales, de bandejas de cañaillas y pulpos fritos. Aquellas paredes podrían contar miles de historias de borrachos a los que les da por cantar flamenco hasta las tantas de la mañana, de puñaladas por culpa del vino y de alguna mala mujer. Historias tristes y alegres, pero historias, al fin y al cabo. Nos pedimos unos moscateles con soda y un par de platos de mejillones, pero como nos supo a poco fueron cayendo, una tras otra, una ronda de ensaladilla rusa, una de gambas cocidas, unas conchas finas y otra de mejillones acompañados de unos vasos de Pedro Ximénez y otros dos de Pajarete. La cuenta nos la hicieron sobre el mostrador de madera, apuntando los precios con una tiza que el camarero llevaba sobre la oreja, donde, por cierto, le hubiera cabido la tiza, el borrador y la pizarra si le hubiera hecho falta. De allí salimos cerca de las once de la noche, con el hambre saciada a base de marisco y la sed por saciar, que para eso éramos dos pozos sin fondo.

Mientras andábamos por las viejas calles del centro, nos contábamos las cosas que nos habían pasado en esos días: sus carreras por los callejones para despistar a algún que otro guardia de seguridad, mis visitas a La Milagrosa, sus escapeos con la Toñi —una prostituta con la que estuvo viviendo varios meses y a la que vuelve a ver de vez en cuando—, mis

miraditas a Amparo, las tuyas, y mis deseos de dejarla como Dios la trajo al mundo. Hablar con Vicente me era fácil. Era como recorrer calles conocidas; aunque estuvieran a oscuras, o faltara alguna que otra farola, no me daba miedo doblar ninguna esquina, ni acercarme a ningún portal. Allí no había peligro. Siempre había sido así y siempre lo sería. Nunca temíamos ningún reproche ni nos metíamos en los asuntos del otro; si acaso, algún consejo o palabra de ayuda que, como es natural, teníamos en cuenta pero nunca tomábamos como mejor opción.

Decidimos quedarnos por el centro en lugar de lanzarnos a la vorágine de los lugares de moda en la costa. Como todos los sábados por la noche, las calles estaban abarrotadas de jóvenes dispuestos a beberse todo el güisqui destilado durante un año en Wisconsin y a bailar como posesos los ritmos electrónicos de moda. Paseábamos sin rumbo, dejándonos llevar por la marea humana. Para empezar entramos en el Salsa Picante, un bar donde sólo ponen salsa —originalidad ante todo—, y nos marcamos unos merengues y unas cumbias con dos alemanas que nos sacaban tres palmos a cada uno. Me encantó bailar con la que me tocó en suerte; pasarle el brazo por la cintura cada vez que nos cruzábamos, sentir el tacto de su piel bajo la gasa de la blusa... La de Vicente era seca, más bien tirando a árida —estilo Gobi—, y le ponía mala cara cada vez que él intentaba acercarse a menos de dos metros. La mayoría de las veces, Vicente y yo nos entendemos con la mirada, sin tener que articular palabra o hacer extraños signos con las cejas, así que, después de que me mirara fijamente durante tres segundos y de que soplara por lo bajo, nos batimos en retirada aprovechando que fueron a retocarse en los lavabos. Bueno, una a retocarse y la otra a reconstruirse.

De allí nos fuimos a tomarnos unos güisquicos en el Pub Mira Quién Ha Venido, local de moda entre los treintaños. En la puerta, un tipo que podía disfrazarse en Carnavales de ropero de tres lunas filtraba la entrada al bar, poniéndole la mano en el pecho y frenando en seco a los que él creía que no daban el nivel para poder tomarse allí unas cañas. «Eh, tú, dónde te crees que vas, vuélvete a casa y no aparezcas por aquí con calcetines blancos». El local no estaba mal: estaba peor. Hay veces que no entiendo por qué un determinado bar se pone hasta el culo de gente, sin ninguna explicación racional, mientras que el de al lado, mejor en muchos aspectos, está tan vacío que hasta se escucha el eco del sonido de las tripas de los mosquitos. La conducta de las personas, una a una, puede parecer irracional, pero la de la masa ya es el colmo de la insensatez. Como dice el Teorema de la Persecución: Donde va Vicente, va la gente. El local estaba decorado con cartones de huevos pegados a la pared y pintados por un pseudoartista, armado con varios botes de *spray* de los colores más chillones. La barra era muy alta, las sillas muy bajas, las copas muy caras y en el lavabo se podrían hacer competiciones de natación en aguas menores. Pero bueno, si estaba de moda, había que ir. Allí estábamos, pegados a la barra, en la conocida postura de Buitre Carroñero Inspeccionando La Manada de Gacelas, cuando vi los ojos de Amparo, en la puerta del bar.

—Hostias, Vicente, esa es la niña de la que te hablé antes.

—Coño... Menuda niña. Ahora te entiendo. Será más joven que tú, pero, qué demonios..., está para ponerla a cuatro uñas mirando a La Coruña. Parece que viene con alguien, ¿no?

El Dedos se ponía de puntillas sobre lo que a las cinco de la tarde eran unos zapatos negros y a esas horas eran grises color pisotón.

—Pues sí, eso parece. Pero a él no le veo; está de espaldas, leches. Voy a acercarme a saludarla. «Y de paso, a ver quién es ese que la acompaña».

—Anda, sí, tírale, viejo verde, jejeje; ten cuidado con el rastro de babas que vas dejando, que se puede resbalar alguien. Y tú, rubia —le dijo a una de las camareras, que de rubia natural tenía lo que yo de formal—, ponte otras dos iguales.

Pero no me dio tiempo. Cuando quedaban menos de cinco metros para ponerme a su lado, sus ojos cayeron en mí y una sombra de pánico cruzó su cara de lado a lado, empañándola durante un segundo; el tiempo justo para darse la vuelta y perderse junto con su acompañante en la maraña de cabezas, troncos y extremidades que intentaban entrar en el local. Me volví, con cierto estado de confusión haciéndose unos largos en mi cabeza hacia el rincón donde me esperaba Vicente. ¿Me había visto? ¿Había huido? Si había huido, ¿era porque me había visto o porque acababa de recordar que se había dejado el butano encendido?

—Jeje, Juan, qué atractivo tienes para las mujeres, sean de la edad que sean, jeje. Parece que ha visto al demonio.

—No sé, me ha parecido muy raro. Verás, no le hecho nada para que me tenga miedo, al menos de momento.

—Anda, tómate otro y verás como todo va cobrando sentido.

Y era cierto. A medida que los güisquis iban cayendo, todo iba teniendo más significado; es decir, nada lo tenía, por lo tanto no había ninguna cuestión por la que preocuparse.

No es que estuviera borracho, ni mucho menos, pero a veces el alcohol da una especie de lucidez mental que cuando cesa se echa de menos. Quizás eso sea lo que hunde a la gente en la botella. Y mientras más bebía, más claro veía que mi sueño, mi teoría sobre el comportamiento humano, tenía menos posibilidades de éxito que un grupo de cinco negros raperos en una reunión del Ku Klux Klan. La gente no era lógica ni racional, ni nada de nada; ni solos, ni en compañía. Somos unos animales extraños que creemos que pensamos, que razonamos, pero sólo nos engañamos a nosotros mismos inventándonos leyes, ciencias, normas, axiomas... «Nada, nada, ponte otra copa más, que esto no tiene arreglo».

Claro, al principio no estaba bebido, pero cuando en mi reloj de pulsera la manecilla pequeña bordeaba el cuatro y la grande ni veía donde estaba, tenía algunos pocos centímetros cúbicos de sangre en cada litro de alcohol. Vicente y yo nos dejábamos llevar por la música y bailábamos como si nos importaran un bledo todos y cada uno de los cánones estéticos, dando saltos de una punta del bar hasta la otra, pisando a todo el mundo, jugándonos una bronca en cada paso que dábamos. Y como la situación se estaba poniendo tensa decidimos irnos de allí, dejando aparte el hecho de que los encargados del bar nos cogieron por la cintura y amablemente nos depositaron en la puerta, o lo que viene siendo varios metros más allá. Si no hubiese sido porque llevo gafas y porque Vicente no sabía distinguir entre arriba y abajo, otro gallo les hubiera cantado... a mis dientes.

Ya por las calles, vacías de gente y llenas de cascotes de vidrio, el Dedos y yo nos dispusimos a dar nuestro conocido Recital de Temas Populares para gozo y deleite de los vecinos,

alguno de los cuales nos recordó la posible profesión de nuestras madres. Cuando a eso de las seis, a pesar de la anchura de la calle, no hacíamos más que tropezar con las paredes, una voz sorprendida de mujer me habló a mis espaldas.

—Pero Juan, por el amor de Dios...

Al volverme sólo pude intuir una figura nebulosa que se iba y volvía a ratos. Por un momento me recordó el primer televisor que tuvimos en casa. Para ver los programas con nitidez tenías que colocarte en una determinada postura en el sofá; si no, sólo veías rayas y arena de todos los grises posibles. Vicente no pudo decir nada; estaba bastante atareado dejando los mejillones en el escalón de un hermoso portal, cerrado por una gran puerta de madera oscura y un llamador de bronce.

—No sé quién eres, pero bo bebas bás que te estás pobiendo borroso...

Eso sí que era tener dominio de la lengua; riéte tú de los académicos.

—Jajaja, anda, déjame que te acompañe a casa, antes de que te caigas al suelo.

Me pareció una voz familiar, pero mi familia es muy amplia, así que...

—¿Pero quién eres, a ver? Y bo te buevas bás, que be bareas.

—Soy tu vecina, Nieves. Dime dónde tienes el coche, que no estás en condiciones, y tu amigo menos.

—Andaaaaaa, Bieuessss, que alegría me da verteeeee. Bo te breocupes por el coche, que yo lo llevo, bi abigo no tiene carné de conducir, así que... Bero yo buedo llevar el coche, Bievecitas, que estoy berfectabente, fíjate, fíjate...

Y en un alarde de masculinidad, me puse a hacer el equilibrio sobre la línea blanca que separaba los dos carriles. Como era natural, sólo un par de veces pisé la raya, mientras que el resto del tiempo pasaba de una acera a la de enfrente, de escaparate a escaparate, de papelería a papelería; vamos, que estaba midiendo el ancho de la calle.

—Sí, sí, perfectamente. Juan, no seas pesado, dame las llaves del coche y dime dónde lo tienes aparcado.

—Bueeeeeeno, bo te pongas pesadita, morenilla; aquí tienes las llaves. Y el coche está... El coche está... Huy, jeje, ¿dónde estará el coche? VICENTEEEEEEEEEEEEEE, ¿TÚ TE ACUERDAS DE DÓNDE ESTÁ EL COCHEEEEEEEEEEEEE?

—Uagggggghhhhh —me respondió el Dedos—. Ten amigos para esto.

—Joder qué plan.

Mi vecina se estaba empezando a desesperar, al mismo ritmo que se estaba arrepintiendo de haberse parado y puesto las ropas de Señorita Encantadora. Ya lo dice el Teorema del Uso Extremado de las Extremidades Inferiores: en estos casos, pies para que os quiero.

—Bueno, Bievecillas, no te agobies. Creo que está abarcado al final de esta calle, sísísísísís, bíralo, ese es —rematé, señalando un Audi gris metalizado—. Ah, pues no, jijiji... esbera, es eeeeeese de allí.

Premio para el caballero. Unos metros más adelante, el Panda se manifestaba orgulloso de sí mismo, junto a un contenedor de basura. Gracias a Dios, los operarios del Ayuntamiento habían sido generosos y no lo habían echado dentro del camión.

Tras luchar arduamente conmigo y con Vicente para que nos montáramos los dos en el asiento de atrás, Nieves arrancó el coche y se puso en camino hacia el hostel donde vivía el Dedos. Tras dejarlo en su puerta y esperar casi media hora a que acertara con la llave en la cerradura del portal «es que se buebe la buñetera», seguimos camino hacia el barrio. Las calles estaban totalmente vacías; acaso, alguna moto con tres quinceañeros encima, algún camión de la basura, un elefante rosa en minifalda... ¿Mmm? Aparcó el coche cerca del portal, gracias a Dios, porque no estaba la situación como para andar más de quinientos metros.

—Déjame que te eche una mano para bajarte.

—Bo hace falte, Bievecitas, si estoy buy bien.

Si no llega a ser porque no me hizo caso, me dejo los dientes en la acera, junto a un poste de dirección prohibida. Me agarró por la cintura y yo le eché el brazo por encima de los hombros; aún olía a perfume a pesar de la hora que era. A duras penas, dando dos pasos hacia delante y uno para atrás «maaaaaambo, uh», llegamos hasta la puerta del bloque. Me apoyó contra la pared como si fuera una escoba, sacó las llaves de su bolso y abrió la puerta empujándola con el culo. Cuando salimos del ascensor, me empezaron a flaquear las piernas y me dejé caer sobre los hombros de Nieves. La pobre casi no podía conmigo, y estuvimos a punto de rodar los dos por el suelo.

—Ay, Juan, colabora un poco, hombre, que ya casi estamos...

—Huyyyyy, bor boco si bos caebos, jejeje. Oye Biebes, ¿sabes que hueles que alibentas?

Creo que no era un buen momento para mostrarse caballero, ni para desplegar los escasos encantos que me quedaban en el cuerpo.

—Sí, sí, ya me lo contarás mañana, que sólo sabéis decir cosas bonitas cuando estáis borrachos o en la cama. Qué asco de hombres, por Dios... Y ahora, dime cuál es la llave de la puerta, anda, Juan...

La verdad, me costó bastante trabajo adivinar cuál de ellas era y después de probar con todas, como pasa siempre, Nieves comprobó que era la última del llavero. Encendió la luz del pasillo con un codo, me arrastró hasta mi cuarto y me dejó caer en la cama como a un saco de patatas. La pobre se sentó unos segundos en el borde y se secó el sudor que empezaba a aparecer en su frente con el dorso de la mano.

—Bieves, qué buena eres, leches, hay que encontrarte un bovio, sísísí... Borque...Gggggg... Eres buy buena bujer... Ggggggg... Bañana bisbo embezamos a buscarte uno... Gggggg...

Creo que tardé unos diez segundos, más o menos, en quedarme dormido. Por la mañana, la lengua estaba inflada como un cartón mojado, intentando ocupar la totalidad del interior de la boca; casi no podía mover los párpados, como si los ojos los tuviera oxidados o cosidos a la cara. La cabeza me latía con fuerza y las venas tocaban el tambor junto a las sienes, torturándome hasta el límite del suicidio. Pero eso no tiene nada de raro o extraordinario, sobre todo después de lo que fui capaz de meterme entre pecho y espalda la noche anterior. Lo que me asustó es que me despertara desnudo, sólo con los calzoncillos puestos, y toda la ropa bien doblada, encima del respaldo de una silla. ¡Huyuyuyuy!

Unas clases, unas fatiguitas
y unos morros

Cuando me planté delante de la primera clase del verano, unos chavales de 2º de Bachillerato del instituto del barrio, el panorama que se presentaba ante mis ojos era francamente desolador; a esa hora, alrededor de las diez, todo eran ojeras, malas caras y legañas pegadas a los ojos con cemento cola. Y el primero era yo, sin duda. Además del mal cuerpo, todo lo empeoraba la mala conciencia y la escasez de recuerdos. No tenía ni puñetera idea de lo que había pasado con Nieves; temía haber metido la pata, o haber metido la mano por donde no debiera, pero lo que más miedo me daba era que llegara la hora de darle las clases a Ángel y que ella estuviera allí, en el sofá del salón, esperándome para recordarme que olía que alimentaba. Pero bueno, eso lo dejaríamos para más adelante; ahora me esperaba la jauría.

—Buenos días. Mi nombre es Juan Cacho y seré vuestro profesor de Matemáticas este verano. Podéis llamarme Juan, lo prefiero así.

No me gustan excesivamente los formalismos, ni que me llamen de usted; de todas maneras, por dentro pueden estar cagándose en la leche que mamé. Todos los años igual;

el primer día tocaban un par de asaltos de reconocimiento, para estudiar al rival, pero a partir de entonces, los puñetazos y los amagos volarían por todas partes. Menos mal que uno ya tiene cintura para eso y más.

—...Y sobre todo espero que nos llevemos bien y no tengamos ningún encontronazo, porque prefiero ser Juan Cacho a ser Juan con un cacho de alguno de vosotros. Así que vamos a llevarnos bien, ¿no?

Risas nerviosas. Alguno pensó incluso que bromeaba; qué equivocado estaba, pobrecillo. El resto de la clase, media hora más o menos, nos la pasamos planteando un poco cómo íbamos a dar la materia en dos meses escasos, explicando un poco el método de trabajo y nada más. Tampoco hay que tomárselo a la tremenda el primer día, pero el segundo...

La mañana iba pasando con más pena que gloria; entre clase y clase me fumaba tres cigarrillos, encendiendo uno con la colilla del otro, porque una hora entera sin la dosis de nicotina, aunque sea del *light*, es mucho. A medida que iban pasando las horas, el desasosiego iba tomando fuerzas en mi barriga. En un principio creía que era hambre, porque las vitaminas empezaban a hacerme efecto y en el cuerpo sólo llevaba un café y una torta de aceite, pero luego debí rendirme a la evidencia: aquella sensación me la producía la certeza de que Amparito iba a aparecer por aquella puerta. Me sentía como un gilipollas, alterado por la posibilidad de echarle el ojo a una muchacha a la que le sacaba más de diez años y a la que quería sacarle más cosas; experimentaba la misma excitación que a los dieciséis, cuando me pasaba las clases enteras intentando verle las tetas, a través de la manga de la camiseta, a Marisa, la compañera que se sentaba

delante de mí. Al final sólo conseguía ver dos sombras por debajo de las axilas y un enorme dolor de cuello, amén de un calentón de los que hacen época. Y eso es lo normal a esas edades, pero «por Dios, Juan, a tus años, debería darte vergüenza...». Además, estaba lo que pasó el sábado: su huida precipitada del bar, su expresión; vamos, que las preguntas me estaban comiendo por dentro.

Así que cuando dio la una y empezaron a llegar los universitarios me había metido de lleno en mi papel de Profesor Eunuco, Tirando a Homosexual, dejando que las muchachas pasaran por delante de mis ojos y haciéndoles el mismo caso que a un desfile de bandejas de mierda de perro. Pero aquella mañana los hados se pusieron en contra mía; Amparo apareció con sus andares de niña buena, con su minifalda convertida en una segunda piel, y la carpeta apoyada en el pecho. Por una vez en mi vida quise ser folio.

El resto del personal era como suelen ser a esas edades, más o menos como lo que veía a diario cuando iba a la universidad: algunos repeinados hacia atrás, imitando a sus banqueros preferidos, jerseys anudados al cuello y pantalones de marca; otros con camisetas manchadas de lejía y vaqueros desgastados hasta el límite del tejido, más cercanos a cantantes de metro que a aspirantes a cajeros. Las chicas, en sus dos versiones: las Yo Aquí Vengo A Estudiar Y No A Buscar Novio, vestidas con lo primero que pillaron al abrir el ropero, y las Fíjate Qué Mona Soy —las de más peligro; no porque sean guapas, sino porque saben que lo son—, peinadas y arregladas a cualquier hora del día. Amparo era distinta a las demás; un raro espécimen de las Tengo Más Peligro Que Una Piraña En Un Bidet. Varias veces me sorprendí mirando sus piernas, de movimientos lentos y elegantes —sobre todo

cuando cruzaba una sobre la otra—, y una sombra oscura, llena de premoniciones paradisiacas, se entreveía debajo de la mesa. Sólo esperaba no tener que pasar la vergüenza de que ella se diera cuenta de mis miraditas.

Al acabar la clase, mientras que el resto de sus compañeros salían del aula me acerqué a ella para preguntarle por lo que pasó el sábado.

—Bueno, bueno, bueno... —«Eso, que parezca que pasabas por aquí, y tal y cual»—. ¿Qué tal la clase?

—Ah, pues muy bien. Espero que el resto del verano sea igual, y no nos des mucha caña.

«¿Caña? ¿Caña?... Juan, contente y no le digas lo que se te está pasando por la cabeza, que terminas en el cuartelillo de la Guardia Civil con dos tricornios, uno a cada lado de las esposas».

—No, ya lo verás; aunque tendremos que ver la materia deprisa. Pero ya comprobarás que nos dará tiempo para todo; hasta para que te corras unas juergas los fines de semana —«eso es, qué habilidad, qué sutileza»—. Por cierto, el sábado te vi, en la puerta del No Se Lo Digas A Nadie, pero no me dio tiempo de saludarte —«fantástico, prácticamente no se ha notado que has forzado la conversación»—, desapareciste de pronto y...

—Ah, sí... —Por poco vuelan por toda la clase los folios que intentaba meter en la carpeta. «Ojalá hubiera sido así; no quiero ni pensar en el espectáculo de verla agacharse con aquella minifalda»—. Pues íbamos para dentro, pero mi amigo cambió de idea al verlo tan lleno y nos fuimos.

«Mi amigo. Mi amigo. Pues sí que tiró fuerte de ella su amigo; a lo mejor era cortador de leña en Canadá en sus ratos libres».

—Ah, bueno, es normal. Ya sabes que a esa hora la mayoría de los bares están hasta arriba.

—Sí, a él no le gustan las apreturas.

—Pues dile a tu amigo que la próxima vez me deje saludarte al menos. Claro, a no ser que tu amigo quisiera más... intimidad.

«Juan, contrólate, que te estás metiendo donde no te llaman».

—No, hombre, no, que sólo es un amigo, jejeje. Si yo tengo muy mala suerte para los hombres, te lo digo en serio; si no me sale novio ni a la de tres —dijo poniéndome ojos de ovejilla descarriada y aislada del rebaño, esperando el amor del pastor.

Por la gloria de Dios. O aquella mujer se estaba riendo de mí o se estaba riendo de mí. Cómo pretendía hacerme creer que no tenía éxito con los hombres, si por donde pasaba iba dejando un reguero de babas, piropos y pensamientos impuros. Mientras hablábamos, iba metiendo en una mochila de cuero la carpeta, los libros, los bolígrafos y medio kilo de mentiras y evasivas. Pero no eran asunto mío, por más que mis genes de cotilla intentaran demostrar lo contrario.

—Un amigo, un amigo... Las mujeres siempre decís lo mismo. Es que no sé..., como me pareció que pusiste cara de susto al verme... Bah, seguro que serían imaginaciones mías, no tiene importancia. Pues nada, ya nos veremos mañana.

Le quitaba trascendencia a la conversación moviendo las manos arriba y abajo, como si borrara mis tonterías de su frente a golpe de borrador.

—¿Cara de susto? No, qué va. Ni mucho menos, ¿quién va a tenerte miedo? Bueno, quizás a veces; que se te pone una cara... Hasta mañana.

Me quedé plantado en medio de la clase, con el eco de sus últimas palabras aún resonando en mis oídos y la mirada en el movimiento pendular de su trasero. Creo que algunas mujeres tienen un motorcito al final de la espalda, porque la espina dorsal no da tanto juego como para producir ese movimiento. Al salir, me paré en la puerta del despacho de Jaime Calahorra.

—Bueno, Jaime, ya me voy. Aquí tienes el listado de los alumnos y el parte de las faltas. —Le dejé los papeles en la mesa, junto a la impresora.

—Vale, ahora los meto en el archivador. Oye, ¿qué tal la gente?

—Bien, lo normal; los hay pegados, muy pegados y los extra-adhesivos. Ya sabes, como todos los años; si aquí pocas cosas cambian con el paso del tiempo: los alumnos, los sueldos...

«¿Lo habrá pillado?», pensé.

—Eh, sí, claro, como todos los años —carraspeó con fuerza, intentando despegar de la garganta medio saco de limaduras de hierro—, pero no me negarás que este verano, el ganado es superior.

Se restregaba las manos, frotándoselas como si le hubieran puesto por delante un cochinitillo con su manzana en la boca y todo.

—Ah, pues no me había fijado. Tú sabes que yo voy a lo mío —le respondí con mi tono de voz Más Falso Que Un Euro De Cartón—, a currar y a que los chavales aprueben.

—Ya, claro, pero es que a uno le cuesta trabajo no fijarse... En fin, pues nada, hasta mañana.

Salí de la academia un poco preocupado; debía tener extremo cuidado en lo que hablaba y miraba entre aquellas cuatro paredes; ese cabrón estaba más pendiente de las faldas y los escotes que de otra cosa, y no me convenía que

advirtiera en mí nada raro. Además, se le estaba poniendo una cara de sátiro mirón al director que tiraba de espaldas y no me extrañaría que cualquier día lo sorprendiera escuchando a través de las paredes, con un vaso de cristal pegado a la oreja. Así que me prometí no volver a quedarme hablando con nadie dentro de clase; fuera, otro gallo cantaría, pero en la academia, ni «hola, guapa» ni «por ahí te pudras».

Como no tenía ganas de ponerme a preparar comida, llamé a uno de esos restaurantes a domicilio, Telenosequé, y les pedí una pizza mediana con jamón y atún; nada sofisticado. A la media hora, mientras leía algo sobre fractales y teoría del caos en el *American Mathematical Monthly* de ese mes, llegó el repartidor, un chaval vestido como un pimentón y con una cara de mala hostia que me hizo plantearme si darle un euro de propina o dejarle en herencia todas mis pertenencias. Cuando daba buena cuenta de la comida, sentado en el salón junto a la ventana, no paraba de preguntarme por qué Amparo había sido tan esquivia el sábado. No había querido apretarle más las tuercas porque me parecía que no venía a cuento. Pero bueno, a lo mejor la muchacha era muy tímida, a lo mejor a mí me importaba un pito lo que fuera, a lo mejor era verdad lo del amigo. Pero como dice el Teorema de la Credibilidad Etilica, eso no te lo crees ni borracho.

Cuando bajé a casa de Ángel para darle su ración diaria de Matemáticas y Física, la camisa no me llegaba al cuerpo; sabía que, por la hora que era, Nieves no estaría allí, pero el solo hecho de pensar que pudiera llegar en cualquier momento me hacía moverme en la silla como si tuviera un ataque de lombrices carnívoras. Vaya día de nervios llevaba; parecía una recién casada en el baño, con el marido esperando en calzoncillos sentado en la cama.

—Oye, vaya hora de llegar el sábado —habíamos terminado de hacer los deberes y nos estábamos fumando unos cigarrillos—. Te oí llegar; ibas dando unos porrazos que creí que se iba a caer la lámpara del cuarto.

—¿El sábado? Pues no recuerdo... —Me temía lo peor—. Era tarde, eso seguro.

—Y no venías solo, porque te oí de hablarle a alguien... ¿Quién era, un rollete? Jejeje. Anda que no eres nadie...

—No, qué va, venía solo —«si tú supieras...»—. Además, aunque viniera acompañado, un caballero nunca cuenta esas cosas —«¿un caballero? ¿Había alguno en la habitación?»—. Pero no hablemos más de eso y cuéntame cómo llevas lo de tu niña.

—Guauuuuuuuu, fantástico. El sábado por la noche nos tiramos hablando un par de horas, y el domingo otro par. No veas qué bien. Aunque...

—Aunque, ¿qué?

—Pues que quiere que quedemos, que quiere conocerme —se le cambió la cara, pasando de Estoy Eufórico a Me Cago Por Las Patas Abajo en cuestión de un segundo—. Ya no puedo esquivarla más; se va a creer que me estoy riendo de ella, Juan. ¿Qué hago, tío?

—Bueno, eso debes decidirlo tú, Ángel. Pero piensa un momento. Tienes la oportunidad de quedar con la niña de tus sueños, de convertir tus deseos en algo real. Si lo dejas escapar por miedo quizás mañana te arrepientas, ¿no crees?

Se me quedó mirando muy serio, como si estuviera calculando todas las posibilidades mentalmente, mientras giraba el aro de su oreja.

—Pero, ¿y si...?

—¿Y si qué? Si quedas con ella y no sale bien, pues nada, te quedas como estabas. Pero, ¿y si sale bien? Eso sería estupendo, ¿no?

—Ohhhhhh, síiiiiiiii —se le puso cara de agilipollado, mirando al vacío a través de mi cuerpo, imaginando cómo sería una cita con ella y Dios sabe qué más cosas—. Creo que te haré caso. El viernes hay una fiesta en el instituto por el final del curso, así que puedo citarme con ella allí, ¿qué te parece?

—Buena idea, sí señor. Y no te preocupes, ya verás como todo sale muy bien; además, de aquí al viernes tenemos tiempo de preparar esa cita, que aún te queda mucho, niño.

Le revolví el pelo con la mano. Realmente aquel chaval me caía muy bien.

—Bueno, me voy al gimnasio a ponerme cuadrado; y me voy solito, porque eres una nenaza anémica...

Este niño era la leche; cualquier día se lo encontrarían tirado en las escaleras, producto de una caída fortuita. Ante todo, que parezca un accidente. Cuando salía de su casa, me paré en seco.

—Ah, se me olvidaba. Dile a tu hermana que gracias.

—¿Y eso?

Puso cara de no entender ni palabra y de querer saberlo todo con pelos y señales.

—Nada importante; ella sabe el porqué. No te olvides de decírselo, ¿vale? Aunque dile también que se las daré personalmente otro día.

—Vale, vale. Joder, qué complicados sois las personas mayores. Por cosas así son por las que no me gustaría crecer. Aunque tiene sus recompensas, jejeje.

—Anda, cierra la puerta y vete para el gimnasio, so empa-
jillado, que estás siempre pensando en lo mismo. Y acuér-
date de lo que te he dicho que le digas a tu hermana.

—Pues si quieres, díselo a ella misma, que la tienes detrás
de ti, jejeje.

Aquel hijo de mala madre me había estado entrete-
niendo mientras su hermana terminaba de subir las escaleras
con un par de bolsas del supermercado; una por mano. Giré
la cabeza con tal rapidez que si la hubiera tenido atornillada
al cuello se habría desenroscado hasta el final y bailado sobre
el suelo, como un trompo con ojos y pelo natural.

—Hola, Juan, ¿cómo te encuentras?

Una sonrisa maliciosa se mezclaba con cierto rubor en
las mejillas y un poco de brillo en los ojos.

—Eh, oh, ah, esto..., hola Nieves. Pues muy bien —«por
favor, que se abra el suelo, que me trague el terrazo, que me
absorba la entreplanta»—. Sólo le decía a tu hermano que te
dijera que... gracias.

—Ah, no fue nada; cualquiera lo hubiera hecho. Hoy por
ti, mañana por mí.

Ángel estaba echado contra el quicio de la puerta,
mirándonos ensimismado a los dos. Sólo le faltaba la lata
de refresco y el paquete de palomitas; aquel canijo me las
pagaría la próxima vez que estuviéramos a solas. Palabra de
Juan Cacho.

—Oye, hermanito, ¿no tienes nada que hacer? —La orden
sonó tajante, casi marcial.

—No, nada de nada.

—Pues haz como si tuvieras algo que hacer; métete para
dentro si no quieres que le diga a papá la de horas que te
quedas enganchado al ordenador.

—Joder, leches... Desde luego, sois unos abusones. El día menos pensado me voy de casa y no vuelvo hasta... hasta que se me acabe la comida que me quepa en la mochila...

Se apartó del quicio de la puerta y se perdió en la oscuridad del pasillo, gracias a Dios.

—Bueno, Nieves, pues eso, quería agradecerte lo que hiciste, de verdad. Si no fuera por ti, a lo mejor todavía estaba dando tumbos por esas calles —«y vestido, no olvides lo de vestido»—. Y espero no haber dicho nada inconveniente, ni haber hecho alguna barbaridad.

—No, qué va, si estabas muy gracioso... No pasó nada, aparte de que... Bueno, lo de la ropa, pero es que no me parecía bueno dejarte como ibas, empapado en sudor —«fíjate, qué buena samaritana»—. En serio, otro día que me veas, me invitas a un café y ya estamos en paz.

—Vale, pero ya te debo dos; a ver si me voy a tener que dejar lo que gano con tu hermano en invitarte a cafés.

—Jajaja, como quieras. Bueno, te dejo, que vengo molida de la oficina. Ya nos veremos.

—Sí, ya nos veremos. Chao.

Desapareció tras la puerta. Me venían y se me iban los sofocos, el sudor me caía por la frente, y seguro que me había puesto un poco colorado, por segunda vez en mi vida —la primera fue cuando a los veinte años me quedé dormido en la playa boca arriba—. Vaya momento, qué tensión; mientras hablaba con ella, no podía casi mirarla a los ojos.

Tengamos en cuenta que, aparte de mi madre, era la única mujer que me había visto en calzoncillos sin tener ningún tipo de intercambio de fluidos conmigo. Así que la situación tenía su nosequé-quéseyo-queyoquesé, valga la redundancia. Bueno, pues a ahorrar, que no iba a ganar para cafés.

En el tercer piso, cuando empezaba a subir las escaleras que llegaban hasta la cuarta planta, se abrió la puerta del piso del tercero B; por ella salieron Odón Camuñas y Amparo, con su mochila al hombro y su minifalda al aire.

—...Y mañana veremos algunos supuestos para que vayas practicando las nuevas cuentas que hemos aprendido hoy. Oh, buenas tardes, Juan.

Ante mis ojos, bajo el cartelito de plástico blanco que rezaba que aquella puerta no era ni la A ni la C ni la D, se presentó una figura delgada y alta, algo encorvada hacia delante; al verlo no se sabía si la cabeza le estaba disputando una carrera al resto del cuerpo o si el cuello no era capaz de soportar el peso del cráneo. Podría tener treinta y pocos años, pero su cara pregonaba a voces que podía pasar sin dificultad por su propio padre. Le quedaban pocos pelos en la cabeza, y los últimos valientes que resistían los feroces ataques de la calvicie andaban atrincherados en las sienes y en lo que en su día pudo ser un flequillo. Su piel era blanca, casi láctea, y las cejas resaltaban como dos ramas de canela en un plato de arroz con leche. Los ojos eran pequeños y oscuros, y miraban entre astutos y asustados tras unas gafas de marca —pero de marca de las buenas, no de esas que puedes comprar en la calle a un tipo cualquiera—. Bajo la nariz, cuatro pelillos mal contados jugaban una partida de mus sobre los labios, finos y sonrosados. A pesar de su aspecto desgarrado, y de que los pantalones le flameaban alrededor de las piernas, vestía de forma elegante: pantalón gris, camisa amarilla pálida y corbata de dibujos irregulares con colores a juego. Siempre iba vestido de esa forma, como si fuera a alguna reunión importante; por eso, desde

la primera vez que lo vi, cuando me mudé al bloque, decidí que en mi fichero mental mi vecino cuadraba más en la P de Pijo que en la F de Fontanero.

—Buenas tardes, Odón. Hola Amparo.

—Ah, pero, ¿os conocéis?

Una mueca de sorpresa le enarcó las cejas.

—Sí, es mi profesor de Matemáticas en la academia.

De nuevo, la timidez se apoderó de la cara de Amparo.

—Vaya, vaya, qué pequeño es el mundo. Bueno, pues me alegro; parece que en este bloque están las soluciones a tus problemas, jeje.

Quería ser simpático, pero Odón Camuñas era de aquellas personas que convertían el mejor de los chistes en una película de cine *gore*, con sangre y tripas por todas partes.

—Bueno, a todos sus problemas educativos —«muy bien acotado, Juan, pero no seas mentiroso, que a ti te gustaría solucionarle todos sus problemas; sobre todos los horizontales»—. Pues nada, voy a seguir camino hasta mi casa, que tengo que arreglar bastantes asuntillos.

—Vale, vecino. Ah, se me olvidaba —me paré en medio del tramo de escaleras y les miré—. Espero verte el viernes en la reunión de la comunidad, que siempre me faltas.

—Lo intentaré. Prometo no faltar esta vez. «Bueno, si no consigo encontrar una excusa buena de aquí al viernes, claro».

—Eso espero, eso espero. Y a ti, Amparo, espero verte mañana a la misma hora.

—De acuerdo, señor Camuñas.

—Pero llámame Odón... Esta chica es un encanto, ¿verdad, Juan?

—Sí que lo es, o al menos eso parece. Hasta luego.

Mientras subía las escaleras hasta casa, pensaba en mi vecino, Odón Camuñas. Era un tipo seco, pedante a más no poder, que aprovechaba la menor oportunidad para demostrar su superioridad en cualquier aspecto. Que si podía ascender en su trabajo cuando quisiera pero que aún no lo consideraba oportuno, que si su coeficiente intelectual era muy superior a la media, que si la carrera se la sacó con sobresaliente en casi todas las asignaturas... Una pesadez de hombre. Recuerdo que una mañana me estuvo dando la tabarra durante un buen rato, sólo para enseñarme que era miembro de Mensa, un selecto grupo de individuos de todo el mundo que tenían que superar un complicado test de inteligencia para poder formar parte del club. Este tipo de personas me ponía enfermo; siempre buscando la oportunidad para refregarte sus logros, como si uno hubiera conseguido el título en una tómbola de feria. Creo que en el fondo tenía un tremendo complejo de inferioridad y usaba a los demás como taburetes para poder sentirse un poquito más alto. Joder, podía dejar un poco de lado a sus malditos test y problemas y dedicarle más tiempo a revolcarse con su mujer. Vamos, digo yo.

El martes y el miércoles pasaron rápido, raudos y veloces, buscando la meta del final del mes de junio. Las clases mañaneras iban avanzando a buen ritmo, quizás porque todavía llevábamos poco tiempo y todavía perduraban en la cabeza de los alumnos las promesas que se hicieron a principio del verano: estudiaré todos los días, haré todos los ejercicios, saldré sólo un día del fin de semana, iré a la playa sólo un ratito... Dentro de un par de semanas se convertirían en estudiaré algún día en semana, me miraré algunos de los ejercicios que hagamos en clase, cuando salga

todos los días del fin de semana procuraré no acostarme muy tarde, volveré de la playa pronto... A final de mes las promesas serían cadáveres al lado del bronceador, junto a la ropa preparada para salir el sábado por la noche.

El miércoles le dejé a la portera un sobrecito con las mensualidades atrasadas y la del mes que corría; se lo pasé por debajo de la puerta, como hacen los cuidadores que le dan de comer a los leones del zoo. Ángel seguía bajándome información de Internet, sobre todo referente a la teoría del caos; me fascinaba el hecho de que el aleteo de una mariposa en Pekín influyera en el hecho de que mañana necesitaras paraguas o bermudas. Quizá eso me ayudara en mis alocadas teorías... ¿Y si resultaba que al final tenía razón? Para mear y no echar gota. Además de todo eso, mi joven vecino y yo seguíamos preparando el plan de guerra para su fiesta del viernes por la noche; todos los días le dejaba notas en la mochila a Encarni o dentro de su carpeta. Una mañana le dejó escrito BESOS en medio de la pizarra; a la pobrecilla no se le bajó el rubor de las mejillas hasta la hora del recreo, y se pasaba las mañanas girando la cabeza hacia todos lados, buscando a su amante secreto, como si fuera la prima hermana de la niña del Exorcista.

Pero el jueves... El jueves se levantó nublado, avisándome: «Cuidado Juan, cuidado, que el día se presenta cojudo». Unas nubes gordas y grises, como ovejas gordas y grises, flotaban sobre mi cabeza moviéndose a un ritmo cansino, arrastrando sus pies por el peso del agua que llevaban a la espalda. Pero yo nada, ni caso. Por la mañana, aparte de ir mirando todo el rato hacia arriba, vigilando a la nube que me seguía por toda la cuesta camino de la academia, el resto fue de lo más normal —si se les puede llamar así a los muslos

de Amparo o al barranco que se hundía entre sus pechos—. Las clases pasaron una tras otra sin pena ni gloria, con la monotonía que sólo los días grises y plomizos llevan consigo, contagiándolo todo, retardando el movimiento de las cosas, impregnando las paredes de una triste y pringosa melancolía que chorrea hasta el suelo y te deja los pies pegados al terrazo.

Bajé la cuesta con toda la desgana del mundo desbordándome por las orejas; me paré en el Dos Tercios para preguntar si alguien había visto a Vicente. Todos negaron con la cabeza; nadie le había visto desde el sábado. No era nada extraño; de vez en cuando el Dedos desaparecía de la faz de la tierra para luego aparecer a las dos semanas diciendo que había estado todo ese tiempo en casa de cualquier mujer, viviendo a cuerpo de rey y sin parar de follar —«joder, que traigo agujetas hasta en el prepucio»—. Así que no me preocupé demasiado por él, ya aparecería, y a ver qué historia contaba esta vez.

Ya por la noche, después de haber estado un par de horas con Ángel, decidí que ya era el momento de ponerle algo de gasolina al Panda, que el pobre andaba siempre en reserva, con su pilotito rojo intentado llamar mi atención, sin éxito alguno. Así que me puse al volante del coche y lo llevé hasta la gasolinera más cercana al barrio, a un par de kilómetros; una de esas grandes y verdes, con su supermercado, su lavado de coches, sus surtidores y su puñetero auto-servicio.

Como yo manejaba la manguera con la misma soltura que un cura el cierre de un sujetador, estuve a punto de ponerme de octanos hasta los lóbulos de las orejas, para dicha de un par de niños que estaban dándole un poco de

comida a su maltrecha moto. Y entonces sucedió lo que no tenía que haber sucedido. Se me ocurrió mirar al otro lado de la calle, justo a la altura de una de esas tiendas de todo a un euro y en las que nada vale lo que dice el cartel. ¿A que no adivinan quien estaba mirando el escaparate? Pues sí, Amparo, la misma que viste y calza, con su mochila al hombro y tres docenas de ojos clavados en la señal del tanga que se adivinaba a través de sus pantalones blancos. Durante unos segundos estudié con detenimiento las posibilidades que se abrían ante mí en ese instante: hacerme el sueco, montarme en el Panda y mañana Dios dirá; pasar con el coche por su lado, tocar el claxon un par de veces y saludar con la mano por la ventana al más puro estilo Borbón; o pasar por su lado y pararme a saludarla. Y claro, como no podía ser de otra manera, elegí la tercera opción. Pero no crean que fue por cuestiones puramente sexuales; justo en el momento en que me sentaba tras el volante, unas gotas de agua, gordas como sandías de temporada, empezaron a martillar el cristal del coche, y yo no podía dejar que aquella muchacha se mojara, ni mucho menos.

—Amparoooooooooooo, Amparoooooooooooo.

Paré el coche a su altura y ella pareció no oírme.

—Hijo de puta, a ver si la próxima vez pones el intermitente, que conduces con los cuernos —el conductor del autobús, probablemente educado en Harvard, me dedicó una de esas señales universalmente conocidas pero imposibles de articular para un manco.

—Amparoooooooooooo —insistí. «Si esta vez no me oye, me voy».

Pero justo en ese instante, cuando metía la primera y soltaba el pie del embrague, se volvió.

—Juan, huy, qué bien... Espera, espera —llegó hasta el coche dando grandes zancadas, atravesando una espesa cortina de agua. Le abrió la puerta y se dejó caer en el asiento a toda velocidad—. Uf, te lo voy a poner todo perdido de agua.

—No pasa nada, mujer. Venga, cierra la puerta, que nos inundamos.

Tenía el pelo empapado, con un par de mechones pegados a las mejillas, dándole un aspecto salvaje, indómito. El agua la había mojado por completo; las mejillas estaban encendidas, los labios brillaban con un rosa húmedo y seductor y la camisa se le había pegado al cuerpo tatuando el contorno de sus pechos. Tuve que poner toda la concentración que habita en mi cuerpo al servicio de la conducción, porque los ojos se me iban automáticamente hacia su cuerpo y por poco si no me como un par de semáforos, una señal de stop y una señora anciana con su perrita Fufú.

—¡Por Dios, qué manera de caer agua!... Si no hubieras pasado no quiero ni pensar cómo me habría puesto.

—Bueno, cualquiera lo habría hecho; no es nada. Y ahora, ¿dónde te llevo?

—¿Tú adónde ibas?

—¿Yo? Pues a ningún sitio en particular; simplemente a dar una vuelta... A lo mejor a tomarme algo... Nada en concreto.

—Pues tú mismo. Si no te importa que te acompañe, claro. Ahora mismo no tengo nada que hacer, así que...

—Tendrás que avisar en casa, ¿no?

—Oh, no es necesario... Una ya es mayorcita para dar explicaciones.

—¿Te gusta la comida italiana?

La llevé al Ristorante Don Giovanni de la Castafiore, uno de mis preferidos. Al borde del mar, en el Paseo Marítimo, uno puede disfrutar de un buen vaso de vino blanco mientras escuchas a un tenor o a un violinista. Me encantan sus manteles de cuadros rojos y blancos, sus velas medio gastadas metidas en botellas de vino, el olor a orégano que desprenden sus paredes, y el saber hacer de su dueño, Don Giovanni, que siempre tiene una buena palabra para cada visitante, para cada ocasión, para cada plato. Gracias a que era jueves y a que el agua caía a mansalva, la mayoría de las mesas estaban vacías; si no hubiera sido por eso, habríamos tenido que esperar en la barra de la entrada hasta que las ranas necesitaran depilarse las axilas. Cuando entramos, nos miró mientras se rizaba las puntas de sus enormes bigotes canosos guiñándome un ojo al pasar por nuestro lado:

—Don Juan, cuánto *piachere* volverlo a ver por aquí. Sobre todo un día como este. Y tan bien acompañado.

—Buenas noches, Giovanni; le presento a Amparo, una alumna de la academia a la que he rescatado de las aguas.

—Es un orgullo para el mío *ristorante* tener aquí a tan bella *signorina* —mientras le hablaba, le tomó la mano entre sus dedos y la besó.

Ella se reía, no sé si por la cortesía de Giovanni o porque le hacía cosquillas en el dorso de la mano con el bigote.

—Gracias, Giovanni; qué galante es usted.

—Giovanni, tráiganos la carta antes de que ella decida cenar con usted en lugar de conmigo.

Nos sentamos junto a una ventana desde la que hubiéramos tenido una estupenda vista de la playa, de no haber sido porque el agua caía a cubos. A alguien allá arriba se le había estropeado la máquina de lavar las túnicas.

Mientras nos traían unos *tortellini a la Pastora* y unos *fetuchinni Paglia y Fieno*, nos bebimos media botella de *Chianti*. No podía dejar de mirar como la luz de la vela se reflejaba en sus ojos, y la llama bailaba una extraña danza del vientre en sus pupilas. Y hablamos, hablamos mucho. Me contó cómo fue su niñez en una casa llena de hermanos; que hacía seis meses había terminado con su novio, un compañero de carrera al que, cuando cogió la confianza necesaria, se le empezó a ir la mano con demasiada facilidad, así que decidió dejarlo antes de pasar a convertirse en protagonista de un *realityshow*. Yo le contaba historias de cuando estaba en la facultad; juegas con mis compañeros de clase, cómo nos copiamos setenta y cinco compañeros en un examen de cálculo... Cosas de esas.

—¿Y novias? ¿Nada de nada?

—Bueno, algunas he tenido; si se les puede llamar novias, claro —me costaba hablar de eso, y se me notaba en la particular carraspera que me acababa de entrar—. Nada demasiado serio ni demasiado duradero.

—¿Y eso?

—Pues..., la verdad, no lo sé. Algunas eran muy rutinarias, otras demasiado pegajosas, otras querían atarme a las dos semanas con una alianza de oro en el dedo anular... Quizás me asusto y busco una excusa con rapidez para dejarlas, antes de que la cosa vaya a mayores.

—¿Por qué?

—Buena pregunta, sí señora... Serías una buena investigadora; siempre haces la pregunta adecuada para...

—No te me escapes y respóndeme, que eres muy listo y muy escurridizo.

—Bueno, quizás sea por mi aversión al dolor; odio el dolor en cualquiera de sus formas. De pequeño le pedía al peluquero que me anestesiará antes de pelarme —la miraba reírse. Joder, me encantaba cómo se reía—. Así que por eso las expulso de mi vida, antes de que ellas sean las que decidan irse y dejarme hecho puré de Juan Cacho.

Ella se reía, mientras saboreaba el vino de su copa, dejando marcas de carmín en el cristal. Pasaban los platos y los minutos con extraordinaria rapidez; cuando quise darme cuenta nos habíamos bebido dos botellas de vino y un cierto brillo alcohólico asomaba a los ojos verdes de Amparo.

—Oh, qué tarde es... Ya debería estar en casa.

Apuré de un trago el resto del café que le quedaba en la taza y se limpió los labios con el filo de una servilleta de hilo.

—Tranquila, ya nos vamos, que no me apetece que te echen la bronca en casa por mi culpa.

Cuando nos volvimos a subir al coche había dejado de llover y las nubes se habían despejado por completo, dejando al descubierto un hermoso cielo lleno de estrellas, pequeñas y brillantes como hielo picado en el fondo de un vaso de cristal. Ella no vivía en mi barrio, sino dos calles más abajo, casi al lado de la gasolinera donde reposté. Daba gusto circular a aquella hora por allí; por la mañana la circulación sería tan lenta que se te subirían los caracoles por los tapacubos de las ruedas, pero ahora no había impedimentos de ninguna clase, ni más coches, ni policías ayudando al colapso con su abnegada entrega. Paré el coche junto el portal de su casa, iluminado por un tubo fluorescente que estaba atrayendo a todos los mosquitos de la zona.

—Bueno, Juan, pues aquí me quedo; ya nos vemos mañana, ¿no?

—Claro, qué remedio te queda...

Desde luego, si no quería quedar como un chulo pedante y ligón de veinteañeras, no lo estaba consiguiendo. Durante unos interminables cuatro segundos, los dos nos quedamos callados, mirándonos a los ojos. Es en estas ocasiones cuando el mundo se me viene encima y el cerebro me entra en un estado de paro total del que no me saca nada, como no sea alguna reacción por parte de mi eventual pareja. Me quedo en blanco, sin saber qué hacer o decir; entro en una especie de bucle infinito del que no salgo hasta que la chica en cuestión dice o hace algo. Me acerco, no me acerco..., la beso, no la beso... Esto me ha provocado más de un sinsabor. Y en ese estado me encontraba, sin saber si acercarme a ella y darle el beso que se me estaba quedando colgado de los labios o bajarme del coche y abrirle la puerta como el caballero que no era y pretendía ser. Y entonces algo extraordinario ocurrió, un suceso totalmente ajeno a mí y a mi comportamiento. Mientras el cerebro daba vueltas, el resto del cuerpo había tomado el control de la situación, cansado de esperar a que tomara partido por alguna de las opciones, y acercaba la cara más y más a la de ella, hasta que...

—Estooooo, qué tarde es... Bueno... Hasta luego.

Y allí me dejó, con los morros salidos como si fuera a sorber por una pajita y con una cara de tonto digna de concurso. Cuando abría la puerta del portal y se perdía dentro de él, se volvió, y pude ver cómo me sonreía. A buenas horas, mangas verdes.

Mientras volvía a casa me daba tortazos mentales por la tontería que acababa de hacer; había quedado como un estúpido, además de estar preocupantemente enganchado a los

ojos de Amparo. A ver si iba a resultar que me estaba enamorando... «No, por Dios —me repetía—, eso no puede ocurrirte». Me acosté y, casi sin pensarlo, me quedé dormido oliendo el perfume que había dejado su piel en mis manos. Si no me había llevado nada a la boca, por lo menos que me lo llevara a la nariz.

Otra oportunidad,
una reunión y un cadáver

Hay días en los que no tienes ganas de ir a trabajar porque estás muy cansado después de una noche de copas y risas hasta las seis de la mañana, o porque no pudiste dormir bien, culpa de alguna morena toda curvas y peraltes, o porque el resfriado te ata a la cama con cuerdas de tos y de pañuelos de papel. Pero el viernes no tenía ganas de ir a trabajar porque no quería cruzarme con Amparo. Después de la gilipollez que cometí la noche anterior quedándome con un par de morros besando el aire que ella ocupaba segundos antes, no paraba de pensar en qué podría ocurrir cuando me plantara delante de ella, entre sus ojos y la pizarra, rodeado de verde por delante y por detrás. Sólo a un imbécil como yo se le podría haber ocurrido la feliz idea de intentar liarse con una de sus alumnas, aunque a veces el cuerpo es más rápido que la mente y el instinto animal es más raudo que la conciencia. Pero pensé, intentando engañarme a mí mismo: «Qué demonios, ¿a quién le importa, aparte de a mí y a ella, lo que sucediera entre los dos, en el caso de que sucediera algo?». Ella era mayor de edad, y lo que pasara fuera del aula era cuestión mía y sólo mía; bueno,

y un poquito de Amparo también. ¿Que a quién le importa? Pues a todo el mundo; para dar opinión, la gente se apunta con rapidez: «Valiente asaltacunas, digo, el tío guarro, tan mayor y aprovechándose de una jovencita». Por no hablar de Jaime Calahorra: «Lo siento, Juan, pero no puedes seguir aquí, las madres han venido en masa a borrar a sus hijas de la academia temiendo que les tires los tejos también a ellas». Por no hablar de mi madre: «Hijo mío, pero qué haces, así nunca podrás ser cajero en un banco, con esa mala fama...». Así que, con un follón de tres mil pares de docenas de testículos, me adentré en la semioscuridad del cuarto de baño.

Conozco a mucha gente que dice que cuando se está enamorado todo te parece más bonito. No ves las cagadas de perro en las aceras, y hasta el policía de turno, que te clava una multa entre la cuarta y quinta costilla, te parece una bellísima persona digna de admiración. Siempre he creído que ese tipo de gente es un hatajo de cursis, ávidos lectores de las novelas de Corín Tellado y seguidores incondicionales de los culebrones venezolanos «Julio José, qué *chévere* que viniste». Pero, mientras me afeitaba con precisión de cirujano cardiovascular, observé la imagen que reflejaba el espejo medio empañado del baño, con media cara llena de espuma cual perro rabioso. No era posible que aquel tipo que me miraba con cara de haberle tocado mil quinientos millones en la Lotería Primitiva fuera yo. «Por el amor de Dios, Juan, ¿qué leches te pasa?». Para colmo de males, la cara del espejo me sonreía, y me decía: «Nada, Juan, ¿qué te va a pasar? Pues que estás enchochado o en proceso de enchochamiento, nada más y nada menos». O sea, que Juan Cacho, un tipo supuestamente duro que pasaba de las mujeres casi tanto como ellas pasaban de él, ahora resultaba

que estaba cayendo de culo, cuesta abajo, sin frenos y remando con las pestañas en los brazos de Amparito, La Alumna De Ojazos Verdes.

Me entró el pánico y por poco si me rebano un par de docenas de veces el cuello con la maquinilla de afeitar, preso de un repentino ataque de Parkinson. No entraba en mis planes actuales empezar a salir ahora con una mujer, además, diez años más joven que yo; pero, desde que la vi por primera vez, una especie de agujero negro situado entre sus ojos me absorbía, arrastrándome irremisiblemente hacia unos pensamientos tan románticos y empalagosos que estarían terminantemente prohibidos para un diabético. Y no me gustaba mezclar los negocios con el placer, porque eso luego trae problemas. Siempre los trae. Una cosa es intentar besar a una veinteañera, pero otra era estar colado por sus huesos, o por la carne que los rodea... Ay, por Dios. Además, estaba el tema de que me dan miedo semejantes historias de amoríos, violines a la luz de la luna y paseos descalzos por la orillita del mar. Pocas experiencias tuve, pero fueron las suficientes para aprender que, si en una relación existía la menor posibilidad de cagarla, al final se termina jodiendo todo, terminando como el rosario de la aurora, tirándonos los trastos a la cabeza, cruzando de acera por la calle para no tener que saludarse y cambiando de bares de copas, no fuera a ser que... Así que toda esta maldita historia de Amparo, sus miraditas y mis tonterías me estaban poniendo bastante nervioso.

Cuando llegó la hora de la verdad, al empezar la clase, sentía como el corazón me latía en las sienes, y el aula parecía aumentar y disminuir ante mis ojos como si me hubiera metido entre pecho y espalda cuatro o cinco copas de coñac en ayunas. Fueron entrando uno tras otro todos los

universitarios, pero me faltaba Amparo —qué alivio—. A lo mejor no venía hoy —era posible, ojalá—, así tendría un día más para pensar en qué decir... Pues no, de eso nada; cuando pasaban quince minutos de la hora, y yo ya llevaba media pizarra escrita de fórmulas matemáticas y signos sin sentido para la mayoría de los alumnos, apareció ella, más guapa, si cabía, que nunca.

—Hoy se nos ha hecho tarde, por lo que parece. ¿Es que hemos pillado una caravana?

Ante todo, uno tenía que ser un profesional, y eso incluye quedar como un borde con todo el que se pusiera a tiro, por muy buena que estuviera.

La clase se repartía entre los que callaban, víctimas del acojonamiento, y los que sonreían entre dientes, esperando una bronca de las que hacen época.

—Oh, lo siento, pero no he podido llegar antes. Si es muy tarde, me voy y ya volveré el lunes —me dijo con sus ojitos de joven desvalida, capaces de derretir el acero de los barcos.

—No, no será necesario, pero espero que no se repita más. Ahora, cuando termine la clase, le pides a alguno de tus compañeros lo que ya te has perdido.

Cuando pasaba camino de su mesa me miró de reojo; creo que me atravesó con los ojos y habría podido hacerme un escáner, «señor Cacho, tiene usted arenilla en el riñón. Hay que beber más agua». Pero en su cara no había lugar para la ira; es más, yo creo que aquella situación le divertía mucho. Pasó todo el resto de la clase con la sonrisa en los labios, casi sin escribir nada en sus folios, con las piernas cruzadas bajo la mesa dedicándome la generosidad de su muslo derecho. Me empezaba a sentir incómodo. Perdí dos veces el hilo de una demostración que me sabía desde los diecinueve años, se

me cayó la tiza en tres ocasiones y el borrador parecía vivo, escapándose de mis manos cada dos por tres para asombro del resto de la clase y alegría de Amparo, que reía disimuladamente escondida tras el libro de Matemáticas. Gracias a Dios y a los suizos, el reloj llegó hasta las dos y pude quedarme solo en el aula. Pero como los males no vienen solos, sino que llegan en bandadas, Jaime Calahorra me paró en el pasillo.

—Oye, ¿qué te pasa hoy? He escuchado varios golpes en tu clase, y llegué a pensar que alguno te había sacado de tus casillas, jejeje.

—Ah, pues nada, sólo que se me cae todo de las manos. Bueno, a Amparo tuve que echarle una pequeña bronca, por llegar tarde, pero nada importante. «Eso, nada importante, aparte de que una de mis alumnas, con la que estuve a punto de enrollarme la noche anterior, no paraba de ponerme nervioso, pero eso era otra cuestión».

—Sí, a mí me pasa a menudo. Mi madre decía que eso sucede cuando alguien está hablando de ti.

—Pues ya sabes, Jaime, no me critiques por la espalda, jajaja. Hasta mañana.

Salí de la academia como alma a la que persigue el diablo en un camión de cinco ejes, sudándome hasta las palmas de las manos.

—Oiga, profesor, ¿puedo preguntarle una duda?

A mi espalda, salida de Dios sabe dónde, Amparo se acercaba a mí. Ese era el momento más propicio para que un ovni me abdujera.

—Hola Amparo; precisamente contigo quería hablar —sinceramente esperaba que no hubiera sonado excesivamente falso.

—¿Ah, sí? ¿Y de qué?

Se hacía la sueca con tal perfección que podría haber pasado por una chica nacida en Goteborg.

—En primer lugar quería decirte que no te tomes a mal la regañina en clase; es que no puedo consentir que...

—Oh, no, nada de eso... La culpa es mía; tenía que haber llegado a mi hora, así que has hecho muy bien en echarme la bronca. ¿Y en segundo lugar?

—Pues de lo de anoche; quería pedirte disculpas por...

—No tienes nada de lo que disculparte, me lo pasé fantástico anoche.

—No, pero yo me refería a...

—Sé perfectamente a lo que te refieres, y... la verdad, me sentí halagada.

Vaya por Dios. La cosa se complicaba; no sé si hubiera preferido que ella dijera que lo mejor sería olvidarlo todo. No hay nada como que le paren los pies a uno en seco para que se le pasen todas las intenciones de nada, por muy buenas que éstas sean. Aunque, siendo sinceros, en un rincón de mi pecho algo empezó a dar saltos mortales.

—¿Halagada? Pues no debería ser así. No sé lo que me pasó; me dejé llevar, quizás fue el vino...

—No te preocupes; no pasó nada, y si hubiera pasado, sólo habría sido un beso, y eso no es ningún problema —me acababa de interrumpir por tercera vez; ella llevaba el mando de la conversación, como llevaba el de mis ojos—. Así que olvídame de pedirte disculpas ni nada parecido. Y a ver si volvemos a quedar, pero esta vez pagando yo. ¿Tú qué opinas?

Hablábamos mientras bajamos la cuesta hasta llegar al portal de mi bloque. No paraba de darle vueltas a la pregunta de Amparo, decidiendo entre darle la respuesta que

debía o la que quería. Pero, de la misma forma que la noche anterior, mientras el cerebro estaba ocupado estudiando pros y contras, la lengua se hizo con el control.

—Pues me parece que si tú quieres..., pues eso, que a mí no me importa que..., que eso; en ese caso, no obstante...

—Estupendo, estupendo —los ojos le brillaban y me deslumbraban, como supongo que les debe pasar a los conejos al cruzar una autopista segundos antes de morir aplastados por un tráiler—. Esta semana no puedo, porque me voy el fin de semana al pueblo de mis padres, pero ya quedaremos para la que viene, si no te parece mal.

—No, no, qué va a parecerme mal; lo que me preocupa es que pienses que...

—Que no pienso nada, de veras... No te comas más la cabeza. Bueno, pues ya nos veremos la semana que viene.

—Claro, ya te dije que no te queda otro remedio que aguantarme todo el verano.

—Quién sabe, a lo mejor estoy deseando que ya llegue el lunes...

Ahí me quedé, plantado en mitad de la acera como uno cualquiera de los naranjos que permanecían prisioneros en sus alcorques, dando un poquito de sombra. Permanecí allí parado al menos un par de minutos, observando cómo se perdía al fondo de la calle, mientras que algunos se volvían para mirarle el culo o decirle que se le querían comer hasta el elástico de las bragas. No me faltaban ganas de empezar a gritar que si en esa calle había alguno con posibilidades de hacerlo, era yo, y que se jodiera el resto del mundo.

Y sintiéndome como si hubiera engordado de pronto diez o quince kilos, entré al portal.

A las ocho era la reunión de la comunidad. Esa tarde no le daba clases a Ángel porque se estaba preparando para la Gran Fiesta Fin de Curso, así que tenía tiempo de sobra para descansar un rato, escribir un poco, leer algunas cosillas y pasarme por el Dos Tercios a tomar café. Seguía sin saber nada del Dedos; ninguno de los parroquianos tenía noticias de él. Este Vicente cuando desaparecía lo hacía de verdad, como la mayoría de los asuntos que acometía. Quizás fueran gajes del oficio. Y a las ocho menos cuarto, rompiendo una tradición de más de seis años de llegar tarde a las reuniones de la comunidad, o de directamente no aparecer, me planté ante la puerta de la casa de Odón Camuñas, dispuesto a aguantar un par de horas de sopor, aburrimiento, bostezos escondidos tras la palma de la mano, y alguna que otra cabezada.

Cuando pulsé el timbre, un carillón de campanas empezó a sonar dentro de la casa, como si la sección de percusión de la Sinfónica de Londres estuviera sentada en la entrada, esperando a que alguien llamara. De la impresión por poco me caigo de espaldas, ruedo las tres plantas, cruzo la calle de un brinco y termino enganchado en las ramas de algún naranjo.

—Hola, buenas tardes, señor Cacho —Remedios del Valle me abrió la puerta, y, por la cara que me puso, creo que no esperaba que apareciera; es más, deseaba que no apareciera—. Pase, es el primero en llegar, qué sorpresa... —Estaba tan sorprendida y contenta que le rezumaba la mala leche la cara abajo.

—Hola, señora Camuñas.

No cabía la menor duda de que aquella mujer nunca ganó el premio a Miss Simpatía en ningún concurso. Pero en el fondo me caía bien; al menos, con sólo mirarla, uno sabía si le caía mal o le caía peor. Tenía una cara repleta de sinceridad.

La casa de Odón Camuñas era un cúmulo de despropósitos decorativos, y estaba llena de más tonterías que una tienda de recuerdos para turistas: figuritas de cristal por todas partes; en la entrada, en el aparador, encima de la televisión... Un elefante con la trompa hacia arriba porque da suerte; escultura de mamá cierva dando de mamar a pequeño ciervo —mira qué tierno—, y candelabros de bronce con velas rojas retorcidas, como el gusto de quien los compró. El salón lo dominaban un par de enormes jarrones sobre dos pequeños pies de madera pintados en negro, imitando a la caoba, con unas flores de tela enormes a las que esquivé por el temor de ser engullido por alguna de ellas. El sofá era de tela estampada, a juego con las flores del jarrón, y estaba colocado enfrente de un mueble de madera decapada en color blanco. El destrozo del salón lo completaba una pequeña mesa delante del sofá, un revistero lleno de revistas del corazón y de suplementos de El País. Al fondo, al lado de la ventana, para rematar la faena, una mesa de comedor para seis personas permanecía agazapada evitando la mirada de las visitas, con una sopera de barro colocada en un extremo sobre un tapete bordado a mano. La sopera había abandonado el centro para dejar su sitio a unos cuantos platos de frutos secos y unas botellas de cerveza —mira qué bien, tocaba merienda—.

—Mi marido está a punto de llegar, así que si lo desea puede tomarse algo. O si lo prefiere puede ir echándole un vistazo a las cuentas de la comunidad. Encontrará las fotocopias en el despacho de mi marido, la primera puerta a la derecha.

Remedios del Valle llevaba su conocido modelo Monja de Sport, con falda hasta debajo de la rodilla, camisa de cuello alto abotonada hasta el límite de la asfixia y pelo recogido en un moño redondo y gordo, como los granos que las brujas de los cuentos llevan siempre en la nariz.

—Oh, gracias, acabo de merendar; pero sí, creo que leeré esas fotocopias.

—Como usted prefiera, así podré terminar de prepararlo todo.

Y sin más, giró sobre sus talones y se perdió por la puerta de la cocina.

Efectivamente, la primera puerta de la derecha, justo al entrar al pasillo, era el despacho de Odón Camuñas. Era una habitación más funcional, y saltaba a la vista que los muebles no los había escogido el mismo psicópata que había decorado el salón. Las paredes las cubrían varias estanterías desde abajo hasta casi el techo, llenas de libros de Economía, temas fiscales, diccionarios enciclopédicos y archivadores A-Z. En el centro de la habitación descansaba una gran mesa sobre la que podían verse, en perfecto orden, varios montones de folios, unos cuantos lápices, varios bolígrafos y una calculadora. El ordenador, la impresora y el monitor estaban impecablemente alineados, esperando pase de revista del coronel Camuñas. En una esquina de la mesa se amontonaba una pila de carpetas de cartulina, rotuladas cada una con el nombre de un vecino y el número de su puerta. Busqué la «Juan Cacho, 5º C» y me detuve a mirar los libros de las estanterías, un vicio al que no puedo resistirme en todas y cada una de las casas en las que tienen a bien dejarme entrar. En una de las repisas pude ver varios ceniceros de barro cocido, un pequeño jarrón azul oscuro y lo que parecía ser la cabeza de algún animal de una especie desconocida —al menos para mí—. Me llamó la atención un libro sobre Matemáticas Financieras que llevaba buscando cierto tiempo en librerías de viejo y lo cogí para echarle un vistazo, cuando advertí que, detrás de las filas de libros,

había varias cintas de video y un puñado de revistas dentro de una carpeta de cartón. Se juntaron el hambre con las ganas de comer; uno que es curioso y algo que parecía escondido... Miré hacia atrás para comprobar que Doña Alegría y Agrado no estaba echada contra el quicio de la puerta con una escopeta de cañones recortados apuntando a mi cogote, y metí la mano tras la fila de libros. Faltó el canto de un euro para que la mandíbula diera contra el suelo y me quedara una barbilla como la de Kirk Douglas, algo que, por cierto, le hubiera hecho mucha ilusión a mi madre. Las revistas eran una colección de ovarios, pezones, ingles reventonas —depiladas, peludas, rubias, morenas—, parejas, tríos, cuartetos, orquestas, orfeones, tragasables, artefactos de látex con motor, sin motor, a pilas, eléctricos, posturas, posiciones, colocaciones y orientaciones; vamos, que lo que mi querido y soso vecino tenía allí escondido era una amplia recopilación de revistas pornográficas y películas con menos diálogo que una bronca entre sordomudos. Pero lo que más me llamó la atención fueron tres cintas de vídeo caseras sin ninguna etiqueta ni signo exterior. No conocía a los protagonistas ni la ocasión de la grabación, pero tenían toda la pinta de ser grabaciones hechas por el propio Odón y no precisamente en la comunión de un sobrino, sino que, según mi parecer, podrían ser mis vecinos practicando las ilustraciones que había visto en aquel Kamasutra en colores. No pude dejar de imaginar a mi simpatiquísima vecina, vestida de cuero negro, saltando sobre la pelvis de mi vecino, lo que me produjo un amago de carcajada que murió en el instante en que sonó el timbre de la casa. Atropelladamente, intentando que todo quedara en su estado original, volví a dejar las revistas y las cintas de

vídeo en su escondite, cogí mi carpeta y salí del despacho justo a tiempo de ver como Odón Camuñas —antes serio contable, ahora rey del sexo— entraba en el salón acompañado de Doña María del Pilar y de varios vecinos más.

En cuestión de minutos el salón de los Camuñas se llenó de vecinos; sólo faltaron unos pocos que tenían la casa en alquiler y el vecino del 1º B, soltero, representante de ropa vaquera y siempre de viaje. Allí estaban casi todos: Pepe Hidalgo, del 1º A, auxiliar de farmacia; Manolo Rey, del 1º D, de profesión sus chapuzas y capaz de meterle mano a un grifo que gotea, al gotelé del salón o a la primera mujer que se le ponga por delante; las dos viejas gruñonas del 2º B, que a pesar de los años, aún me seguían mirando de reojo como si me hubiera colado en el bloque para violarlas a las dos; Doña Carmina, la estanquera de la esquina, que siempre me fiaba el tabaco con la esperanza de que algún día invitara a salir a su hermana; Nieves, que venía en nombre de sus padres y que, por cierto, estaba muy guapa aquella tarde; Mario López, del 4º C, carnicero y maltratador de su esposa en los ratos libres; Doña Elisa, del 4º D, costurera a domicilio; Eduardo Ramírez, del 5º A, repartidor de dulces; el resto de la reunión lo formábamos Doña María del Pilar, los Camuñas y, por supuesto, yo.

Durante media hora, mientras esperábamos a ver si aparecía algún vecino de los que faltaban, la conversación divagó sobre asuntos tan trascendentales como la última liposucción de Pitita Rupérez de Rojas, cuñada de Cuca Ferrer, y la posibilidad de que Leches Debote fuera a ser absorbida —paradojas de la vida— por Plásticos Maruchi, principal productora del país de pajitas para refresco. Nos sentamos donde pudimos —unos en el sofá, otros alrededor

de la mesa de comedor—, mientras que Odón permanecía de pie, paseándose de un lado al otro del salón a la vez que hablaba.

En serio, odio las reuniones de la comunidad. Se convierten con extrema facilidad en sesiones de cura para insomnes, y yo llevaba media hora divagando sobre la posibilidad de que mamá ciervo le diera una buena coz en las pelotas al del 4º C, y así se le quitaran las ganas de ponerle las manos encima a su pobre mujer, delgada y huesuda como un niño del Tercer Mundo. El presidente hablaba y hablaba sin parar... Que si el portal necesitaba un arreglo, que las paredes estaban llenas de desconchones y marcas de dedos, que si había que pintar las escaleras pero no del mismo color que la vez anterior sino de otro más agradable puesto que, en un artículo que había leído en una afamada revista americana de psicología a la que estaba suscrito, los colores pastel serenar el espíritu y alejan el estrés... Que si se habían quejado de que algún que otro vecino que llegaba a las tantas de la mañana formando un buen escándalo —«hay que ver, qué vergüenza», dije yo—... En fin, una reunión de lo más fascinante. Lo único que me mantenía despierto era imaginarme al presidente y a su esposa montándose el numerito en el mismo rincón del sofá en el que la portera engullía un sándwich de chorizo.

Eran casi las nueve y media de la noche, y llegábamos a ruegos y preguntas, el punto final para aquella sesión de sadismo y masoquismo. Odón Camuñas se levantó de su asiento.

—Me van a perdonar un minuto, pero creo que me voy a preparar una infusión de té. ¿Alguno de ustedes quiere también?

Si hay una ley universal es aquella que dice que, mientras que sea gratis, la gente traga hasta reventar, ya sean platos de gambas cocidas o clavos de un palmo de largo llenos de herrumbre; tal y como dice El Teorema Del Pobre: Reventar antes que sobre. Y claro, todo el mundo quiso. Hasta yo mismo, faltaría más. Ya que me estaban dando la tarde, por lo menos haríamos gasto.

—Odón, cielo, ¿por qué no lo sirves en la tetera que has hecho en el curso, y así la ven todos? Es que mi marido es un manitas.

—Señor Camuñas, eso sí que es una sorpresa.

Al vecino del 1º A sólo le faltaba ser redondo para poseer todas las cualidades de una pelota. Quizás eso explicara aquellas obras de arte de la cerámica contemporánea que me encontré en mi excursión al despacho.

—No exageremos, no exageremos —la voz de Odón Camuñas llegaba desde la cocina, revuelta con el sonido del agua al caer, el ruido de las puertas al abrirse y cerrarse, el tintineo de los vasos de cristal al chocar entre sí—. Sólo estuve un par de meses haciendo unos cursillos de manualidades, y ahí fue donde hice estos cacharros. De todas maneras, a pesar de ser la primera vez que me enfrentaba a las tareas de moldear el barro, obtuve numerosas felicitaciones de mis profesores del curso; incluso recibí un premio en una exposición que montamos en la Junta de Distrito.

—Bueno, bueno, no saben ustedes... Se daban tortas por comprarle las piezas que hizo en el curso —la mujer de Odón no cejaba en su empeño de ponerlo por las nubes, como si su marido fuera la reencarnación de un escultor del Renacimiento, por lo menos—. Es que es un auténtico artista, hace verdaderas monerías con las manos.

Ya, pensé yo, este hombre tiene miles de habilidades desconocidas para los demás.

—Juan, ¿te importaría echarme una mano con todo esto?

—Claro que no.

La cocina era pequeña, pero estaba repleta de todos los electrodomésticos conocidos, amén de una pequeña mesa y dos sillas pegadas a la pared, junto a la puerta que iba a dar al lavadero. Odón Camuñas estaba pegado al microondas, observando detenidamente el movimiento de la aguja del temporizador.

—¿Qué, cómo va el trabajo?

—Bueno, ya sabes cómo es esto de dar clases...

—Sí... Pero debe ser más complicado con tanta gente en clase. Recibí una oferta para dar clases de Contabilidad en una academia del centro, pero la rechacé. Necesitaba ese tiempo para estar en casa, con mi mujer...

Vaya tela, vaya tela... No, si al final mis hipótesis iban a ser ciertas, y aquella casa era la embajada de Sodoma y Gomorra en el barrio.

—Ah, por cierto, antes que se me olvide..., el otro día me propusieron un problema que me tuvo pensando varias horas, pero al final lo resolví.

—¿Ah, sí? No me digas —joder, ya empezábamos.

Odón Camuñas, siempre que podía, intentaba quedar encima de los demás. No había tema, discusión, coloquio, tertulia o cruce de palabras en el que no quisiera llevar la razón y la última palabra refugiándose, la mayoría de las veces, en un vocabulario rebuscado y oscuro para la mayoría de los vecinos que no habían tenido la suerte de que sus padres pudieran costearles una carrera universitaria en lugar de echarlos a trabajar a la edad de jugar a la pelota.

Y el tema de los problemas era su preferido. Como miembro del club de Mensa, recibía mensualmente un boletín lleno de problemas matemáticos y lógicos, y estaba empeñado en refregármelos siempre por la cara. Yo lo evitaba todo lo que podía; la verdad, bastante tenía con las clases y mis teorías alocadas como para también enfrentarme al bombardeo de problemas a diario. ¡Qué demonios!, es que me daban ganas de descolgar el título de mi casa y meterle con el pico del marco en las sienes, a ver si se enteraba...

—Sí, la verdad es de los más retorcidos que ha llegado a mis manos —cogió un paño de cocina que estaba colgado de un gancho en forma de pimienta morrón y rodeó el asa de la tetera con él para no dejarse pegado el pellejo al barro—. Es una variante del problema del mentiroso.

—Fascinante, fascinante —sin remedio, me veía prestándole atención a algo que en realidad no me interesaba lo más mínimo.

—Verás, imagínate que estás prisionero en medio de una plaza circular, condenado a muerte —justo, así era como me sentía en ese mismo instante—. A cada lado de la plaza hay una puerta, y en cada puerta un vigilante. Junto a ti, un soldado te dice que una de las puertas lleva a la libertad, y la otra al cadalso. Y uno de los vigilantes siempre dice la verdad, mientras que el otro siempre miente. Se te da la oportunidad de elegir a uno de los vigilantes y hacerle una sola pregunta, y después elegir una de las puertas. El problema es cuál ha de ser la pregunta para elegir la puerta que lleve a la libertad.

—Vaya, desde luego parece bastante complicado.

Para eso estaba yo ahora, para romperme la cabeza con problemitas de mentirosos. No tenía bastante con lo que ya mentía yo...

—Sí, sí que lo es; ya te digo que tardé varias horas en resolverlo. Y nadie a los que se lo he propuesto ha sabido resolverlo.

Otra vez me estaba retando, como cada vez que podía y tenía tiempo, y hasta ahora le había hecho todo el caso que se merecía. Pero quizá había llegado el momento de poner a cada uno en su sitio, un poquito de justicia divina para que, por lo menos, se le quitaran las ganas de ir detrás de mí a ver si me pillaba en un fallo. Una cosa es que me refregara lo que quisiera por la cara y otra que se creyera con la libertad de ningunearme. Esto merecía un poco de mi atención y una respuesta por mi parte, o si no me comería el título, con el marco, el cristal y la alcayata.

—Así que uno siempre miente, el otro dice siempre la verdad...

—Exacto.

—Y, evidentemente, no sabemos si el mentiroso es el de una puerta o el de la otra.

—Efectivamente.

—Y sólo podemos hacer una pregunta.

—Ajá.

—Bueno, pues esta noche, cuando llegue a casa, me pondré a pensarlo.

—Eso espero, a ver si eres capaz de resolverlo —tomó la tetera y la dejó en medio de una bandeja, abarrotada de pequeñas tazas de barro—. Ahora volvamos al salón, antes de que empiecen a echarnos de menos. Si no te importa, coge tú la bandeja, que yo llevaré la de las pastas —me dijo, señalándomela con un golpe de barbilla.

—Por supuesto.

Tomé la bandeja con las dos manos, con todas las precauciones posibles de mundo; no me apetecía que, gracias a mi natural desenvoltura y habilidad manual, terminara achicharrándome las piernas o el codo de la portera.

Volvimos al salón, yo detrás de Camuñas. Cuando dejamos las bandejas sobre la mesa, mi vecino levantó la tetera a la altura de su cara y la giró con sumo cuidado, para que todos pudieran admirar aquella maravilla de la cerámica, digna de ser colocada al mismo nivel que las porcelanas de Sevres y las de la Granja, y todos le felicitaron: «Ostras Odón, qué manos tienes, pues yo sería incapaz de hacer eso... Este hombre es una caja de sorpresas...». La verdad, la tetera no estaba nada mal; por su forma, era prima hermana de una pera de agua, del color del barro cocido y con algunas flores azules pintadas a media altura, a juego con la tapadera. Repartimos los vasos entre los comensales, y el propio Odón nos fue echando el té a cada uno de nosotros, dejando caer aquel líquido color beis en cada uno de los vasos. He de admitir que el té estaba bueno aunque un poco afrutado para mi gusto, prefiero el moruno con su regustito a hierbabuena y su punto de amargor.

Cuando habían pasado unos quince minutos desde que empezamos con los tés, uno de los vecinos —ahora no recuerdo quién— advirtió el mal semblante que se le estaba poniendo a Remedios del Valle.

—Reme, ¿te sientes mal? —Odón se había levantado de su silla para acercarse a su mujer que, la verdad, tenía bastante mala cara. La tez se le había vuelto del color de cualquier sección de las Páginas Amarillas, y el sudor aparecía en su frente, llenándola de minúsculas gotitas.

—No sé, cariño. Me ha dado un pequeño mareo; todo me ha dado vueltas por un momento.

—A ver si va a resultar que tenemos un Camuñitas en camino.

Doña María del Pilar hacía gala de su incontestable buen gusto. Algunos rieron el comentario, pero, ciertamente, la cara de Remedios no era la de una mujer muy sana que digamos.

—Doña Remeditos, venga usted aquí y tome el aire, a ver si se le pasa —le dijo Eloísa.

Remedios Camuñas se levantó de la silla y, aunque fue ayudada por la costurera y Nieves, se le doblaron las rodillas y cayó como un saco al suelo. Todos se quedaron quietos, paralizados, como si fueran aquellos que salieron de Sodoma y Gomorra y no pudieron contener la tentación de mirar atrás. Todos, excepto Odón y yo que saltamos de nuestras sillas como resortes para acercarnos a la mujer. Había perdido completamente el color, los labios estaban morados, y si respiraba, lo hacía muy despacio porque no se notaba movimiento alguno bajo la camisa. Efectivamente, se le había pasado el mareo. Para siempre.

Un entierro, un resucitado
y una bronca

Un entierro es lo más cercano que conozco a una boda, con la diferencia de que, en el caso del entierro, al menos alguien ha dejado de sufrir. La gente acude a ellos con la esperanza de ver de cerca un desmayo, un tremendo ataque de nervios —tirones de pelos incluidos— o, al menos, para observar quiénes son los que han faltado para despellejarlos a las puertas de la iglesia. Y es que, tengámoslo presente, la mayoría del personal acude por cumplir, una tradición que pasa de padres a hijos según la cual se devuelve la visita: tú viniste al entierro de mi abuelo, yo al de tu tía, estamos en paz. Pero yo me siento muy incómodo en estas situaciones. Nunca sé qué decir ni si debo besar o dar la mano a la familia del finado, y a veces ni siquiera sé quiénes son. Así que, en alguna ocasión, he terminado dándole el pésame a un pobre que pedía en la puerta de la iglesia, por si las moscas.

Y esta vez no iba a ser menos. Lo peor de todo es que yo era uno de los protagonistas del entierro, y eso que no estaba dentro de la caja de pino. Pero notaba como la gente cuchicheaba a mis espaldas; bueno, a las mías y a las de Nieves.

Nos miraban de reojo, se daban codazos unos a otros y nos apuntaban con sus barbillas en plan Esos Dos Estaban Delante Cuando Remedios Cayó Redonda. Vamos, que no hubiera llamado tanto la atención si hubiera aparecido en bermudas y camisa de palmeritas. En fin, qué le vamos a hacer, es el precio de la fama.

Nieves aún tenía la cara pálida, casi verde. A pesar de haber pasado más de veinticuatro horas desde la sesión de té con cadáver seguía con dos enormes ojeras colgándole de los ojos; unas bolsas oscuras que indicaban bien a las claras los varios cientos de miles de vueltas que había dado sobre el colchón. Estaba muy impresionada —no era para menos—, y cada dos por tres se le humedecían los ojos. Al fin y al cabo, Remedios Camuñas había muerto en sus brazos.

Con lentitud, el párroco despachó la ceremonia, interrumpida solamente por los sollozos de algunos familiares y por uno de los monaguillos, que tomó el micrófono para avisar de que un Opel Corsa obstaculizaba la salida del aparcamiento. Todo terminó cuando el ataúd desapareció tras una puerta que se abría al fondo de la iglesia, a la derecha del altar, camino del horno crematorio. La gente, respetuosa, salió en silencio del templo; bueno, todos menos el dueño del Opel Corsa, que echaba rayos y truenos por la boca al ver cómo se llevaban su coche enganchado en una grúa. No somos nada.

Nieves y yo esperábamos a mi vecino al pie de las escalinatas que daban acceso a la iglesia. Los peldaños eran blancos y tenían sus aristas redondeadas por el paso del tiempo y de los zapatos. Entre uno y otro crecía la poca hierba que el sol permitía, y eso le daba cierto aspecto de boca mal cuidada con halitosis de humo de velas e incienso.

Después de recibir el saludo de medio barrio, Odón Camuñas llegó a nuestra altura. Nos acercamos a él, y mientras me decidía si la frase más acertada sería «le acompaño en el sentimiento», «lo siento mucho» o algo por el estilo, Nieves se abrazó a mi vecino.

—Lo siento mucho, de veras —dijo entre sollozos.

—Lo sé, y os agradezco todo lo que habéis hecho por mí —respondió al tiempo que me estrechaba la mano que le había ofrecido.

—Odón, ya sabe que nos tiene para lo que desee, no tiene más que...

—Lo sé, Juan, lo sé... No sé cómo agradeceros lo que hacéis.

—Si alguna tarde quiere subir a mi casa a tomar café o a charlar un rato...

Menos mal que no se me ocurrió ofrecerle té.

—Gracias, gracias, de veras.

—Señor Camuñas, el coche de la funeraria le espera para recoger las cenizas de su esposa.

Aquel tipo de traje oscuro y carpeta de piel bajo el brazo había salido prácticamente de la nada y se llevó a Odón Camuñas, alejándolo de nosotros y del resto de los asistentes a la ceremonia. Hoy en día, hasta las funerarias tienen sus cuerpos de élite, vestidos de riguroso luto y curtidos en mil entierros.

Durante todo el camino de vuelta del cementerio Nieves permaneció muda, aunque poco a poco iba recuperando el color. De vez en cuando la miraba de reojo y sólo veía su cara triste y pálida, mirando al vacío, como si por dentro estuviera pasando, adelante y atrás, la película del día anterior.

—Nieves.

—¿Sí? —respondió distraídamente, como si la acabara de sacar de un sueño.

—Deja de torturarte; no podías hacer nada. Ninguno de los dos podía.

—Ya lo sé, pero...

—No hay peros que valgan. Tienes que olvidarlo como una mala pesadilla.

—Eso quisiera, Juan, pero no puedo quitármelo de encima... Fue tan... tan...

Las lágrimas no le dejaron terminar la frase; tapó su cara con ambas manos y se abandonó a un llanto amargo y desconsolado. Paré el coche en el arcén de la carretera e hice lo único que estaba en mi mano: abrazarla y acariciar su pelo hasta que dejó de llorar.

Cuando llegamos al portal, para mi sorpresa, el Dedos me esperaba sentado en el escalón. Alguna gente moría y otros cadáveres salían de sus tumbas.

—¿Me lo quieres contar más despacio o te meto la tapa de ensaladilla por el culo? —Ya me tenía al borde de la desesperación; primero, había tenido que aguantar las miradas de Nieves, del tipo Que Hace Este Tío Aquí, y después un buen rato de narración inconexa, precipitada e ininteligible, como el último cuarto de hora de 2001 Una Odisea Del Espacio. Además, a las prisas había que sumarle una boca llena de patatas, aceitunas, zanahorias y mayonesa—. Anda, traga y empieza otra vez desde el principio.

Vicente cogió la caña de cerveza, le pegó un buen sorbo, se limpió la boca con una servilleta de papel, carraspeó dos veces como si fuera a cantar ópera en medio del Dos Tercios Del Quinto y volvió a comenzar su narración.

—Pues resulta que, al día siguiente de la juerga que nos pegamos, ¿te acuerdas de la borrachera que...?

—No te lías, que te pierdes y yo detrás de ti...

—Joder... Pues eso, que al día siguiente estábamos yo y la Toñi en el pub, el Sarandonga, ¿lo conoces?, es el puticlub donde trabaja la Toñi y...

—Siiiiiiiiiiiiiiiiiiiiiiiigue, leches.

—...Y resulta que llegaron los municipales en plan redada de película americana, como si allí estuviéramos terroristas o algo peor. Claro, a mí me pillaron bailando con la Toñi, con las manos en el culo de ella, que vaya culo, por cierto, y con los bolsillos llenos de tarjetas de crédito, dinero, chequeras... Todo el fruto de mi trabajo se fue a la mierda, Juan.

—¿Y?

—Y qué va a ser, Juan, coño, que pareces gilipollas, pues que llevo en el calabozo dos días, y me han puesto esta mañana en la calle. Y menos mal que hay mucho follón en los juzgados, que si no, voy al talego de cabeza.

—Si es que te lo tengo dicho, Vicente, mira que te lo he dicho mil veces, pero tú, nada, tú sin hacerme caso... —No me pegaba nada el papel de hermano mayor responsable, pero si había alguien que podía echarle la bronca a Vicente sin recibir dos hostias, ése era yo—. ¿Y ahora qué vamos a hacer?

—¿Vamos? —Las cejas del Dedos se levantaron hasta dibujar en su cara dos signos de interrogación—. ¿Has dicho vamos? Tú no vas a hacer nada.

—Eso habrá que verlo. Ya estoy cansado de preocuparme por ti, así que a partir de ahora...

—¿Qué es lo que te has fumado, un libro de esos tan raros que lees?

—Vicente, calla, coño, y escucha, que no estoy de cachondeo —di un golpe en la mesa de latón haciendo saltar el resto de la tapa de ensaladilla y el vaso de cerveza. Todo el mundo se calló en el bar, y hasta la tragaperras pareció bajar el volumen de su cantinela—. Y vosotros, seguid a lo vuestro, que nadie os ha dado vela en este entierro.

—Maestro, eso del entierro ha estado muy propio. Además, hay que ver cómo se ha puesto; como si nos interesara algo lo que le pueda pasar al Dedos —replicó el Moro desde detrás de la barra, con el mismo tono de desaire que el de la criada a la que pillan mirando por el ojo de la cerradura.

Vicente me miraba fijamente a los ojos. Nunca me había visto tan enfadado con él y estaba francamente sorprendido por el hecho de que yo, Juan Cacho, su amigo del alma, su compañero de fatigas, le estuviera echando semejante bronca. Y es que estaba dejando escapar todas las tensiones del fin de semana sobre los hombros de Vicente, escupiéndole a la cara todo lo que me parecía mal de este mundo. Un mundo en el que la gente está tomando té y, al segundo siguiente, le están buscando sitio para criar malvas; un mundo en el que la policía se rasca la barriga hasta perder las uñas pero que, cuando se acercan las elecciones, se echa a la calle para hacerle una limpieza de cutis a la ciudad; un mundo en el que tu mejor amigo puede ser encerrado en una celda y dejarte solo.

—Vicente, tú sabes que te quiero como a un hermano... Y no quiero, no puedo soportar la idea de que vuelvas a la cárcel —no se atrevía a interrumpirme, casi ni pestañeaba—. Así que quiero que... Quiero que... que te vengas a vivir a mi casa.

Ahora sí que estaba realmente patidifuso. La boca se le quedó entreabierta, como un enorme parking para moscas. Alargó los brazos por encima de la mesa y me agarró por los hombros con sus manos, zarandeándome enérgicamente.

—Tú, seas quien seas, sal del cuerpo de mi amigo Juan.

—Vicente, que no estoy para bromas.

—¿Pero tú estás loco o qué? —Levantaba los brazos y miraba a su alrededor esperando que el resto de la clientela del bar, el Moro y el Dudu, le dieran la razón, y entre todos me metieran en una ambulancia camino del psiquiátrico.

—No, no estoy loco. Te vienes a mi casa, y vas a buscar trabajo.

—Ya tengo uno.

—Lo tuyo no es un trabajo, Vicente, no me toques los huevos. Vives al día, según se te hayan dado las carteras el día anterior. Y eso no es vida. ¿Qué harás cuando la edad te impida tener el pulso que tienes ahora, eh? ¿Qué harás? ¿Vivir de la limosna?

—Eso nunca, ya me las apañaré —se estaba empezando a mosquear por momentos; sus dedos tamborileaban nerviosamente sobre la mesa y hacía rato que no bebía ni un sorbo de cerveza, lo que me indicaba que estaba bastante cabreado—. Además, ¿cómo cojones quieres que me vaya a tu casa, si siempre estás con el agua al cuello? Y eso de buscar trabajo...

—Bueno, mientras encuentras otra cosa, podrías trabajar para mí.

—¿Para ti? ¿Es que eres el dueño de El Corte Inglés y lo llevas en secreto? Vamos, anda...

—Mira, hagamos un trato. Yo te doy cama y comida, y tú puedes... —Vicente me miraba con media sonrisa colgada del labio inferior, esperando oír qué era eso que le podía ofrecer—, pues me vas haciendo chapucillas en la casa, o me la arreglas, o haces la comida... Yo que sé.

—Ja, qué gracioso; pero si tu casa tiene que estar para reconstruirla...

—Pues mejor, así te dura más tiempo el trabajo.

Parecía que me lo estaba llevando al huerto, y eso sin estar borracho ni nada.

—No sé, no sé, no lo veo claro... ¿Y qué pasa si te digo que no?

Llevó sus ojos a los míos, desafiante y chulesco, poniéndome entre la espada y la pared.

—Si me dices que no... Dejaré de quererte.

Vicente parpadeó tres o cuatro veces, y su boca dibujó una circunferencia perfecta. No daba crédito a lo que acababa de oír; hasta el Dudu dejó de secar vasos, como si el chi-rriar del trapo contra el cristal pudiera alterar el resultado de las operaciones mentales del Dedos. Me levanté de mi silla, dejé unas monedas sobre el mostrador y me dirigí hacia la puerta, muy torero, con el capote a la espalda y el toro totalmente despistado por el engaño del volapié.

—Estooooooooo, bueno... Pero que conste que lo hago sólo a cambio de que me dejes que arregle la casa. No le consiento limosnas a nadie.

Vicente respondió a mi oferta en el justo momento en que yo agarraba el pomo de la puerta.

—Como quieras.

—Y nada de echarme una mano, que yo me las arreglaré solo.

—De acuerdo.

—Y eso del amor, ¿será amor de hermanos, no?

—Estrictamente fraternal.

—Vale, pero por si acaso, nada de acercarte a mi cama, porque... Habrá dos camas, ¿verdad?

—Bueno, todo es negociable.

Recogimos la ropa de Vicente del cuartucho en el que dormía, en la pensión Aurora, Se Alquilan Camas Por Horas. En las escaleras nos cruzamos con argelinos, nigerianos, angoleños, marroquíes, un señor de traje gris y una joven con el pelo teñido de naranja y la falda por el ombligo a la que no paraba de llamar sobrinita y no soltaba de la mano, no se le fuera a escapar. El cuarto era pequeño, largo y estrecho como un pasillo, con enormes desconchones en las paredes que dejaban ver los ladrillos, y un contador de la luz al lado de lo que quedaba del marco de la puerta. El suelo tenía subidas y bajadas —como la etapa reina del Tour—, y la cama —o algo parecido a un colchón con algo parecido a un somier— se mantenía en precario equilibrio, adosada a la pared. Ya sabía que mi amigo era un tipo atrevido y valiente pero aún hoy no sé como reunía el valor de apagar la luz y cerrar los ojos en aquella habitación, sin saber si alguno de aquellos leones disfrazados de cucarachas, como la que acababa de pisar, se lo comería por la noche, con cama incluida. El olor que desprendían las paredes me recordaba al del Dos Tercios Del Quinto, aunque éste tenía cierto matiz a ropa interior sin lavar durante semanas y a semen reseco de meses. Por la única ventana del cuarto que daba a un pequeño callejón me llegaban las voces de algunas prostitutas, y de los albañiles de un edificio de aparcamientos que estaban construyendo justo enfrente, en un diálogo más propio de heladeros, lleno de palabras tales como lamer, chupar, comer...

Dejé a Vicente en mi casa arreglando el cuarto, que hasta entonces había servido como trastero-almacén-cuarto-desastre y que a partir de ahora sería su habitación, para bajar a casa de Nieves a ver cómo se encontraba.

Después de pegar tres veces en el timbre la puerta se abrió dejándome ver la triste figura de mi vecino Ángel. El bloque, con Nieves y Ángel a la cabeza, rebosaba felicidad.

—Ah, eres tú.

—Hola tío, ¿qué tal...?

Clock. La puerta se cerró ante mis narices, dejándome la frase a medio terminar y el cuerpo en posición de echar a andar, como si un dios borracho y loco hubiera parado la cinta de video de mi vida. Pensé que una corriente de aire la habría cerrado tan bruscamente y que se volvería a abrir, pero cuando había pasado casi un minuto y seguía tan parada como cuando se cerró, empecé a intuir que algo andaba mal. Eso sí que es olfato.

No sabía si volver a darle al timbre, si cruzarme de brazos y esperar o tomar a la portera en brazos a modo de ariete y derribar la puerta a golpes de cabeza con rulos. Me decidí por la primera opción, porque no tenía ganas de pasar toda la tarde de pie ni me sentía tan fuerte como para tomar a Doña María del Pilar entre mis brazos y levantarla a la altura de una cerradura. Así que volví a pulsar el llamador tres, cuatro veces. «Nada, este chaval está sordo. Pues llamaré con los nudillos. —Toc, toc, toc—. Nada, joder; al final me haré daño en la mano y todo».

—Joder, qué tío más pesado.

—Oye, ¿qué pasa? ¿Por qué no abres?

Esto de hablar a través de la madera me estaba a empezando a poner un poco nervioso.

—Porque eres un petardo dando consejos, y porque gracias a ti he hecho el mayor ridículo de mi vida.

Ostras. Al parecer, la fiesta del viernes por la noche no había ido tan bien como esperábamos...

—¿Puedes abrir la puerta y hablamos como personas normales o prefieres seguir pegando voces y que se enteren de todo en la Patagonia?

Silencio. No es por nada, pero prefería la conversación a voces a ese silencio. En ocasiones, la falta de palabras resuena en los oídos con más fuerza que un buen alarido al lado de la oreja. Al cabo de unos segundos, la puerta se abrió.

—Cierra la puerta y no hagas ruido, que Nieves está dormida.

Seguí los pasos de Ángel hasta su cuarto. Si su cara era un poema, la habitación era un claro reflejo de su estado de ánimo: la ropa andaba revuelta por todos lados, la cama deshecha, y las colillas se salían del cenicero repleto.

—Y ahora, haz el favor de contarme toda la historia, anda.

No sé por qué, pero aquella frase empezaba a asomar demasiado aquel día.

Al parecer, y siguiendo minuciosamente mis consejos, había elegido sus mejores ropas para la fiesta, se engominó los pelos hasta dejarlos de punta y tomó prestadas varias gotas del perfume de su padre —nada de meterte dentro del tarro, chaval—. Y de esa guisa se fue a la fiesta del instituto. Todo iba bastante bien; hablaba con los compañeros de clase, se pegaba unos bailes y hasta se permitió el lujo de invitar a un refresco a su tutora, por si eso ayudaba a subir algún puntito las notas. Y todo eso mientras no perdía de vista a Encarni, su

amor platónico. El plan era acercarse a ella en algún momento en que se quedara sola y decirle que él era Baskerville, el hombre de su vida, el único que sería capaz de hacerla feliz y todas esas tonterías que se le pasan a los quinceañeros por la cabeza; bueno, a los quinceañeros y a algunos treintañeros.

En fin, que en uno de esos momentos en los que una de las amigas de Encarni decidió ir al servicio y el resto menos ella decidió acompañarla, Ángel se lanzó sobre su presa por la espalda, esgrimiendo la mejor de sus sonrisas y sacando el incipiente y casi inexistente pecho que dos días de gimnasio habían fabricado.

—Hola Donatella, soy Baskerville...

Ella dio un respingo —bien del susto o de la excitación que le provocaba saber que lo tenía detrás de ella, que por fin lo iba a ver— y se giró despacio, a cámara lenta, como si no quisiera que aquel momento acabara; pero cuando terminó de darse la vuelta, la sonrisa que estiraba la comisura de sus labios hacia arriba se aflojó, se desinfló, se quedó tan lacia como un tejerengo mojado en café. Y a mi pobre vecino se le cayó el mundo encima, y además de punta, para que le doliera más.

—¿Tú, tú eres Baskerville?

—Sssssí, soy yo...

—¿Estás de coña, no?

—Nnnnnno, no es nin-nin-nin-ninguna broma, soy yo.

Para corroborarlo le repitió las conversaciones que habían tenido en el chat, las notas que le había dejado en clase... Ella no daba crédito a lo que estaba oyendo, no podía creer que el mismo chaval torpe, tímido y reservado que podía pasarse años en la banca de al lado sin que te percataras de su existencia, podía ser el mismo que le aceleraba el pulso con aquel aire de misterio y las palabras tan dulces que le enviaba Baskerville.

—No me lo puedo creer, es... Es imposible. Tú nunca podrías ser él, ni en tus mejores sueños.

—Pero si...

Para colmo de males, las amigas de Encarni volvieron del servicio, así que, en cuestión de segundos, se vio rodeado de chicas que le apuntaban con el dedo, se reían a carcajadas y le miraban como si fuera el payaso más patético de la historia del circo. Lo peor era que ella también reía y meneaba la cabeza con cada carcajada. Eso dolía como una patada en las ingles con una bota de puntera metálica, y Ángel estaba recibiendo una buena ración de ellas.

Eso fue todo. Se volvió y dejó la fiesta, caminó por las calles desiertas un buen rato, se fumó medio paquete de cigarrillos y maldijo su sombra cada vez que pasaba por debajo de una farola.

—Y todo por tu culpa. Si yo ya sabía que la iba a cagar, si lo sabía...

Ángel daba vueltas por la habitación, como un gato encerrado y mojado dirigiéndome cada dos por tres tal mirada de furia que no necesitaba el mechero para encender mis cigarrillos.

—¿Por mi culpa? Nadie tiene culpa de nada; bueno, si alguien tiene la culpa son los padres de esa niñata creída y presuntuosa que no supieron parar a tiempo la noche que la concibieron.

—¿Qué dices?

—Lo que oyes. Tú no tienes la culpa de nada, y yo menos. Sólo intenté echarte una mano para que te acercaras a esa chica, y durante un tiempo estuviste más cerca de lo que soñaste jamás.

—Sí, claro, pero en cuanto me vio la cara...

Había dejado de girar alrededor de mí y se había sentado en el borde de la cama, con la cabeza gacha y mirando los cordones de sus zapatos.

—Mira, Ángel, a ella le gustó lo que vio dentro de ti, y es tan estúpida que se deja llevar por tonterías, por las amigas, por... por chorradas.

—¿Y ahora qué hago, Juan? Dímelo tú, ¿qué hago?

—De momento, alegrar esa cara y cambiarte, que te invito a lo que quieras. Te lo mereces porque tienes un par, sí señor.

—Es que no me apetece, de veras.

—Venga, déjate de rollos y vete cambiando. Te espero en el salón.

Me senté en el sofá y me puse a hojear un suplemento semanal atrasado. Según mi horóscopo, grandes aventuras me esperaban, tenía que estar muy atento, y nuevos amores llegarían a mi puerta. «Nuevos amores, como si tuviera anti-guos». Cuando le estaba echando un vistazo a las propiedades curativas de la alcachofa en ensalada salió Nieves de su cuarto con unos vaqueros gastados, una gomilla agarrándole el pelo y dos leones de peluche en los pies. Seguía teniendo mala cara, pero empezaba a tener el color de la carne humana.

—Vaya, no te esperaba por aquí, creía que estarías con tu amigo —eso de «amigo» llevaba su retintín—.

—No, le acabo de dejar en casa. Se viene a vivir conmigo.

Enarcó las cejas y en la frente le apareció un cartel luminoso que parpadeaba Tú Verás.

—Ah, bien, entonces...

Entonces sonaron unas carcajadas en el piso de arriba; unas carcajadas alegres y dicharacheras como un saco de cascabeles; y no tendría nada de particular si no fuera porque encima de nuestras cabezas vivía Odón Camuñas, contable y recién llegado al estado de viudez.

—¿Qué ha sido eso?

—¿Eso? Pues... No sé, parecían risas.

Lo mío sí que era un oído, y no el de los felinos.

—Qué raro, ¿no?

—No tiene nada de raro, Nieves. Sólo era alguien riéndose, podría ser la tele, la radio, cualquier cosa.

—U Odón riéndose a carcajadas.

Como casi siempre, las mujeres aplican en cualquier ocasión el Teorema de la Tripodología Felina, buscándole los tres pies al gato. A partir de un simple ruido, Nieves estaba empezando a darle vueltas a la cabeza, construyendo castillos aéreos que se caerían al menor parpadeo.

—Bueno, aunque fuera él, no pasa nada. Puede ser que estuviera hablando con un amigo por teléfono, o...

—Sí, claro, un amigo, que sabe que acaba de enterrar a su mujer, le llama para contarle un chiste. No sé, me parece raro.

—Niiiiiiiiiiiiiiiiieees, no te comas la cabeza. Seguro que era un anuncio de compresas de esos en los que te están reventando los riñones pero eres feliz porque llevas tanga.

En esas estábamos cuando Ángel salió de su cuarto, listo para sacarme los euros de la cartera.

—Hey, ya estoy preparado.

—Ya te veo, ya...

—¿Y ahora que haremos con... Ejem, ejem... Con lo mío?

—Nada, absolutamente nada.

Nieves nos miraba con cara de póquer, pasando sus ojos de uno al otro, sin saber qué pensar ni qué tramábamos ni en qué historia andábamos metidos.

—Oye, parejita, tened cuidado con lo que hacéis, que al menos uno es menor de edad, y el otro a veces lo parece.

—Sí, hermanita, no te preocupes...

—Eso, no te preocupes, y deja la cabeza tranquila, que desde aquí se te oyen los engranajes dando vueltas.

Y como dos compadres, agarrados de los hombros, mi vecino y yo salimos de su casa mientras alguien silbaba en la planta de arriba.

—¿Qué es eso de no hacer nada?

Ángel había dejado de sorber por la pajita y me lanzó la pregunta a la cara, mientras yo daba buena cuenta de algo parecido a unas patatas fritas; al menos, tenían su color y su forma.

—Pues lo que oyes, nada de nada. Vas a pasar de ella totalmente. Al menos de momento, y luego...

—Sí, claro, esa es la mejor forma de arreglarlo. Además, si alguien pasa, es ella de mí.

Allí estaba yo, en uno de esos restaurantes de comida rápida en los que tardan una hora en atenderte, rodeado de quinceañeros bulliciosos y de padres tirando de una caterva de fieras que sólo quieren la hamburguesa que trae el muñequito de regalo. Y es que llamar a esos antros restaurante es lo mismo que decir que el que manejaba la guillotina era peluquero. Lo único agradable de aquel sitio era el constante ir y venir de cuerpos femeninos encerrados en ropas cinco tallas más pequeñas de las que les correspondían; en estos últimos meses había aprendido que los tanguas están para enseñarlos, no para estar cómodas, que los escotes se habían convertido en balcones y que había nacido el pantalón en su modalidad para sordomudos, puesto que era muy fácil leer con ellos los labios...

—Angelito, mira a tu alrededor, mira a todas estas chicas, y dime qué ves.

Mi vecino giraba y giraba la cabeza, y movía los ojos al ritmo de las caderas de una morena, al compás de los pechos de una rubia.

—Veo... Joder, qué de niñas.

—Y aparte de eso, ¿qué más?

—Pues un taco de salidos mirándolas, incluidos nosotros dos.

—Ejem, ejem... Muy gracioso. Bien, a todas las mujeres les gusta saber que son observadas, que despiertan admiración... A eso están acostumbradas. Pero...

—¿Pero?

—Pero si algo llama la atención de una mujer es que no le hagas ningún caso, sobre todo si ella sabe que a ti te gusta.

—¡Anda ya!

Ángel echó su silla hacia atrás, apoyándose solamente sobre dos patas, y por un momento temí que terminara dejándose la coronilla en el filo de la mesa de al lado.

—En serio. Mira, Encarni sabe que a ti te gusta ella, ¿no?

—Sí, supongo.

—Y ella espera que insistas, que la sigas, que la mires cuando pase por tu lado, que babeas, que se te quede la boca abierta al verla... Lo normal.

—Bueno, quitando lo de babear, eso creo.

—¿Y qué pasa si ella pasa por tu lado y tú no la miras?

Ángel empezó a juntar las cejas, devanándose el cerebro, como hacía ante un problema de Física. Lástima que la Mujerología Aplicada no sea una ciencia empírica.

—Pues... Ni idea; supongo que creará que la odio —respondió, encogiéndose de hombros.

—Pues que se intrigará y se preguntará por qué ya no la miras ni le haces caso, qué es lo que te ocurre, qué ha cambiado en tu vida para que ahora no estés tan pendiente de ella.

—Eso... ¿Es así?

—En la mayoría de los casos sí, a no ser que lo tuyo con ella sea algo totalmente imposible. Ten en cuenta que si hay algo más difícil que entender a una mujer es entender a dos mujeres.

Mi vecinillo sonreía y me miraba entusiasmado; parecía que se le estaban abriendo puertas que él creía cerradas a cal y canto, tapiadas con tres metros de ladrillo y rodeada de vallas electrificadas.

—Je, je, entonces...

—Entonces, si todo va bien, al no hacerle caso, puedes conseguir que ella se fije un poquito en ti. Al menos en un principio; luego, nos tomaremos venganza...

—Shhhhhh, callaaaaaaaaa, jodeeeeeeeeeer...

Ángel agachó la cabeza, escondiéndose detrás del vaso de Coca-Cola tamaño Hércules.

—¿Qué pasa, que te quieres ir sin pagar? Pues creo que por debajo del vaso se te van a ver las pier...

—Calla, hostias. Joder, qué mala suerte, mierda, mierda...

Miró por encima de mi hombro y volvió a parapetarse detrás del vaso de cartón. No pude resistir la tentación y me volví. Por la puerta de la hamburguesería acababa de entrar un grupo de cinco chicas charlando animadamente. Podrían tener todas, más o menos, la edad de Ángel, así que si no mentía la Ecuación del Zumo de Vaca, entre esas cinco chicas tenía que estar Encarni. Blanco y en botella, leche. Las cinco eran guapas y, lo peor de todo, sabían que lo eran. Entre ellas, me llamó la atención una morena, más alta que el resto, de pelo largo y lacio, de andares decididos y esbelta silueta.

—¿Cuál de ellas es?

—Joder, la de la falda vaquera y la melena. Vámonos antes de que me vean, por favor...

Vaya con Angelito; si resultaba que su amor era la niña de los andares garbosos... Quizá no tuviera suerte con las mujeres, pero no se le podía negar el buen gusto. Aunque en ese momento estaba francamente angustiado y empezaba a sudar como un pollo en un microondas.

—De eso nada, chaval.

—¿Pero cómo que no? ¿Qué quieres, que se descojonen de mí en medio de la hamburguesería? Joder, encima se han sentado justo al lado de la puerta.

—Ángel, ¿quieres ponerte derecho? —Muy despacio, como un soldado sentado en el suelo de una trinchera, se fue incorporando hasta despegar la barbilla de la mesa y sentarse como las personas normales—. Mira, vamos a levantarnos y a salir por esa puerta y, además, lo haremos bien despacio y riéndonos a carcajadas.

—Sí, y una leche; si tengo toda la comida aquí —replicó, tocándose la garganta—. No sé ni cómo me voy a poder levantar... ¿Y si esperamos a que se vayan? Yo no tengo, prisa, eh...

—Ángel, levántate ahora mismo o te dejo aquí solito y les digo que estás ahí acojonado y cagado de miedo —evidentemente, eso hizo que despegara el culo de la silla, se pusiera en pie y echara a andar a mi lado. Le eché el brazo por encima del hombro, para dar imagen de amigos de toda la vida y para que no saliera por piernas y no parara hasta la frontera de Irún—. Y ahora, riéte como si te lo estuvieras pasando en grande, y sobre todo, ni la mires; como si no estuviera sentada ahí.

—Joder, jejeje, me tiemblan las piernas, jejeje.

Y allá íbamos, paseando por la hamburguesería, descojonándonos por nada, optando al Óscar a la Pareja Más Idiota del Barrio. Cuando llegamos a la altura de la puerta, cinco pares de ojos nos escudriñaban a los dos.

—Jajajaja, ya falta poco, aguanta Angelillo.

—Jajajaja, me voy a cagar encima, jajaja.

Cuando se cerró la puerta a nuestras espaldas, por el rabillo del ojo pude ver como las cinco chicas nos observaban y cuchicheaban entre ellas, pero la morena de pelo largo y falda vaquera no nos quitó ojo de encima hasta que doblamos la esquina. Justo en ese instante, Ángel empezó a dar saltos como si le estuvieran ardiendo las suelas de los zapatos.

—Oleee, qué guay, qué guay.

—Valeee, ya vale, que la gente te está mirando; y lo que es peor, también me miran a mí.

—Joder, eres un monstruo, Juan, un monstruo —mientras seguía dando saltos, me abrazaba, con el consiguiente peligro para los dedos más pequeños de mis pies—. Esto no te lo podré pagar nunca...

—Ya, pero podrás hacerme un favor.

Lo dejé en su casa media hora más tarde, frente a su ordenador, buscando entre las webs de software pirata la última versión de un programa simulador de caos; a pesar de estar sentado, tecleando, y del tiempo que había pasado desde el episodio de la hamburguesería, sus pies no dejaban de moverse poseídos por el espíritu de todos los bailarines de claqué fallecidos hasta la fecha.

Subí por las escaleras hasta mi casa; al pasar por la tercera planta agucé el oído para ver si alcanzaba a oír algo anormal, pero sólo pude escuchar la maquinaria del ascensor y a Doña María del Pilar destrozando La Bien Pagá desde el portal. Llegué hasta la quinta y abrí la puerta de casa pero allí me quedé congelado en el umbral por el espectáculo que tenía ante mis narices. Desanduve lo andado y cerré la puerta, pensando que me había equivocado de

puerta, de planta o quizás hasta de bloque. Pero varios datos me indicaron que no estaba equivocado: primero, en la pared seguía atornillado el cartelito con el número cinco; segundo, era mucha coincidencia que mi llave abriera otra puerta; y tercera, ¿por qué otra persona iba a tener una foto de mi madre en la entrada?... Así que volví a meter la llave en la cerradura, girándola lentamente y empujando la puerta con la yema de los dedos. No sé qué demonios había pasado allí pero no había ceniceros llenos de colillas ni revistas por el suelo y podía andar sin tropezar con alguna lata de cerveza. Todo estaba fuera de su sitio: los libros en las estanterías, los cojines en el sofá, las sillas pegadas a la mesa; por primera vez en no sé cuánto tiempo podía ver el fondo del fregadero, y descubrí que las ollas eran brillantes y no mates. El suelo reflejaba mi estupefacta silueta, incluso a través de los cristales del lavadero podía ver la calle. Para remate, algo que olía a comida de verdad se estaba cocinando en una olla. Oí ruido dentro de mi cuarto, así que me armé de valor y me asomé a la puerta. Si hubiera tenido a mano unas tenazas no habría dejado de aplicarlas sobre mis pezones hasta que me hubiera despertado de semejante pesadilla. Vicente se afanaba sobre la tabla de planchar —¿tenía en casa tabla de planchar?—, exterminando sin ningún tipo de compasión las arrugas de una camisa.

—Pero, ¿qué demonios...?

—Coño, Juan, avisa, que no te había oído entrar.

—¿Se puede saber qué estás haciendo?

—No te jode, cortar jamón... ¿Pues no lo ves? Planchando —seguía moviendo la plancha adelante y atrás, como tantas veces había visto a mi madre. Mojaba los dedos en un vaso con agua que tenía colocado en un extremo de la tabla,

y espolvoreaba las gotas sobre la tela—. ¡Qué miras con esa cara de pasmado? Anda, vete a la cocina y mira a ver si la pasta está todavía dura.

Aún conmocionado, por todo lo que estaba sucediendo, di media vuelta y volví a la cocina. Por Dios, en lugar de mi amigo Vicente había metido en casa a Gracita Morales.

La cena fue estupenda, y después nos quedamos hasta las tantas charlando sentados en el sofá. Se me hacía muy extraño tenerlo allí, a mi lado, y saber que no se iría, que no desaparecería como por arte de magia, como hacía casi siempre. Lo que me tenía inquieto era saber cuánto tiempo podría aguantar Vicente así. Esperaba que este último susto le hubiera convencido de que se estaba equivocando, de que así no podía seguir. Y si yo había puesto mi grano de arena para que esto sucediera, daba por buena tanta limpieza; siempre y cuando no necesitara un mapa para encontrar los calzoncillos.

A la mañana siguiente me despertó un sorprendente olor a café. Sobre la mesa de la cocina, escrito con la letra picuda y desordenada de Vicente, me esperaba una nota apostada entre la cafetera y un cartucho lleno de churros y manchurroneos de aceite. VOLVERÉ, decía la nota. Lo malo era que no decía cuándo.

Una bañera, una desaparición
y un pincho de tortilla

Me pasé toda la mañana, y la tarde del domingo, en casa, delante del ordenador, dando viajes hasta la ventana, cada cinco minutos, para ver si aparecía el Dedos por alguno de los extremos de la calle. Pero nada, ni rastro. Me juré que cuando volviera le metería uno de aquellos aparatos localizadores vía satélite por el culo, y así sabría dónde estaba en cada momento. Claro, eso en el caso de que volviera... Entre estos pensamientos tan animados y el buen rato que me pegué delante del ordenador metiendo la información en carpetas y subcarpetas o escribiendo algunas anotaciones al margen de los textos, las horas pasaron tan rápidamente que, cuando sonó el timbre de la puerta, miré el reloj y me sobresalté al ver que eran casi las seis de la tarde y ni había almorzado. Eso explicaba los ruidos de mi barriga y el trasiego de la calle.

—¿Dónde coj...? —En mi inocencia, creía que al otro lado de la puerta estaría Vicente, con su cara de Niño Bueno Que Nunca Rompió Un Plato, pero lo que me encontré fue la cara de Amparito, con los ojos un tanto colorados y el rímel corrido, con perdón—. Ah, hola, creía que...

—Hola Juan, pasaba por aquí y...

—Pero entra, mujer, entra. La verdad, estoy sorprendido; no esperaba verte por aquí.

Cerré la puerta y la acompañé hasta el salón. A pesar de su aspecto triste y alicaído estaba realmente guapa con sus vaqueros, su camiseta de algodón y sus zapatillas deportivas; al tenerla tan cerca, en mi casa, a solas, estaba acojonado, por tanto me senté en la punta opuesta del sofá dejando un cojín en medio, a modo de trinchera.

—Es que venía a decirle al señor Camuñas que mañana no vendría a las clases y entonces me he enterado de que... Es... Terrible.

Se echó las manos a la cara en un gesto demasiado familiar para mí esos días; veía mi imagen reflejada en la pantalla apagada y oscura de la televisión. Allí estaba yo, mirándola como un estúpido, sin hacer ni decir nada, sin mover un dedo. Así que me acerqué a Amparito y la tomé entre mis brazos. Sentía su cuerpo cálido pegado al mío y sus lágrimas mojaban mi camiseta. Por una parte, quería que dejara de llorar, pero por otro lado, deseaba que llorara hasta la deshidratación, porque era sumamente placentero tenerla así, poder inhalar el perfume directamente de su pelo, notar su respiración, el palpitar de su corazón —bom-bom-bom—latiendo a pocos centímetros del mío —bombom-bombom-bombom-bombom—. Poco a poco se fue calmando, aunque no me soltó en su abrazo, ni yo a ella —faltaría más—. Entonces levantó la cabeza y me miró fijamente a los ojos, como sólo pueden hacerlo las mujeres y algunas especies de serpientes para dejar indefensas a sus víctimas. No me miraba, más bien me penetraba con la mirada, quizás intentando averiguar qué pasaba por mi cabeza, quizás queriendo

saber por qué latía tan fuerte mi corazón, quizás me contaba las pestañas, no sé. Lo que es seguro es que algo vio, porque se acercó, acercó y acercó, hasta poner sus labios sobre los míos. Fue un beso corto, un simple roce, pero tan prometedor que los dos decidimos que nos supo a poco —a muy poco—, y nos lanzamos a una vorágine de mordiscos, lame-tones, chupetones y bocaditos. Rodamos por el sofá, uno sobre el otro, o el otro sobre el uno, y caímos al suelo al igual que mi camiseta y la suya que quedaron desparramadas como dos pelotas de trapo. Ella enlazó sus piernas alrededor de mi cintura, y yo deseaba sufrir una mutación instantánea que me produjera el crecimiento repentino de seis o siete manos y tres o cuatro bocas, porque con lo que traía de fábrica no tenía suficiente.

Con el mismo pulso que un enfermo de Parkinson con un ataque de nervios intentaba desabrochar aquel maldito sujetador, pero se resistía el condenado; en el momento en que empezaba a evaluar la posibilidad de cortarlo en mil pedazos con un cuchillo jamonero, Amparo tomó mis manos, despegó su cuerpo del mío y se levantó.

Yo estaba allí, sentado en el suelo, mirando embobado cómo desaparecía por el pasillo, camino de mi dormitorio.

—Me gustaría darme una ducha —y para rematar la frase, un sujetador salió volando desde la nada para aterrizar en la entrada al salón—. ¿Me acompañas?

Y la acompañé, claro que la acompañé... Supongo que la mayoría dirán que estaba loco, que era un asaltacunas, un Herodes versión moderna, pero es que yo no había buscado aquella situación. La deseaba, sí, lo reconozco, pero quiero que quede claro que yo no di el primer paso, ni siquiera el segundo, simplemente me invitaron a un banquete y acepté.

Allá iba yo, siguiendo el rastro de ropa tirada por el suelo, adentrándome en lo que antes era un simple dormitorio y que esperaba que se convirtiera en el escenario de un capítulo de las Mil y Una Noches. El sonido del agua contra el suelo de la bañera me sonaba a música celestial interpretada por un coro de ángeles, aunque esperaba que aquella silueta que se dibujaba a través de la cortina no fuera tan celestial y menos aún un ángel, que esos no tienen sexo. Ni corto ni perezoso —porque no era momento de perezas y lo de «corto» no necesita explicación—, me des hice de la poca ropa que me quedaba y me metí tras la cortina. El espectáculo era tal que aún hoy no he encontrado las palabras para describirlo. Su piel, morena y húmeda, pedía a gritos que la besaran, que la acariciaran, y sus pechos apuntaban hacia mi cara como dos Cyranos, señalándome descarados y desafiando a la gravedad. En una de sus nalgas, dos pequeñas cerezas tatuadas pedían a gritos que alguien las devorara. Y a mí me encanta la fruta.

Nos abrazamos y besamos bajo el chorro de la ducha, y nuestros gemidos se confundían con el *shhhhhhh* del agua. Nos buscábamos, como buscan los pobres un bocadillo de calamares, y nos encontrábamos, tocando con soltura las teclas que ponían en funcionamiento la máquina de producir gemidos. Aquello estaba resultando tan perfecto que, en el fondo de mi corazón, sabía que algo acabaría jodiéndolo todo. Por si acaso, de vez en cuando miraba hacia abajo, buscando un fallo en mi virilidad —nunca lo hubo, pero alguna vez podría ser la primera...—. Afortunadamente, mi compañero de fatigas estaba cumpliendo como un caballero: levantándose ante las señoras.

Los controles me indicaban que el rumbo era correcto; todas las luces, pilotos y relojes seguían en los parámetros normales, y ninguna alarma había saltado avisando de fallos en los motores o de escapes en los depósitos de combustible. «Allá vamos», me dije, apoyándola contra la pared alicatada cuando...

—Holaaaaaaaaaaaaa, ya estoy aquíiiiiiiiiiiiiiiii.

Si lo que tenía en la mano hubiera sido un arma, sin duda la habría usado sobre Vicente unas doscientas veces, una por cada uno de los golpes de riñón que acababan de irse por el desagüe.

—¿Dónde estás, Juanilloooooooooo? ¿No te estarás matando a pajas otra vez, no?

La madre que lo parió. Amparo tenía los ojos abiertos como platos e intentaba recuperar un ritmo de respiración menos acelerado. Pero claro, como dice el Teorema del Empeoramiento No Acotado: Todo lo que puede joderse, se jode, y si está jodido, se joderá más. Quizás por eso, el jabón y el agua hicieron su papel de elementos desestabilizantes y, al notar que mis pies empezaban a deslizarse, me agarré a lo que pude; es decir, una mano a la cortina y la otra a la teta derecha de Amparo. Lógicamente, ni la cortina tenía la fuerza suficiente ni la teta de Amparo era tan firme como la manilla de la puerta de un coche, así que lo único que conseguí fue que los dos acabáramos en el fondo de la bañera y liados en plástico. El golpe fue tremendo, y sonó a campanas de duelo, seco y grave. Al instante, un ruido de pasos precipitándose por el pasillo me avisaba de que Vicente se acercaba a la carrera. Si no hubiera sido por él, nos habríamos asfixiado, pero claro, si no hubiera sido por Vicente, nos habría faltado el aire, aunque de otra manera —arf, arf, arf—.

—Joder, Vicente, es que es para matarte.

Habían pasado varias horas desde que sufrí el accidente de la bañera y todavía el Dedos seguía riéndose a mandíbula batiente de mí, atragantándose con la cena y golpeándose los muslos cada vez que me miraba.

—Coño, Juan, yo qué sabía... Me tenías que haber puesto un cartelito en la entrada, y me hubiera ido, leches.

—Eso, para cartelitos estaba yo. Pero, ¿tú te crees que en ese momento me iba a acordar de ti?

—Jejeje, espero que no. Es que cada vez que te miro, me acuerdo de... Jajajaja, JAJAJAJAJA.

Al final, tenía que reírme yo también; la situación había sido de lo más pintoresca y, si la hubiera visto en una película, me estaría riendo como Vicente, sin duda, y pensaría que el guionista era un cachondo que se había fumado toda la maría del país.

—¿Sabes lo peor?

—Pues, no sé... ¿Qué se la clavaste a la bañera?

—Estoooo, no; bueno, también, pero me refería al cabreo que llevaba Amparo.

—¿Cabreada? Qué vaaaaaaa. Anda ya, hombre. Si por poco tienes que cambiar el marco de la puerta, del viaje que le ha dado.

Pues sí, el portazo fue de categoría, y sonó como un disparo seco y certero; un balazo dirigido hacia mis pelotas; bueno, hacia la parte que no me había dejado pegada a la bañera.

—Sí, parecía bastante enfadada.

—Tienes suerte si la próxima vez que te vea no te escupe en la cara.

Vicente quizá tuviera razón, y no me atraía la idea de que cayera una lluvia de salivas en medio de la clase, delante de sus

compañeros y de Jaime Calahorra. Aunque, si lo pensaba detenidamente no tenía por qué estar enfadada conmigo. Sí, fue una situación embarazosa. Sí, el Dedos no se había perdido ni un ápice del cuerpo desnudo de Amparo. Sí, el golpe fue bastante fuerte. Pero había sido un accidente, un desafortunado accidente del que —demonios— ella era la responsable. Sí, amigos y vecinos, ella tenía la culpa. Me había arrastrado hacia la bañera, aprovechándose de mí. Casi una violación. Había usado con sabiduría milenaria mi abstinencia de meses —¿o era más tiempo?—, se había permitido el jugar con mis sentimientos y mis apetitos... Vamos, que yo era el que tenía que estar ofendido, ¿o no? Pues no, joder; si algo había pasado o había estado a punto de pasar era por culpa de los dos, y el más culpable era yo, sin duda; porque era su profesor, mayor que ella en al menos una decena de años y, en teoría, más responsable, más maduro y con algo más de cabeza y sentido común. Pero qué va, me había dejado llevar, o más bien había permitido con todo el gusto del mundo que me llevaran; así que todo lo que se pasaba por la cabeza sonaba a excusa barata, a explicaciones para idiotas y frases hechas para convencerme a mí mismo más que a los demás.

Y lo peor de todo estaba aún por llegar, porque tarde o temprano llegaría el lunes y tendría que volver a verla, todos los días, en la academia. Tendría que cruzarme con ella y seguir tratándola como alumna y, además, intentar que aquella situación no influyera en mi trabajo. A ello hay que añadirle que debía hablar con Amparo y pedirle perdón, excusas o lo que hiciera falta y, de paso, ponerle fin a esta patética historia de profesores salidos y pequeñas lolitas veinteañeras.

—¿Y ahora qué harás?

Vicente, por primera vez desde que volvió, me miraba serio.

—Pues no sé, tío, pero lo más probable es que le pida excusas y le diga que no podemos volver a quedar ni vernos a solas ni nada por el estilo.

—Joder, pues sí que estamos bien... Lo que tendrías que hacer es quedar con ella para rematar la faena, cojones...; mira que el polvo que no echas hoy, no lo volverás a echar jamás.

—Vicente, si es una niña, leches. ¿Pero es que no la has visto?

—Huy, sí que la he visto, jejejeje —y con las manos dibujó la silueta de su cintura—. Y está bien buena, sí señor; para ponerla a cuatro uñas mirando a La Coruña.

—Tú estás loco, ¿verdad? Pero como pretendes que yo... Con esa chica...

—Mira Juan, si esa niña pasara de ti no habría hecho lo que hizo, joder... Si es que tú para las mates, sí, muy bueno, pero para las mujeres, un desastre. Que te lo digo yo, cojones, que esa está por ti; no sé qué te habrá visto, pero está por ti. Lo mismo que la del segundo, la hermana de ese al que le das clases...

—¿Nieves? ¿Qué yo le gusto a Nieves? ¿Pero tú qué te has bebido, todo lo que tengo en el mueble bar o qué?

—Joooooooooooooooooder, anda que... Mira chaval —me dijo mientras se levantaba y empezaba a recoger los platos de la cena—, esa está loca por ti; si nada más verte se le caen las bragas al suelo.

—Vicenteeee...

—Que sí, coño; hazme caso. Así que para de dejarte las pestañas pegadas a ese ordenador de los cojones y estate pendiente de lo que pasa delante de tus ojos, que eres un topo.

Y allí me quedé, sentado en el sofá, mirando el vacío y dándole vueltas a la cabeza, mientras el Dedos no paraba de dar viajes a la cocina con los restos de la cena, canturreando por lo bajo y guiñándome a la más mínima oportunidad. A ver si resultaba que yo era ahora un galán, un auténtico Casanova, sin enterarme... Hombre, en algunas cosas Vicente podría llevar razón; si Amparo había actuado como lo había hecho sería por algo, digo yo. Si no, sería muy difícil de explicar su comportamiento. Pero eso no justificaba el hecho de que lo nuestro pudiera ser; qué va, ni mucho menos, eso era un imposible, al menos de momento, mientras que le diera las clases... Quizás, después del verano... Bueno, ya veríamos, pero ahora, qué va, qué va... Fuera de la cabeza.

Pero lo de Nieves... En eso tenía que estar equivocado. Si la veía de higos a brevas y sólo unos minutos, al salir o entrar de su casa para darle las clases a Ángel; bueno, últimamente más, pero eso era producto de los acontecimientos. Eso sí, no había puesto pegas en tomarse un café conmigo, pero claro, seamos sensatos, no todas las que quieren tomar café con uno están loquitas por los huesos de Juan Cacho. En fin, estaría más pendiente, a ver si podía ver lo mismo que veían los ojos de Vicente. Joder, si me estaba empezando a doler la cabeza y todo. «Pues venga, a la cama, que mañana será otro día».

Lunes. Joder, lunes. Nunca en mi vida tuve tan poquitas ganas de levantarme de la cama; bueno, exceptuando el día aquel del examen de Cálculo de tercero, para el que no había movido los libros de su rincón. Pero lo de hoy no se podía comparar ni de lejos; lo peor de ciertas circunstancias es enfrentarnos a la incertidumbre. No le tenemos miedo a nada cuando sabemos lo que nos va a salir al abrir la caja de

los infiernos, pero si lo que se esconde detrás de la puerta nos es desconocido dudamos, sudamos, intentamos escurrir el bulto y simulamos enfermedades graves de parientes lejanos para eludir el envite. Y justamente eso era lo que me pasaba esa mañana; no sabía a lo que me enfrentaba: si a una veinteañera furiosa, a una veinteañera a la que se le había pasado el momento de furia o a los padres de la veinteañera, poniéndome en evidencia frente a Jaime Calahorra; o lo que es lo mismo, poniéndome de patitas en la calle.

Así que, con sudores fríos y temblores de piernas, salí de casa y me fui hasta la academia. Las horas pasaban lentamente y cada ruido de pasos por el corredor, cada abrir o cerrar de puertas, suponía un acelerón de los latidos cardíacos, un aumento de la sudoración de la frente y un atasco en la explicación que estuviera desarrollando en ese momento. En los descansos, entre clase y clase, caían los cigarros como las barcas al borde de una cascada, y los dejaba a medio terminar, aplastándolos nerviosamente contra el suelo de terrazo, como si al apretarlos con la suela de mi zapato fuera a conseguir que el suelo se abriera y me sirviera de escondite.

Ya casi era la hora de la clase de los universitarios. Iban llegando de uno en uno; algunos preparados para irse a la playa, otros esperando a que el Meteosat se estropeará y me cayera encima —y a ser posible metiéndome una de las placas solares por el culo—, pero ni rastro de los ojos verdes de Amparo, y eso me ponía aún más nervioso, si cabe, porque las posibilidades se multiplicaban. ¿Y si resultaba que en este momento estaba hablando con Jaime en su despacho, contándole con pelos y señales lo sucedido el domingo? ¿Y si los que estaban en el despacho eran sus

padres —la madre con un paquete de pañuelos de papel, el padre con una escopeta de caza mayor—? No me llegaba la camisa al cuerpo, pero era la hora de la clase y uno, ante todo, es un profesional.

Siguieron pasando los minutos y, con ellos, la clase; cada ruido de pasos, cada tos o movimiento extraño provocaba en mí enormes sobresaltos, pero la hora terminó y Amparo no había aparecido. Eso sí que era algo inesperado. Había pensado en todas las posibilidades pero la de que ella no apareciera por la academia se me había escapado por completo. Y eso abría un nuevo abanico de posibilidades: que estuviera en el hospital con grandes moratones en el culo y la espalda, explicándole a los médicos que cierto profesor le había atacado e intentado violar; o que sus padres, al oír su relato, hubieran decidido ingresarla en el Convento de las Carmelitas Descalzas de Nuestro Padre Jesús de las Siete Llagas en el Misterio de su Sagrado Corazón, para que expiara sus pecados y meditara sobre ello; o, sencillamente, que había llamado a Jaime Calahorra para darse de baja de la academia, al no poder soportar la presión a la que yo la sometía al cruzarme con ella por los pasillos para buscar el roce entre carne y carne, tirando el bolígrafo al suelo para así poder verle la piernas, o lo que fuera... En estos alegres y dicharacheros pensamientos me encontraba, mientras recogía mis cosas al terminar la clase, cuando oí la voz del director de la academia llamándome desde su despacho. Por el tono de la llamada, no creí que fuera a ofrecerme un aumento de sueldo ni participaciones en la empresa ni nada que se le pareciera; en todo caso, me parecía que lo que iba a ofrecerme era la puerta y una ración de aire callejero. Despacio, recorrí el pasillo hasta llegar a su puerta. Llamé muy

flojito y cuando Jaime Calahorra me dijo que pasara, tomé la manilla de la puerta con sumo cuidado, no fuera estar enchufada a treinta baterías de camión conectadas en serie.

—Hola, Jaime... ¿qué ocurre?

La voz no me salía del cuerpo, y empezaba a notar una extraña sensación de humedad en la espalda.

—¿Qué me pasa? ¿Qué me pasa? Pues que no me esperaba esto, joder; vaya si no me lo esperaba...

Mientras hablaba, el director caminaba de un lado a otro del despacho, como un oso polar enjaulado y rodeado de calefactores a tope de potencia.

—Esto, yo, en fin, que quieres que te diga...

Lo que me temía: Amparito había descolgado el teléfono y abierto la caja de los truenos.

—Juan, joder, que no estoy para bromas... Tú qué tienes que decir... Pues qué vas a tener que decir... Nada. Si no hay nada que decir; si está todo bien claro...

La cosa se estaba poniendo bien jodida. Al final mis peores sospechas se habían confirmado en las palabras de Jaime, así que todo estaba bien claro, no tenía nada que decir... Todo el pescado estaba vendido. «Si es que todo me pasa porque soy un lila, me cago en todos los calostros que mamó Bambi».

—Jaime, hombre, yo te puedo explicar...

—¿Pero qué me vas a explicar? Como si tú pudieras hacer algo con esos mamones del Ayuntamiento...

¿Ayuntamiento? ¿Ayuntamiento? ¿Pero qué cojones tenía que ver el ayuntamiento en lo que estábamos hablando? ¿Es que todo había trascendido hasta llegar a los oídos del alcalde? ¿El padre de Amparo era concejal o algo parecido? ¿Qué coño tenía que ver el Ayuntamiento con lo mío?

—¿Pero qué pasa con el Ayuntamiento?

—Esos hijos de puta han venido hace un rato a hacer una inspección, y ahora resulta que tengo que hacer obras en los baños y habilitarlos para minusválidos. ¡La madre que los parió! Pero si en todos los años que llevo aquí ninguno ha entrado por la puerta...

Estaba realmente indignado; se veía a la legua que la visita de los inspectores le había llegado al alma, o un poquito más abajo. Es más, seguro que si necesitaba sus pelotas en ese instante no se las encontraría porque se las habían pateado bien lejos.

—Y claro, ahora resulta que tengo que cerrar la academia, por lo menos una semana...; eso si encuentro un albañil que no me deje tirado en cuanto coja la pasta para los materiales... La madre que los parió, la madre que los parió...

—Oh, vaya, lo siento... Eso significa que...

—Pues eso, que te vas a pegar al menos una semanita de vacaciones por la cara, aunque claro, evidentemente, te lo tendré que descontar de tu sueldo.

—Sí, claro, por supuesto..., es lo normal —pues claro que me lo iba a descontar; aunque me ingresaran en el hospital para coserme la cabeza al tronco, seguro que sufriría una sensible rebaja en la nómina—. Pero no te preocupes, lo entiendo de sobra. En fin, qué le vamos a hacer.

—Me cago en la leche... En medio de las clases; no, ellos no se pueden pasar en septiembre, lo hacen ahora, para joderme bien jodido... Seguro que es el de la academia de allá abajo; claro, como no puede conmigo, pues seguro que ha tirado de alguno de sus enchufes del ayuntamiento para hacerme la puñeta...

—Bueno, pues ya me pasaré para ver cómo va todo...

—...Pues si se cree que con eso va a acabar conmigo, se equivoca de todas todas; digo que si se equivoca; pero bien equivocado. Deja que me lo cruce un día por la calle, se va enterar de quién leches es Jaime Calahorra...

Allí lo dejé, echando espumarajos por la boca, maldiciendo, lanzando rayos por los ojos y acordándose de la madre y resto de familiares difuntos de los inspectores del ayuntamiento, concejales y alcalde. Desde la calle se le escuchaba golpear la mesa con algún objeto contundente. Recé para que no fuera su cabeza y destrozara todo el mobiliario del despacho. Mientras bajaba la cuesta hasta casa, pensaba en qué habría podido ocurrir con Amparo, si no había podido venir o simplemente no quería volver a verme la cara; para colmo de males, no tenía su teléfono y no se lo iba a pedir a Jaime Calahorra... Y eso de apostarme aparcado enfrente de su portal como un novio abandonado, despechado y celoso no entraba en mis planes para la semana. Hombre, se me ocurría una solución: acercarme a casa de Odón Camuñas —seguramente él tendría su número—, pero claro, ¿a santo de qué iba yo a ir a su casa a pedirle el teléfono de Amparo? «Buenas, vecino. Verá usted, resulta que me han contratado como tele-encuestador para una empresa de maquillajes y necesito el mayor número de teléfonos posibles, así que si tuviera alguno por ahí de una jovencilla, de unos veintitantos, de ojos verdes, pues me vendría de perlas...». No, va a ser que no.

De nuevo en casa, le conté a Vicente lo sucedido en la academia. Se rascó la coronilla, como cada vez que algo le preocupaba, pero le tranquilicé diciéndole que todo estaba controlado y que teníamos fondos para aguantar una

semana. No se quedó muy conforme, pero de todas maneras no le quedaban muchas más alternativas que las de quedarse.

—Uf, qué chungo el tema... Y ahora encima el mamón te lo quiere descontar del sueldo.

—Ya, si es que este tío es así..., pero no te preocupes, que sólo es una semana.

—Bueno, pues ya está. No te comas la cabeza, y cómete la tortilla de patatas que si no, se va a poner más tiesa que uno que yo conozco dentro de una bañera, jajajaja.

Mientras echaba mano al tenedor y se acercaba un trozo de tortilla a la boca, Nieves llamaba al timbre de la puerta, cargada con un saco de sospechas.

Una metedura de pata,
un fisgón y un chateo

—Vamos a ver, Nieves, que me estás poniendo histérico, y el día ya viene un tanto jodido.

Si mi vecina pensaba que, durante sus vacaciones, iba a estar subiendo a mi casa para ponerme de los nervios, se equivocaba de cabo a rabo. No había dejado que me terminara el almuerzo, se había sentado a mi lado frente a la mesa y había empezado a contarme una serie de historias inco-nexas, rumores, ruidos raros, risas que no venían a cuento y sospechas a granel.

—Pero Juan, que todo esto es muy raro, que te lo digo yo.

Mientras hablaba, se retorció las manos nerviosamente, y las pulseras de plata de sus muñecas sonaban como cascabeles.

—Nieves, ¿me lo quieres contar despacito, o te preparo un barreño con tila?

Vicente iba y venía a la cocina, quitando platos de en medio, y me miraba por encima de los hombros de Nieves, arrugando la frente en su conocida expresión de Qué Carajo Está Pasando. Yo le respondía con un leve movimiento de ojos: «que corra el aire, que ya te contaré»...

—¿Te acuerdas de las risas que escuchamos el otro día y que venían del piso de Odón? Bueno, pues se han vuelto a repetir... Que si risas, que si entradas y salidas a horas un tanto extrañas...

—Pero eso no tiene nada de raro, mujer; eso es lo más natural del mundo. Tendrá cosas que hacer en la oficina o vendrá de ver a unos parientes, o yo que sé... Es que le estás buscando tres pies al gato.

Desde luego, las mujeres son capaces de ver lo que no ve nadie.

—Y una leche «cuidado, que se estaba mosqueando». ¿Es que tú te crees que todo eso me lo estoy inventando? Es que no es normal, nada es normal, empezando con la historia del infarto...

—Vaya por Dios... ¿Qué demonios tiene de extraño lo del infarto? —Me estaba empezando a poner un tanto trastornado; una cosa era escuchar ruidos y a partir de ahí inventarse historias y otra era ver asuntos turbios en la muerte de una vecina—. Porque espero que no me quieras decir que...

—Yo no quiero decir nada; sólo que me parece muy raro que una mujer que nunca ha padecido del corazón se muera de pronto de un infarto.

—Pero ya escuchaste al médico, esas cosas pasan...

—¿Y las risas? Joder, estaba su mujer recién incinerada y se escuchan carcajadas en su casa —cada vez se estaba enfadando más, así que decidí ir con más cuidado que dos puercoespines haciendo el amor—. ¿Eso de las risas también es normal? ¿Te lo dijo el médico?

—Nieves, no te me pongas sarcástica. Ya te dije que eso podía ser la tele... Además, Odón es un tío muy normal y respetable, y no tiene ninguna pinta de asesino loco psicópata ni nada por el estilo... Un vecino normal, como todos...; bueno, no tan normal, pero...

Ups, se me escapó, y esperaba que ella no se diera cuenta.

—¿Cómo que no tan normal? ¿Eso qué quiere decir? Tú sabes algo y no me lo quieres contar...

Vaya por Dios, como que se le iba a escapar a ella mi pequeña metedura de pata o, mejor dicho, de lengua.

—Eh, ¿yo? Yo no sé nada, yo no sé nada..., pero nada de nada; vamos, lo que sabe todo el mundo, él es contable, y bueno...

—¿Me lo vas a contar o tendré que decirle a todas las mujeres del barrio que la tienes muy pequeña?

—¿Ein?, no serías capaz de eso... De mentir para..., porque, bueno, tú no me has visto desnudo..., bueno, casi, pero claro, yo estaba borracho y...

Por Dios, me estaba metiendo en un berenjenal del que no sabía cómo demonios iba a salir, si es que existía una salida.

—Juan, Juan, Juan... ¿A quién crees que le harán caso? ¿A ti, un treintañero que vive solo y anda siempre con unas compañías un tanto extrañas, o a mí, una joven mujer soltera, trabajadora, formalita, que nunca ha montado ningún escándalo ni se ha quedado dormida borracha en el ascensor?

La pregunta quedó flotando en el aire, delante de su cara sonriente y malévola. Me la podía imaginar en la panadería, la frutería, el estanco, dejando su carga de injurias, dando combustible nuclear a las lenguas atómicas de las marujas. Joder, en un solo día aquel rumor podría llegar hasta Australia, y las cosas se me podrían poner un tanto complicadillas a la hora de arrimarme a una mocita. Habría que negociar.

—Nieves, júrame por lo que tú más quieras que esto quedará entre tú y yo, por favor.

—Que sí, hombre, que no se lo voy a contar a nadie, pero empiezo a cantar que me estás asustando.

Ante semejante chantaje no tuve más remedio que claudicar, hincar la rodilla en tierra y largarlo todo, con pelos y señales, ante la satisfacción de mi vecina. Le conté lo de las revistas porno, las películas sin diálogos y las cintas de video caseras. La cara de Nieves iba cambiando por momentos, abriendo la boca poco a poco hasta que sus labios formaron una O mayúscula.

—Pero eso que me estás contando es muy fuerte, muy fuerte... Así que esta pareja llevaba una doble vida; bueno, quizás...

—¿Quizás? ¿Cómo que quizás? Ahora eres tú la que me estás acojonando.

—Pues que a lo mejor no eran los dos los que llevaban una vida oculta y secreta; quizá sólo sea Odón el que tenga su lado oscuro...

Caramba, aquella era una posibilidad que no había tenido en cuenta; me había precipitado al formular mi hipótesis, algo imperdonable para un matemático como yo. Y, sin embargo, Nieves había encontrado caminos alternativos y soluciones distintas a la mía, algo que habría que considerar y tener muy en cuenta.

—Pues mira, no lo había pensado, y puede ser, sí que puede ser.

—Claro que puede ser, no ves que esa tía era una lacia y una monjilla arrepentida... Vicente hablaba desde la puerta del salón. El muy mamón se había quedado allí, escuchándolo todo, se había empapado de toda la conversación y sólo le faltaba el paquete de palomitas y la lata de refresco, «pasen y vean».

—Vicente, joder, qué susto me has dado... ¿Se puede saber que haces ahí, espiándonos? Cada día te pareces más a la portera, leches, que sólo te faltan los rulos en la cabeza.

—Coño, que fregar platos es muy aburrido, y esto tiene una pinta acojonantemente interesante. Así que decidí echarme un rato aquí, en el quicio, a descansar, y casualmente...

—En fin, ya no tiene remedio... Anda, vente aquí y siéntate, así por lo menos seremos tres y no dos comiéndonos la cabeza. Nieves, este es Vicente, un amigo que se va a quedar a vivir conmigo hasta que lo eche a la calle por fisgón.

—Sí, ya lo conozco de cierta noche...

—Es un placer, señorita.

Vicente es el tío más pelota del globo y alrededores, pero me parecía a mí que con Nieves no le iba a funcionar.

—Eh, oh, hola...

—Ejem, ejem... Hechas las presentaciones, ¿podemos volver al tema? Así que creéis que era Odón, y no los dos, el que tiene algo que ocultar, ¿no?

—Sí, eso me parece más normal —Nieves me hablaba a mí, pero le echaba un ojo a Vicente, no se le ocurriera a hacerle algo, digo yo.

—Y esto nos lleva a la siguiente pregunta... Si la mujer no le seguía el rollete pornográfico, ¿qué demonios es lo que hay grabado en las cintas de video caseras? Porque seguro que no son partidos del Madrid..., a no ser que la mujer odiara el fútbol.

Vicente acababa de poner el dedo en la llaga; si teníamos en cuenta la posibilidad de que Remedios del Valle no estuviera implicada en las sesiones porno-erótico-festivas de su marido, la cuestión se tornaba más complicada.

—Bueno, bueno, bueno, creo que le estamos dando demasiadas vueltas a lo que sólo son pajas mentales, así que vamos a relajarnos y...

—Lo que podríamos hacer es entrar en casa de Odón y ver que es lo que hay en las cintas.

Joder con Vicente. Si lo llego a saber, lo encierro en el cuarto de baño.

—Esa es una gran idea, claro que sí, y así saldríamos de dudas.

«Anda, lo que faltaba, la otra que le seguía la corriente».

—Eh, un momentito, ¿se puede saber qué clase de hierba os habéis fumado los dos esta mañana? ¿Estáis majaras o qué?

Aquella conversación estaba tomando unos derroteros totalmente inesperados, disparatados y locos; entre los dos se estaban montando una película de la que yo, además, era el máximo responsable, por mi incontinencia verbal. Pero no iba a permitir que se...

—Vamos a ver, Juan —cuidado... Nieves adoptaba la postura de Niña Buena y Responsable, aunque lo que soltara por su boquita no tuviera nada que ver con la responsabilidad—. Está claro que aquí hay gato encerrado.

—Eso —apostilló Vicente.

—...Y la única manera de averiguar que pasa aquí es entrar en el piso y ver lo que hay en esas cintas.

—Claro, y de paso, revolvemos los cajones y buscamos la habitación donde tiene los grilletes atornillados a la pared, la cama redonda y los espejos por todas las paredes. De verdad, me dejáis helado— mientras les respondía, levantaba los brazos, casi implorando ayuda divina para que volvieran a entrar en razón.

—Hostias, Juanillo, en eso no había caído yo —a Vicente se le abrieron los ojos hasta alcanzar el tamaño de dos ensaladeras—. Seguro que hay algún cuarto cerrado con llave y...

—Ya vale, ya vale... No quiero seguir oyendo nada de esto; no me hago responsable de lo que estéis tramando, ni quiero saber nada de lo que vayáis a hacer. No quiero tener que dar vuestros nombres cuando la policía empiece a torturarme.

—Juan, hombre, no te pongas así; si no hay ningún peligro de que nos cojan —coño, parecía que Nieves, mientras hablaba, iba trazando sus planes a la velocidad del rayo—. Mira, todo es cuestión de hacernos con una llave. Odón suele estar fuera todo el día, así que tenemos tiempo más que de sobra para entrar, buscar las cintas, verlas y volverlas a poner en su sitio sin que se dé cuenta de nada.

—Joder, esta mujer es una joya; cómo le da a la cabeza...

—Sí, claro, una joya. Valientes joyas estáis hechos los dos. Dos perlas cultivadas... Pero ¿cómo leches vais a haceros con una llave de la casa de Odón?

—Hacernos, hacernos..., no es exactamente lo que tenía pensado...

Ay, ay, ay... No me gustó nada la mirada de Nieves ni el guiño de Vicente. Me temía que ya estaban asignados los papeles en la película, y eso que yo no había participado en el casting ni nada por el estilo.

Conforme mi linda y tierna vecinita iba desgranando su plan me iba hundiendo cada vez más en el sofá, y al mamón de Vicente se le iba agrandando la sonrisa y abrillantando los ojos —la madre que lo parió—. Lo peor de todo era que en la escuela no me enseñaron a decir que no.

Después de cerca de una hora de planes descabellados, intentos de escaparme, amagos de levantarme y desaparecer del globo, reproches por parte de los dos, alegatos a favor de mi valentía, recordatorios sobre lo fácil que es levantar falsos rumores sobre mi masculinidad, y una vergonzante rendición sin condiciones, acompañé a Nieves hasta su casa para echarle un ojo a Ángel. Allí lo encontré, tumbado en su cuarto, echándole una ojeada a un volumen de Astérix y con más mala cara de lo que me cabía esperar.

—¿Cómo estamos, socio?

—*Pche*, pues como regular, pero sin el como...

Tenía una cara de aburrimiento que tiraba de espaldas. Tumbado sobre la cama, con el cómic sobre la barriga, los pies colgando desde el filo del colchón, parecía esperar la llegada de la muerte con total desinterés.

—¿Y eso por qué? A ver, cuéntamelo todo.

La verdad es que la respuesta ya la conocía.

—Pues por qué va a ser, leches, que pareces tonto... Pues por la niña esta, que me trae por el camino de la amargura.

—Bueno, hombre, no te pongas así. ¿Hiciste lo que te dije, pasas de ella?

—Yo que sé, tío —soltó el libro, que resbaló sobre el borde de la cama y cayó al suelo, justo al lado de sus ánimos—. Cuando la veo, intento no mirarla y hacerme el loco, pero es que me cuesta un trabajito que no veas; además, las imbéciles de las amigas se parten el culo cada vez que me ven, y como sigan así se va a conocer la historia en todo el barrio, y eso era lo que me faltaba.

—Ya, te entiendo.

—No sé qué hacer... Es que no me la puedo quitar de la cabeza.

Ay, pobrecillo, ya tan joven y descubriendo lo jodido que es el mundo. A este paso se iba a sacar la carrera de Experto en Puñaladas Traperas y Tropezones de la Vida sin pasar por la facultad, y antes de que le llegara la edad.

—Pero Ángel, no te desanimes, si mujeres hay a patadas; le das un puntapié a una piedra y de debajo salen...

—Déjate de chorradas; a mí me gusta ésa, y las demás me importan un carajo.

Se incorporó y se quedó sentado junto a mí, mirándome fijamente con ojos de furia. Estaba claro que la cuestión del genio era algo genético en esta familia.

—Vale, vale, no te pongas así. Yo sólo lo decía por animarte, pero veo que no es eso lo que necesitas.

—Anda, qué listo.

Y el sarcasmo también era congénito.

—Ejem, esto... —A ver por dónde salíamos ahora— ¿has vuelto a entrar al chat?

—¿Al chat? Pues no, la verdad, no me apetecía nada.

—¿Y por qué no probamos? Se me está ocurriendo una idea...

—¿Otra idea de las tuyas? Pues anda que estoy listo.

—Mira chaval, esto pide venganza, que es un sabroso plato servido frío.

Aquello pareció gustarle algo, porque durante una décima de segundo su cara se iluminó, aunque a la décima siguiente se le fundieron los plomillos.

—No sé, no creo que sirva de nada...

—¿Que no sirve de nada? Venga, eso sí que es una chorrada... Pero si es lo que se merece, ¿o es que no te acuerdas de lo que te ha hecho? Mira, chaval, deja de hacerte la víctima y espabila, que ese papelito no te pega nada. Si quieres pasarte el resto de tu vida tumbado en la cama, me parece

muy bien, pero luego no vengas a quejarte de que tu vida es una mierda ni nada por el estilo, porque eso será lo que te habrás buscado por no echarle un par de pelotas. Así que espabila, que vamos a darle lo que se merece: un poquito de su propia medicina.

Y tras mi maravilloso discurso, me di media vuelta y abrí la puerta del cuarto.

—Bueno, vale, joder, qué borde... Anda, quédate conmigo y échame una mano, aunque no sé que es peor.

A los cinco minutos estábamos los dos sentados frente al ordenador, separados de la pantalla por una bandejita con sándwiches de jamón y queso, cortesía de Nieves. Mientras daba buena cuenta de ellos, mi vecino entraba en la sala de chat, y buscaba entre los participantes el *nick* de Donatella, pero nada, ni rastro de ella. Antes, habíamos tenido la prudencia de cambiar su *nick*, así que había pasado de Baskerville a Casanova en un plis.

—Joder, Juan, no está.

—Pregunta por ella, a ver si es que se acaba de desconectar o algo así.

Nada. Nadie la había visto en los últimos días, ni hoy tampoco.

—¿Y ahora qué leches hacemos? Joder, qué mala suerte tengo...

—Espera, ten paciencia... Vamos a esperar un ratito, a ver si le da por aparecer.

Y esperamos unos minutos que nos parecieron horas; las manecillas del reloj caminaban lentamente, como un enorme rebaño de ovejas gordas cruzando la carretera cuando llegas media hora tarde a tu propia boda. Pero, oh maravilla, cuando ya creíamos que la espera había sido

infructuosa y Ángel pensaba en si la mejor opción era la asfixia con butano o la caída libre desde un puente, la muchacha apareció en la lista de visitantes.

—Mira, ahí la tienes.

—Oh, ah, eh... ¿Y ahora qué hago?

Sus dedos tamborileaban sobre las teclas, pero sin llegar a apretarlas lo suficiente como para que surgieran letras en la pantalla.

—Pues salúdala, joder, eso es lo mínimo... Y a partir de ahí, ya veremos que hacemos.

Lentamente, escribió «Hola Donatella», como si el teclado estuviera envuelto en alambre de espino. Durante unos angustiosos segundos esperamos la respuesta de Encarni; hasta yo me estaba poniendo nervioso ante la posibilidad de que la chica de marras no le contestara. Pero el corazón de las mujeres es territorio incógnito y nunca, por mucho que creas que las conoces, sabrás qué pasa dentro de ellas, así que no sabía si sorprenderme o no cuando se abrió una ventana de conversación privada, y en ella apareció la palabra «Hola».

—Hostias, hostias, hostias... Me ha respondido, y encima en un privado, tío.

Mi vecino casi saltaba sobre la silla. Ay, qué juventud.

—Bueno, venga, reacciona. Pon sobre la mesa todas tus artes amatorias, que para eso eres Casanova, no tienes más que ejercer ese papel.

—Ah, vale, estupendo, así está muy claro... Joder, Juan, lo tuyo no es normal.

—Bueno... Tú sólo pregúntale que cómo está.

Un escueto «Cómo estás» se unió al resto de la conversación. Debajo, apareció: «Bien y tú?????».

—Bien, bien, bien, ha picado.

—¿Cómo que ha picado?

Ángel me miraba absolutamente sorprendido.

—Verás, a veces uno puede preparar las conversaciones haciendo preguntas en apariencia sin importancia, pero de manera que vayas volcando la conversación a tu terreno, buscando las respuestas para que te den pie a otras preguntas, que son las que realmente te interesan. Es casi como una partida de ajedrez.

—Joder, leches... Cada día me dejas más de piedra, macho. ¿Y ahora, Kasparov?

—Jejeje... Ella ha preguntado cómo estás tú, así que dile que bien, pero triste, porque acabas de romper con una chica.

Ángel tecleo: «Un poco triste. Acabo de terminar una relación y me encuentro triste». Silencio.

—¿Qué pasa? Me he pasado, joder, me he pasado siete pueblos; eso no se lo traga nadie...

—No, hombre, relájate.... Sigue escribiendo tú. Creo que ella está sopesando lo que le dices, a ver si es una bola o no lo es.

Y escribió: «No esperaba que me afectara tanto... Pero no pasa nada, ya se me pasará...».

—Eso ha estado muy bien, sobre todo lo de que se te pasará.

«Oh, vaya, lo siento... ¿Estuviste mucho tiempo con ella?», escribió Donatella.

—Vaya, vaya, la cosa se está poniendo interesante. Sigue así, chaval, que te la estás llevando al huerto.

—¿Tú crees?

La sonrisa le llegaba hasta los lóbulos de las orejas y casi podía tragarse su propio pendiente.

—Venga, no te desconcentres, que vas muy bien. Invéntate una vida, otro yo, alguien que sea apetecible para ella; tú sabes muchas cosas de sus gustos, así que sorpréndela a base de coincidencias, pero sin pasarte; que no se huelga nada.

Así pasaron varias horas; el chaval no hacía más que construir un personaje, un *alter ego* que encajara de lleno en las fantasías de Encarni. Su personaje era un tipo de dieciocho años, universitario de primer año, que tocaba la guitarra en un conjunto de rock. Ella, la muy inocente, le dijo que también tenía dieciocho años recién cumplidos, pero que estaba repitiendo curso... Anda que la chavala tampoco era mentirosa ni nada. Al cabo de ese par de horas, cuando ella no hacía más que reírse de las ocurrencias de Casanova, llegó una pregunta que nos sorprendió a los dos:

«Oye, ¿no tendrás una foto, verdad?».

—Hostias, una foto... ¿y ahora qué cojones hago?

—Bueno, a ver, que no cunda el pánico... Abre otra ventana del navegador y busca grupos de rock.

—Buena idea, jefe.

Dicho y hecho. En otra ventana aparecieron miles de enlaces a páginas de grupos de rock; entre ellas, elegimos el de un grupo desconocido de Argentina, Los Pamperos Rockeros, y escogimos la foto del guitarrista, un chaval, muy guapo, por cierto, con su melena y sus ojos verde botella. La copiamos en el ordenador y se la mandamos a Encarni. Durante medio minuto, ni una sola palabra volvió a aparecer en la ventana del privado del chat. La tensión se mascaba en el ambiente. Podría ser que ella conociera ese grupo —algo prácticamente imposible— o que no se tragara que aquella era la foto de Casanova, lo cual sí que era más probable.

—Joder, tío, no se lo ha tragado, no se lo ha tragado, se va a enterar de que soy yo y va a ser peor el remedio que la enfermedad.

—No creo. Espera un poquito más.

Un «vaya, qué guapo...» apareció en el monitor y, seguidamente, un «mándame tú una a mí, ¿no? Así estaremos en igualdad de condiciones».

—Eso, tú pídele a ella igual que ella ha hecho contigo. A ver de dónde saca ahora una foto de una chica de dieciocho.

A los pocos segundos, una fotografía de Encarni en bañador, en la playa, con sus amigas, llegó hasta el ordenador de Ángel. La verdad, no tendría dieciocho, pero los aparentaba estupendamente.

—Por Dios, yo podría esperarme el tiempo necesario hasta que fuera mayor de edad, jajaja.

—Anda, que tú no eres mamón ni nada. ¿Y ahora, qué?

—Ahora corta, queda con ella para otro día en el chat y espera un tiempo a que termine de caer en el anzuelo. Luego, quedas con ella un día en algún sitio, apareces tú y te ríes de ella en su cara. Ojo por ojo.

—Muy fuerte lo tuyo, Juan. Espero que nunca te enfades conmigo, porque ese día me cago por las patas abajo.

—Haces bien, chaval, haces bien en tenerme miedo.

«Lo siento, pero he de dejarte. Podríamos quedar mañana aquí, a la misma hora, si no te importa».

«Claro que no, me parece estupendo».

«Entonces, *ciao* y besos».

«*Ciao*, Casanova».

—Ole, ole, ole.

Se había levantado de la silla y daba vueltas por el cuarto, como si acabara de marcar el gol definitivo de la final de la Champions en el último minuto; sólo le faltaba levantarse la camiseta y cubrirse la cara con ella.

—Ya vale, ya vale.

Mi vecino apagó el ordenador y tuve que convencerle de que no era buena idea que me levantara a hombros dentro del cuarto porque ni el gimnasio le había dado tan buenos resultados ni la altura de la habitación se prestaba para semejante ejercicio. Así que allí le dejé, dando vueltas, preparando el segundo episodio de La Venganza de los Canijos. Yo tenía también muchas cosas que preparar, quizás demasiadas, y ninguna de mi gusto.

Un trabajillo, un registro
y un susto de muerte

Por si no había suficientes sorpresas en el día, cuando volví a casa, la Chacha Carterista me avisó de que Jaime Calahorra me había llamado por teléfono.

—¿No me jodas? ¿Que Jaime me ha llamado aquí? Qué raro... Será que va a pasar de hacer la obra o algo así porque si no, no sé que podrá ser.

«Bueno —pensé— también podría ser...».

—Espero que no sea por...

De nuevo aparecieron en mi mente imágenes escabrosas de guardias civiles, padres enfadados y veinteañeras furiosas y despechadas.

—No creo que sea por eso; la voz le sonaba como agobiado, vamos, como si tuviera a un negro en pelotas pegado al culo.

—Pues ni idea...

—Joder, coge el teléfono y llámalo... Por dios, qué hombre...

Y se dio media vuelta, con el paño de cocina echado sobre el hombro. Qué cosas, cada día me recordaba más a mi madre.

Me acerqué al teléfono del salón y lo descolgué. Evidentemente, no me sabía el número de la academia, y como era normal, no lo tenía apuntado en la agenda que yacía junto al teléfono; es más, no había ningún número anotado en la agenda. Así que, después de rebuscar entre los bolsillos, los papeles de la mesa y las revistas, encontré una tarjeta de Jaime que servía de separador entre dos páginas de un libro de Cálculo... A saber desde cuándo estaba eso ahí.

—Academia La Milagrosa, ¿dígame?

—Hola, Jaime, soy Juan Cacho. Me han dado el recado de que me has llamado..., ¿qué pasa?

—Hombre, Juan... Pues verás, no ocurre nada, era simplemente para saber si conoces a alguien que sea un buen albañil... Es que llevo toda la mañana buscando y no encuentro nada decente y de confianza.

Me imaginaba la búsqueda de Jaime, llamando a todos los albañiles de las Páginas Amarillas, buscando uno que le arreglara los dos cuartos de baño por poco más que un men-drugo de pan y un par de tragos de agua.

—Un albañil, un albañil... Pues ahora mismo no caigo... —Mientras hablaba, Vicente entraba y salía de la habitación; joder, no paraba, siempre encontraba algo que limpiar, y si no lo había, creo que lo ensuciaba aposta para no quedarse sin hacer nada. A veces, era un poquito agobiante; quizá no sería mala idea buscarle otras tareas—. Un momento, quiero recordar que tengo por aquí el teléfono de uno que una vez hizo unos arreglos en casa de mi madre.

—Ese mismo me puede valer, hombre, siempre que no me pida una pasta...

Vicente, con ese sexto sentido que tienen los pequeños delincuentes, se quedó plantado delante de mí, mirándome desconfiado con los ojos entornados. Una idea luminosa acababa de cruzar mi cerebro de lado a lado, pero seguro que el resplandor le llegó a Vicente porque empezó a negar con la cabeza, las manos y hasta con el paño de cocina. Y empecé a mentir...

—Sí, efectivamente, aquí tengo el número de teléfono; me pongo en contacto con él y le digo que te llame.

—Genial, Juan, genial... Pero será de confianza, ¿no?

—De total confianza... Vamos, yo le dejaría vivir en mi casa y todo...

Ahora Vicente no negaba, sencillamente intentaba quitarme el teléfono, ahorcarme con el cable o colgarlo, por lo que, seguramente, se escucharían una serie de forcejeos, empujones y maldiciones entre dientes.

—Oye, ¿qué pasa por ahí?

—No, nada. Ay, la tele que están echando... Ay, una peli de boxeadores... Jaime, que te tengo que dejar, *aug*. Le digo al albañil que, ay, te llame. Hasta luego...

Y dejé a Jaime con la palabra en la boca. Vicente, que por fin había obtenido el control del teléfono le había dado un manotazo para colgarlo y ahora el auricular hacía puenting desde el filo de la mesa, y en cada bajada tropezaba con el suelo.

—Pero bueno, ¿a ti qué leches te pasa? Tú te has vuelto majara, tío, de verdad. Contigo hicieron un experimento en la universidad y ahora están saliendo los efectos secundarios, joder...

El Dedos tenía un cabreo de los que hacen historia, y total, por intentar buscarle un trabajillo de nada...

—Coño, Vicente, si es una idea de puta madre.

—¿Una idea de puta madre? —Me miraba con los ojos encendidos, y temía que intentara meterme el paño de cocina por la boca sin una mijita de agua para ayudarme a tragar—. Pues si es tan de puta madre, ¿por qué no vas tú a arreglarle los cuartos de baño al mierda ese?

—Joder, porque no tengo ni puta idea de albañilería...

—Ni yo, me cago en toda mi casta.

—Ya, pero mira, a ti no te conoce, y no es tanto lo que tiene que hacer allí: echar una pared abajo, volverla a levantar, alicatarla, una manilla de pintura y listo. Además, tú estuviste un tiempecillo trabajando en algo de esto, ¿no?

—No, tío, que una vez me estuve trabajando a la mujer de un albañil, que es distinto, que no te enteras de nada. Y lo peor de todo es que querrá que se lo haga por cuatro perras chicas.

Vaya, parecía que iba tragando; si ya estaba pensando en lo que iba a cobrar, es que se estaba plateando el anudarse el pañuelo en la cabeza y pasarse un par de días removiendo la mezcla con el palustre.

—Venga, hombre, no seas así...; además nos va a venir de puta madre el dinerillo de la obra, y también te conviene airearte, que estás siempre metido aquí en la casa, que nada más que sales para ir a la compra.

No es por nada, pero cualquiera que me escuchara se creería que Vicente y yo éramos un matrimonio.

—No sé, tío, déjame pensarlo.

Lo tenía en el bote, estaba claro.

—Vale, medítalo, consulta con la almohada y mañana te decides.

Y en esas nos quedamos. El resto de la noche, Vicente seguía con su ir y venir, pero casi no hablaba; tan sólo unas pequeñas frases y unos leves movimientos de cabeza. Si me hubiera dejado acercar el oído a su cabeza habría podido oír el disco duro de su cerebro trabajando a pleno rendimiento.

A la mañana siguiente se levantó temprano, y me dijo que bueno, que por probar no se perdía nada, que se acercaría a la academia a ver qué propuesta le hacían y si le convenía, le venía bien y no era para mucho, pues que ya veríamos. En el fondo, los dos sabíamos que aceptaría, lo que pasa es que le daba todas esas vueltas para demostrarme que seguía teniendo su propio criterio y que no por vivir en mi casa tenía que plegarse a lo que yo le dijera; en realidad, no era eso ni nada parecido. Tan sólo quería que se diera cuenta de que podía ganarse la vida de una manera honrada sin tener que dormir con un ojo abierto temiendo que, en cualquier momento, un policía le diera una patada a su puerta y se lo llevara del brazo al calabozo. Quería que rehiciera su vida, que tomara otro camino, y si yo podía servirle de ayuda, pues magnífico.

Cuando salía Vicente por la puerta, Nieves estaba ya en el umbral, vestida con sus vaqueros gastados y su camiseta blanca; vamos, como si fuera a comprar el pan y una botella de leche.

—¿Qué? ¿Estamos preparados?

—Pues no, no lo estoy... Uno nunca está preparado para esto.

—Jeje, qué gracioso. Anda, termínate el café y vámonos para el portal, que Doña María del Pilar está pasándole el plumero a los buzones, y a Odón hace un ratito que lo oí irse.

Bajamos hasta el portal, pero Nieves se quedó escondida en el descansillo entre la planta baja y la primera, pendiente del momento en que la portera se girara y le diera la espalda. Por la disposición de la entrada al bloque no había mucho lugar donde ocultarse, a no ser que uno estuviera lo suficientemente delgado como para ocultarse tras las ramas de un tronco del Brasil venido a menos. Si uno bajaba por la escalera, a su mano derecha quedaban los buzones y la puerta del ascensor, y a la izquierda el mostrador. Tras éste, la puerta de la habitación de los contadores de la luz, donde la portera guardaba las llaves, los cubos, las fregonas y algún cadáver de repartidor de propaganda. No era muy habitual que la portera tuviera copias de las llaves de las casas de los vecinos, pero muchos eran alquilados y los que no lo eran, como en el caso de Odón, se las dejaban por si era necesario en algún momento, no sé, para el del butano, o el chico del supermercado, o por si se perdían.

—Buenos días, doña María.

—Buenas, don Juan.

—¿Qué? ¿Cómo llevamos la mañana?

Me estaba costando horrores darle conversación a mi portera; en realidad, me acojonaba verla en cualquier circunstancia, pero con el plumero en la mano el acojonamiento se convertía en pavor.

—Pues hijo, aquí, quitando el polvo al mostrador.

Desde su posición, no veía la bajada de las escaleras, pero no había ninguna posibilidad de que Nieves pudiera pasar delante de sus narices y entrar en el cuartillo. Tenía que inventar algo para que le diera la espalda al mostrador; así que me acerqué a los buzones, como si fuera a sacar el correo.

—Oh —dije al girarme—, ¿sabe usted que el sol, al entrar por la puerta, hace que su pelo brille de una forma especial?

—¿Sí? Pues ya ve usted, hijo, que casi no me lo cuido —me respondió mientras se recolocaba la redecilla y los rulos de colores.

—Venga aquí, acérquese un poco más hacia aquí, que quiero verla bien.

—Me ruboriza usted, don Juan... Quite, quite que me voy a poner colorada.

Y lentamente avanzó unos pasos, imitando la forma de andar de las modelos de pasarela, aunque se acercaba más a las orcas de los acuarios al hacer sus numeritos.

—Sí, sí, sí, realmente la luz de la mañana realza sus encantos naturales —ay, qué doloroso estaba resultando todo esto—. No me explico cómo no le ha salido ningún pretendiente en todo este tiempo.

Mientras yo mentía como un bellaco, Nieves aprovechaba para bajar el último tramo de escaleras y pasar por detrás del mostrador. Lentamente, empujó la puerta que daba acceso al cuartillo; gracias a Dios y al aceite lubricante la puerta no sonó al girar, de manera que Nieves sólo tuvo que alargar la mano hasta alcanzar las llaves de la casa del contable.

—Ay, hijo, es usted un adulator de cuidado.

Justo cuando Nieves iba a salir del cuartillo de contadores, doña María del Pilar se daba la vuelta; menos mal que mi vecina andaba bien de reflejos, y reaccionó a tiempo de esconderse tras el mostrador.

—Ejem, esto... ¿Adónde va?

Si seguía andando, no tardaría en verla escondida, medio tirada en el suelo, y no creo que se tragara que estaba buscando las lentillas allá abajo —es que se me cayeron en mi casa, y se ve que han ido rebotando hasta aquí...

—Pero, hombre, adónde voy a ir... A seguir trabajando, que no tiene una toda la mañana para estar de tonto.

Estaba a un metro escaso del mostrador; si se seguía acercando, pronto vería la coleta de Nieves recogida con un elástico azul eléctrico.

—Hala, qué pedazo de telaraña. Por Dios, qué grande...

Con el rabillo del ojo seguía los movimientos de doña María, mientras que señalaba la esquina del techo más cercana al ascensor.

—¿Dónde? Ay, con el asco que me da, dígame donde está que la destrozo a escobonazos.

Al volverse hacia donde yo estaba, le dejó el campo libre a Nieves, que aprovechó el momento para salir de su escondite y subir las escaleras hasta la primera planta de dos en dos.

—Ah, pues no era una telaraña... Se ve que esta mañana no me he lavado muy bien la cara. Bueno, ha sido un placer; no la entretengo más. Anda, tengo que volver a casa, que se me ha olvidado... Bueno, algo se me ha olvidado. Hasta luego. Ay, qué cabeza tengo...

Y allí la dejó, moviendo la cabeza de izquierda a derecha, ahora mirándome subir las escaleras, ahora buscando la telaraña en la esquina escobón en mano. En la primera planta me esperaba Nieves; se tapaba la boca para intentar retener un incontenible ataque de risa. Al verla me recordaba a los niños pequeños en la escuela, que se tapan la boca cuando hacen una travesura y saben que lo que han hecho está mal pero les encanta; y así era Nieves, una niña grande, con ganas de ser revoltosa.

Subimos por las escaleras hasta llegar a la puerta de Odón; allí nos quedamos plantados, como si fuera la entrada al infierno en lugar de una casa normal y corriente.

—¿Y ahora qué?

—Pues ahora habrá que entrar, digo yo; que no he cogido las llaves para pasearlas por el bloque, ¿no te parece?

Si había alguna posibilidad de que aquella locura parara en algún instante, ese era el momento.

—Nieves, ¿estás segura de lo que estamos haciendo? Es más, ¿estás segura de lo que vamos a hacer ahora? Porque nos la estamos jugando, guapita de cara.

Por dentro rezaba para que entrara en razón, comprendiera lo absurdo de todo aquello, bajara las escaleras y pusiera las llaves en su sitio. «Anda, sí, por favor».

—Mira, Juan, ya hemos llegado hasta aquí y ahora no vamos a volvernos atrás. Pero si te parece, puedes irte ahora mismo, que yo haré sola lo que tenga que hacer.

Un brillo de determinación realzaba sus ojos, clavados en los míos, llamándome cobarde sin abrir la boca.

—Joder, tenía que haberle hecho caso a mi madre y mudarme al lado suyo en cuanto tuve la oportunidad...

Nieves sonrió, se acercó hasta mí y me dio un par de besos en las mejillas. La miré sorprendido, pero no pude hacer otra cosa que devolverle la sonrisa; me parecía ya demasiada caradura el devolverle los besos, así que me los quedé. Los dos.

—Tú te quedas aquí, vigilando por si vuelve, y yo entro y busco las cintas esas

Mientras hablaba, abría la puerta del piso, mirando por encima de mi hombro la subida de las escaleras.

—No, no, no, de eso nada, monada —mira por dónde, un par de besos me habían convertido en una maqueta de héroe—. Que yo sé mejor que tú dónde están escondidas las cintas, y...

—Me da igual; no será tan difícil encontrarlas. La casa no es tan grande, y sólo tiene un despacho; además, si vuelve, tú puedes entretenerlo de alguna manera, que tienes más roce con él; yo no sabría que decirle...

—¿Si vuelve? ¿Cómo que si vuelve? —El pánico se estaba convirtiendo en un transeúnte habitual de mi cabeza—. Pero eso no lo habíamos hablado. Si vuelve... ¿Pero para qué va a volver?

—Anda, no seas tonto. Siempre cabe la posibilidad de que vuelva por algo que se le haya olvidado, o yo qué sé. Pero para eso estás tú aquí, mi pequeño vigilante.

Y con un guiño como despedida entró en la casa de Odón Camuñas cerrando la puerta a sus espaldas.

«Mi pequeño vigilante». Anda, hay que joderse... Pues sí, en eso me convertí. En cuestión de segundos pasé de firme opositor a cómplice de registro ilegal, invasor de la propiedad privada y culpable de varios cientos de delitos más que desconocía y prefería seguir desconociendo.

Los minutos pasaban lentamente. No entendía por qué estaba tardando tanto, joder; si estaba muy claro: el despacho, la estantería, el libro de matemáticas financieras, las revistas y las cintas de video. Vamos, que no tenía pérdida.

—Buenas, señor Camuñas, ¿qué hace usted por aquí?

Un aliento frío me recorrió la espalda, desde el cogote hasta el lugar en que deja de ser espalda. La voz era la de la portera, y estaba claro que, u Odón había vuelto, o ella se había terminado de fumar algún porro a medio acabar que habían dejado en el escalón del portal la noche anterior. Aunque las voces provenían del portal nunca me sonaron tan cercanas como en ese momento.

—Hola, doña María. Pues nada, que últimamente no tengo la cabeza en lo que tengo que tenerla, y me he dejado una carpeta con documentos —pues no, la portera no se había fumado nada, vaya por Dios—. Así que me he tenido que volver del trabajo a recogerlos.

—Ay, si es que es normal; a cualquiera en su situación le pasaría lo mismo.

—Bueno, pues nada; a por ellos voy. Hasta ahora.

El ascensor despertó de su letargo y bajaba lentamente desde la quinta planta hasta el portal. A mí se me iban y venían los colores y la cabeza no paraba de darme vueltas, evaluando las posibilidades que tenía de frenar a Odón en la puerta de su casa e impedir que entrara en ella. Podía plantarme delante de él, tirarlo por las escaleras, y luego decirle que le había confundido con uno de los terroristas más buscados. O no dejar que abriera la puerta del ascensor, empujándola con todas mis fuerzas. También consideraba la posibilidad de empezar a gritar ¡Fuego! ¡Fuego! ¡Fuego! y tener la suerte de que a alguna vecina se le pegara el arroz. En estas elucubraciones estaba, cuando la puerta del ascensor se abrió dejando salir la triste y delgada figura del contable. Me miró sorprendido —normal— porque estaba plantado frente a su puerta, con una mano en la barbilla y la otra moviéndose nerviosamente en el aire, describiendo una trayectoria aleatoria.

—Hombre, Juan, qué sorpresa.

Si hacíamos una competición de sorpresas, yo ganaba de calle.

—Hola, ¿qué tal? Precisamente te estaba buscando a ti, fijate por dónde.

Sí señor, qué bien has estado ahí, Juan... La madre que te parió, si no lo buscabas a él, a ver qué leches hacías en la puerta de su casa.

—Ah, muy bien. Pero tendrá que ser en otro momento, porque ahora tengo mucha prisa...

—Uf, es que es muy importante.

Me planté entre él y la puerta; sólo me faltaba cogerlo de las solapas de la chaqueta y colgarlo del tubo fluorescente del pasillo.

—Oh, bueno, pero si no te importa, me lo cuentas mientras recojo a por lo que he venido —esquivó hábilmente mi marcaje y metió la llave en la cerradura que, como era normal, no estaba echada—. Anda, me la dejé esta mañana abierta... Si es que tengo la cabeza...

—Oh, ejem, son cosas que pasan, no te preocupes...

Le seguí por el pasillo, mirando hacia todos lados, buscando la cara de Nieves tras una silla, o un pie de Nieves bajo la cortina del salón, o lo que fuera; pero nada, ni rastro, y no sabía si eso era malo o bueno, porque Odón no sabía dónde estaba, pero yo tampoco, así que no tenía manera humana de saber a qué cuarto debía impedir de cualquier manera la entrada de mi vecino.

—¿Y qué es eso tan importante que tienes que preg...? —Por poco si lo mato de un susto, al volverse para hablarme y encontrarme pegado a su cogote—. Por Dios, por poco me da un infarto... ¿Te pasa algo? Tienes mala cara, y estás sudando como un pollo.

Y era verdad, notaba como la camisa se me pegaba al cuerpo, y un calor insoportable me asfixiaba; pero no, no era nada que tuviera que ver con virus, bacterias, bacilocos ni nada por el estilo. Tenía que ver con lo mal que lo estaba pasando. «Por favor, que se acabe ya, que se vaya a la oficina y todo se acabe...».

—¿Quieres un vaso de agua u otra cosa?

—No, no te preocupes; coge lo que te haga falta, que no quiero entretenerte.

«Eso, coge lo que sea, sal pitando y no vuelvas en, digamos, tres o cuatro meses».

—Bueno, como quieras, pero siéntate mientras que entro al despacho a coger los papeles, no te vaya a dar un mareo...

«Sí, hombre, aquel salón era el lugar menos indicado del globo para me diera un mareo».

Le seguí hasta la puerta del despacho con el miedo aumentando por momentos; seguro que Nieves estaba todavía allí, rebuscando tras los libros; delante, Odón se afanaba buscando una carpeta entre otras tantas amontonadas en ordenadas pilas sobre la mesa.

—Pues resulta que te quería decir que... Que... Que ya he resuelto el problema del prisionero.

Era lo único que se me había ocurrido —muy bien, Juan Cacho, estás que te sales del pellejo.

—¿Ah, sí? Vaya, pero no esperaba menos de ti... ¿Y cuál es la solución?

—Eh, oh, bueno... si no recuerdo mal la solución era...

En el reflejo de la ventana, detrás de mí, vi a Nieves gateando, pasando por delante de la puerta en dirección al salón, sonriendo; podía sentir cómo temblaban los botones de la camisa con cada latido del corazón, y la muy puñetera, encima, se lo estaba pasando del carajo. «Para matarla, oigan, para matarla, y con toda la razón del mundo».

—...Anda, pues no lo recuerdo... Menos mal que la tengo anotada arriba, en casa.

—Bueno, no importa, luego me lo... Vaya, aquí está la carpeta. Tengo que dejarte, que tengo mucho trabajo atrasado en la oficina.

—Sí, claro, por supuesto —como iba delante de él, taponándole la salida, decidí que no era el momento de andarse con carreras, así que, quedando como el más tonto de todo el barrio, desperdigué todas las monedas que tenía en el bolsillo por el suelo del pasillo—. Vaya, qué torpe soy...

Odón, detrás de mí, se estaba desesperando por momentos mientras yo, agachado y dándole el peor de mis perfiles, iba recogiendo una a una las monedillas de uno, dos y cinco céntimos que la chica del estanco me había dado de vuelta —se ve que estaba picada porque no la llamaba para quedar—. Él intentaba pasar pegado a alguna de las paredes del pasillo, pero yo no se lo podía permitir y hacía rodar las monedas o las empujaba hacia la pared en cuestión; lo escuchaba resoplar detrás de mí, impacientándose por segundos. Esperaba que Nieves se hubiera escondido en el salón o que hubiera salido de la casa, porque no podía retenerlo más; en cualquier momento se cansaría y reventaría la puntera de sus zapatos en mi escaso culo.

—Bueno, Juan, pues nada; luego nos vemos si quieres, pero es que...

No paraba de mirar el reloj de pulsera, angustiándose ante el imparable avance del segundero.

—Sí, no te preocupes —le contesté, mientras le echaba una última ojeada al salón por encima del hombro de Camuñas. Nada, ni rastro de Nieves; seguramente, ya estaba a buen recaudo en casa, descojonándose de la risa.

Odón cerró la puerta, y se despidió mientras bajaba por las escaleras; alguien del bloque se estaba dedicando a contarle su vida y milagros a la portera, pero eso sí, con la puerta del ascensor abierta. Me quedé plantado en mitad de las escaleras, sin saber si subir o bajar. ¿Dónde estaría Nieves?

¿Habría salido? ¿Estaba en su casa? ¿Adónde debía ir yo? En estas discusiones mentales estaba cuando una mano se apoyó en mi hombro, poniéndome al borde de la entrada en urgencias con una pastilla de nitroglicerina bajo la lengua y todo un equipo de reanimación esperándome con el desfibrilador en los brazos.

—Leches, Nieves, que me vas a matar de un susto, joder...

—Jejejeje, es que me escondí en el salón, detrás del sofá. He abierto sin hacer ruido, y no he podido resistir la tentación... Anda, vamos a casa, que nos toca sesión de video.

Unas cerezas, un peón y
una clave de acceso...

Nieves dejó sobre la mesa del salón tres cintas de video y una caja archivadora de cedés. Estaba realmente alucinada con lo que había visto tras los libros de la estantería.

—Juan, es increíble lo que tiene ese hombre ahí guardado; es mucho peor de lo que yo pensaba.

—Bueno, tampoco es malo, ¿no? Quiero decir que la pornografía no es mala; o sea, que es muy normal...

«Juan, te estás metiendo tú sólo en un embolado del que no sabes cómo salir», pensé.

—Jeje, vale, no me expliques nada... Pero es que a este hombre, tan formalito, y ella, tan recatada, no tenían pinta de... Es que no me pega que les gusten estos rollos; más bien al contrario.

—Ya, pero ya sabes que, de puertas para dentro, la gente no tiene por qué ser lo que aparenta ser. Pero dejémonos de historias y vamos al grano, que todo esto hay que devolverlo a su sitio.

—¿Por dónde empezamos, por los cedés o por las cintas de vídeo?

—Si tu hermano no está en el cuarto, por los cedés. Así podremos coger el ordenador antes de que vuelva... Mientras menos explicaciones le demos, y menos gente sepa lo que hemos hecho, mucho mejor, ¿no?

Entramos al cuarto de Ángel y comprobamos que ese pequeño demonio no estaba allí. Encendimos el ordenador y pusimos el primer cedé dentro del lector; contenía una larga lista de ficheros de vídeo, de distinto tamaño. Hicimos clic sobre el primero; en la pantalla apareció un pequeño cuarto de baño y, por el personal que lo usaba, no había ninguna duda de que era el de señoras. Uno tras otro, visionamos los vídeos, y en todos la tónica era la misma: chicas que entraban y hacían sus necesidades y eran grabadas desde una cámara que, por la perspectiva de la imagen, tendría que estar oculta en el techo. En el resto del cedé el contenido era el mismo, pero había algo que me llamaba la atención: aquel lugar me sonaba de algo, y mucho. Me era muy familiar, extraordinariamente familiar, pero no terminaba de ubicarlo; quizá fueran los servicios de algún bar de los que asiduamente visitaba, o a lo mejor esos vídeos los había visto antes... «Ejem, quiero decir... Bueno, eso, que no tengo por qué darle explicaciones a nadie, ¿quiénes se han creído que son?, hombre».

—¿Qué quiere decir todo esto, Juan? Es realmente repugnante; esas chicas no saben que las están grabando...

—No lo sé, Nieves, de verdad. Pero no tiene buena pinta.

—¿Y cómo han conseguido grabarlas? ¿Y para qué?

Estaba realmente escandalizada; no por lo que se veía, que tampoco era para tanto, sino por el hecho de que alguien pudiera excitarse viendo a chicas jovencitas haciendo sus necesidades mayores o menores.

—Bueno, según parece, alguien ha escondido la cámara en el techo y la ha dejado grabando. Luego se digitaliza, se pasa a cedé y ya está. Pero hay algo...

—¿El qué? No empieces con tus misterios que me sacas de mis casillas.

—Es que es como si ese sitio me sonara, como si yo hubiera estado allí..., pero no me hagas mucho caso, los servicios se parecen todos.

—¿Cómo? —Abrió los ojos como platos—. ¿Qué te suena el sitio? Haz memoria, hombre, haz memoria. Esto cada vez me huele peor, Juan. Y para más INRI cada vez estoy más convencida de que todo esto tiene que ver con la muerte de Remedios.

—No, mujer, no seas tan retorcida; además, no tiene por qué ser nada raro. Estos vídeos pueden encontrarse por ahí, sin mucha complicación.

—¿Y tú cómo sabes eso? Porque yo no sabía ni que existían, y menos dónde encontrarlos.

Joder con la preguntita. Juan, a ver cuándo aprendes a pensar antes de hablar.

—Oh, bueno, un amigo me dijo que... Vamos, que es fácil de encontrar porque... Vamos a ver las cintas de vídeo, ¿no?

—Hombres...

Se levantó de su silla y me lanzó una mirada de desdén que me impactó como un tortazo.

Guardamos los cedés en su archivador y volvimos al salón. Nieves cogió la primera cinta y la metió dentro del video. Al principio sólo se veía nieve en blanco y negro, pero al cabo de unos segundos apareció nuestro estimado y honorable vecino como su madre lo trajo al mundo cabalgado por

una muchacha de pelo largo, rubia y con una figura impresionante. A los dos se nos quedó la boca abierta. Con el mando a distancia, pasamos la cinta hacia delante, a cámara rápida. Verlo así tenía cierto efecto cómico pero, en el fondo, aquellas imágenes iban cayendo sobre nosotros dos como sacos de arena, hundiéndonos la moral. Aquel hombre se había pasado por la piedra a una buena cantidad de chicas, y en ningún momento aparecía Remedios del Valle. Estaba bastante claro que ella no era partícipe de aquellos festivales, a no ser que fuera la operaria de la cámara, pero no lo creía; la cámara no se movía en ningún momento, lo que me hacía pensar que estaba colocada en un trípode o apoyada en algún sitio estable.

No quería reconocerlo, pero cada vez creía más en la hipótesis de que la muerte de mi vecina tenía que ver algo con todo este asunto; aunque, cuando lo pensaba, no sabía cómo podía haberla matado delante de nuestras narices. Si lo había hecho, tenía que haberla envenenado, no había otra posibilidad; pero ¿cómo la había envenenado?, si todos habíamos bebido lo mismo —el famoso té— y además de la misma tetera. Los vasos los había colocado yo, así que si alguno contenía veneno impregnado en el cristal, Odón no tenía manera humana de saber qué vaso iba yo a darle a cada cual. En resumen, que no había salida alguna para este problema, si es que había problema. Si la muerte había sido natural, era mucha la coincidencia. Vamos, que me estaba empezando a doler la cabeza y todo.

La segunda cinta era idéntica a la primera —al menos en el guión y en uno de los personajes—, lo único que cambiaba era la protagonista femenina. Al igual que me pasaba con los vídeos de los cedés, había algo en las cintas que me sonaba bastante —aparte de la cara de mi vecino—, algo que había visto antes, y no me acordaba dónde.

—Oye —me dijo Nieves, sacándome de mis pensamientos—, ¿no hay algo que te suena?

—Sí, tengo la misma sensación. No sé, es algo raro...

—Por favor, apaga el vídeo; me estoy deprimiendo por momentos.

—Espera, vamos a ver qué hay en la última cinta.

—Joder, Juan, ¿qué va a haber? Pues lo mismo que en las demás, Dios, qué asco...

No le hice caso, y maldita la hora en que no se lo hice. Al principio, la tónica era la misma, pero más o menos a la mitad de la cinta me quedé boquiabierto. Nieves se dio cuenta, y me miraba sumamente preocupada.

—Juan, ¿qué pasa?

—Joder, joder, joder...

—Háblame que me estás asustando.

—A esa chica la conozco yo...

—¿Cómo?

No me salía la voz del cuerpo; ante mis ojos, una morena de ojos verdes, se desnudaba frente a Odón Camuñas. Al dejar caer la falda, quedaba al descubierto un pequeño tanga negro; en uno de los cachetes de un trasero duro como una piedra, dos pequeñas cerezas llamaban la atención del espectador. O era la mayor casualidad del mundo o aquella chica era Amparo.

Detrás de dos tazas de café, y después de devolver las cintas, los cedés y las llaves a sus respectivos lugares, le expliqué a Nieves todo lo sucedido con Amparo; mi atracción, sus juegos, y nuestro frustrado último encuentro bañeril. Nieves no hablaba, sólo asentía de vez en cuando con la cabeza; eran demasiadas cosas en tan poco espacio de tiempo para poder asimilarlas todas de golpe. Cuando terminé de contarle toda la historia, reaccionó.

—Pero, Juan, ¿no te das cuenta de que te estabas metiendo en un jaleo enorme? Si le sacas por lo menos doce o trece años.

—Ya lo sé...

—Y, además, es alumna tuya.

—Ya lo sé...

—Se podía haber montado un escándalo de categoría; bueno, aún puede montarse.

—Ya lo sé...

—Imagínate que se enteran los padres...

—Ya lo sé.

—...O el dueño de la academia.

—Ya lo sé.

—No me digas más «ya lo sé», que parece que te has quedado rayado.

—Si es que es la verdad, si todo eso ya lo sé; incluso lo sabía mientras pasaba, pero es que...

—¿Estabas enamorado? ¿Aún lo estás?

Me estaba sometiendo a un interrogatorio en toda regla.

—Eso sí que no lo sé... A veces creo que sí, que no era simplemente atracción física, sino que había algo más, al menos por mi parte.

—Ay, los hombres... En cuanto una chica se os pone incitante, caéis como tontos.

Ahí podía haberle dicho que se aplicara el parche, que a las mujeres les pasaba lo mismo, pero para qué buscar motivos de discusión.

—Yo que sé, Nieves... Es muy jodido para un hombre de mi edad, que sólo se come algo de higos a brevas, intentar mantener la cabeza fría cuando una jovencita le tira los tejos; y no me mires así, que me corto y paro de hablar —Nieves

bajó la vista, con una media sonrisa en los labios—. Es cierto, me estaba enamorando de ella, y no me preguntes por qué porque no tengo ni puñetera idea. Es más, el hecho de que haya desaparecido me asusta más por no volver a verla que por otras cuestiones.

—Te entiendo...

—No sé si me entiendes, Nieves, de verdad. Y encima ahora esto... Lo de la cinta... ¿Qué demonios significa? ¿Es que los maduritos le ponen o qué? Me siento utilizado, joder. No lo entiendo.

—Vamos, tranquilízate...

—Y cómo le digas a alguien, sobre todo a tu hermano, que me has visto u oído hablar así, te vas a enterar de quién es Juan Cacho.

Para rematar la amenaza, le apunté con el dedo y le disparé dos imaginarias balas a la sien, aderezadas con la sonrisilla patética marca de la casa.

—No, hombre, tranquilo... Y sé perfectamente de lo que me hablas; muchas veces, te gusta alguien y no se da cuenta por más que lo intentes —hoy, en el almanaque, debía poner Día Mundial de las Aperturas del Corazón—. Y te duele verlo todos los días, y ver que no se da cuenta de nada, y que va detrás de otras que no le llegan ni a la suela de los zapatos... Pero la vida es así de injusta, qué le vamos a hacer.

—Pero Nieves, si tú eres una mujer... Fantástica —y tanto que lo era. A pesar de que su cara reflejaba ahora tristeza y amargura, había en sus ojos un brillo que la hacía especialmente bella—. Eres guapa, muy trabajadora, inteligente... Cualquier hombre en su sano juicio se volvería loco por ti.

—Ya, claro, pero es que a mí, el que me gusta no está en su sano juicio... —El por qué las mujeres siempre hablan

como los oráculos de los cuentos, en un lenguaje críptico y oculto, siempre me ha desconcertado. A eso añadiremos cierto rubor en las mejillas de Nieves para terminar de despistarme—. Pero bueno, dejemos de hablar de mí, que eso ahora no es importante.

—Vale... Anda, ¿qué hora es? —Atención, atención: abran paso a Juan Cacho, que se dispone a huir, a poner pies en polvorosa, así que apártense de su camino o se verán arrollados—. Huy, qué tarde. Voy a pasarme por la academia, a ver qué tal le va a Vicente, ¿vale? Además, tú tendrás que hacer cosas en la casa, así que luego me paso y hablamos de lo de las cintas y tal, ¿de acuerdo?

Me levanté del sofá, casi de un brinco, y me dirigí a la puerta del piso. Nieves me miraba desde su asiento con una cara un tanto extraña, una mezcla entre divertida, sorprendida y algo triste.

—Bueno, Juan, ya sabes, cuando quieras, ¿ok?

—De acuerdo... Nos vemos.

Y terminé de huir cerrando la puerta a mis espaldas. He de reconocer que había salido por piernas, como el cobarde que era, pero es que aquella conversación estaba tomando unos derroteros que no me agradaban lo más mínimo. Había tenido un momento de debilidad y estaba abriendo mi corazón a Nieves, algo que no me ha gustado nunca hacer; y no porque fuera Nieves, es que, en general, el corazón me gusta tenerlo a buen recaudo. Al abrirlo, suelen salir los monstruos que tenías escondidos en un rincón, no olvidados, pero sí dormidos. Y esos monstruos, al ver entrar la luz por la puerta, se despiertan, empiezan a gruñir; les entra el hambre y vuelven a morder los barrotes de sus jaulas, pidiendo salir... Y eso duele, y mucho.

No me apetece lo más mínimo contarle a nadie mis penas, mis momentos de debilidad, mis pequeñas penurias; eso te pone en una posición en la que cualquier desaprensiva puede aprovecharse de ti, como ya me ha sucedido. Y ni una más, santo Tomás. Además, la cuestión se estaba tornando más peliaguda aún; por una parte, ella también estaba contándome cosas que no sabía si yo merecía oír, y por otro lado, a pesar de todo lo dicho anteriormente, me estaba resultando muy cómodo contarle mis penas a Nieves, y eso era lo que más me acojonaba de todo. No me suponía ningún esfuerzo sentarme con ella y confesarle mis sentimientos; más bien era fácil dejarse deslizar pendiente abajo; era como si supiera que podía tirarme sin peligro, que al final había una barrera que me protegería para no hacerme daño, que siempre habría alguien que me socorrería para no caerme por un barranco. Extrañas cosas las que me estaban sucediendo. Y aún faltaban más.

Por ejemplo, estaba la cuestión de Amparo. Lo que había visto en aquel vídeo había sacudido mis esquemas. Ya no sabía exactamente qué pensar. La primera impresión fue de incredulidad; pensé que podría tratarse de una coincidencia y que existiese en el mundo otra chica con los ojos verdes, que conocía a mi vecino y que, además, tenía el mismo tatuaje en el mismo maravilloso lugar; pero claro, para un matemático las coincidencias no existen, sólo las probabilidades. En este caso, era más probable que el agua de un charco saltara sola al interior de un vaso que existiera otra mujer con las características anteriores. Así que no me quedaba más remedio que aceptar la realidad de buen grado: Amparito no era más que una niña juguetona que se dedicaba a entretenerse con los hombres, haciendo y

deshaciendo a su antojo, divirtiéndose con sus sentimientos y sintiéndose fuerte al poder manejarlos a su gusto. Me sentía utilizado, tirado en un rincón como una muñeca de trapo que era la mejor del mundo el día de Reyes, pero que al mes se ve desplazada por la Barbie de los cojones.

Mientras pensaba y le daba vueltas a todo este caos dentro de mi cabeza, llegué a la academia.

La puerta y las escaleras que llegaban hasta ella estaban vacías; claro, con lo de la obra, Jaime había tenido que llamar a todos los alumnos para decirles que no había clases. Llamé a la puerta y luego a Jaime y, como no me llegó ninguna respuesta, entré. Seguí llamando a Jaime, pero continuaba sin obtener ningún «pase» o «adelante». Además, tampoco había rastro de Vicente, así que mi cabeza empezó a crear historias de asesinos en serie, psicópatas armados con hachas y demás lindezas de la mente humana. De pronto, un ruido dentro de un baño llamó mi atención. Todos los vellos de mi cuerpo se erizaron, incluso aquellos que creía que no tenían esa facultad. Pegué la espalda a la pared y empecé a caminar adosado a ella; me apretaba tanto que casi se me queda el pellejo allí pegado. Así, bien despacio, pasito a paso, llegué hasta la puerta del baño de señoras. Estaba entreabierta, y alguien estaba subido encima de la taza del váter, pero no podía ver su cara. Me armé de valor, dí un salto y...

—¡Quieto, seas quien seas! ¡Suelta eso ahí!

—Joder, cojones, qué susto... ¿Qué pretendes, matarme de un infarto y quedarte con la academia o qué?

Era Jaime Calahorra, que alargaba la mano hacia una de los halógenos, desenroscando el embellecedor para sacarlo de su ubicación —esas cosas que se hacen antes de meterle mano a una obra—. Una vez más —y ya iban un buen

montón—, me sentí como un tonto metido en el cuerpo de un imbécil; el director de la academia me echó una mirada entre sorprendida y cabreada —y era normal—, porque había estado a punto de resbalarse y dejarse el cogote pegado al filo del lavamanos.

—Oh, lo siento, de veras; es que oí ruidos y como te estaba llamando y no me contestabas, pensé que...

—Bueno, no pasa nada, pero la próxima ten más cuidado, que por poco me mato.

—Oye, ¿qué tal con el albañil que te mandé?

No hay nada como un buen golpe de timón, cuando la conversación no va por el camino que deseas.

—Ah, fantástico —me respondió mientras se bajaba de la taza del aseo—. Me ha dado un precio aceptable, y se ha marchado hace bien poco a comprar materiales. He tenido que darle algo por anticipado, claro; tú sabes cómo funciona esta gente...

—Sí, normal...

—...Pero me ha dicho que en unos pocos días estará todo solucionado, que no me preocupe.

Pues yo sí que me preocupaba; no estaba seguro si los materiales los iba a comprar en una ferretería, o esperaría a un descuido del guardia de una de las obras que se estaban haciendo por el barrio. Otra cuestión que me tenía un tanto intranquilo era el hecho de cómo haría la obra; quizá le había sometido a demasiada presión para que aceptara, y eso me estaba creando un poco de cargo de conciencia. Y sabiendo cómo es Vicente, seguro que lo había hecho sólo por quedar bien conmigo, aunque luego no tuviera ni puñetera idea de cómo acometer la reforma. Tenía que verlo antes de que fuera demasiado tarde y las cosas se complicaran más de lo que ya lo estaban.

De todas formas, había algo en la actitud de Jaime que no me terminaba de cuadrar. Bueno, Juan —pensé— no te comas más la cabeza, que vaya día que llevas de ver cosas que te suenan, actitudes raras y demás tonterías. Relájate, hombre que, la mayoría de las veces, es sólo lo que se ve, y no hay que estar buscando motivaciones ocultas a todo. Por Dios, ¿me estaba volviendo un paranoico, como Manolo el Revueltas?

Mi amigo Manolo, compañero de clase de la facultad, tuvo que dejar la carrera en quinto curso para ser ingresado en un centro psiquiátrico y, la verdad, nos extrañó muchísimo a todo el mundo. Era todo un personaje. Divertido, charlatán, amigo de las juergas y de las minifaldas, y ningún aspecto de su comportamiento hacía prever lo que luego le pasaría. Solamente notamos que, a partir de mediados de curso, cada vez llegaba un poco más tarde; poco a poco, hasta que dejó de venir. Cuando quisimos enterarnos, ya llevaba un mes internado, y sólo al cabo de los años logramos enterarnos de lo que le pasó. Manolo, cuando salía de casa, le daba una vuelta a las ventanas, para ver si estaban cerradas, al butano, para ver si estaba apagado, a la puerta de la terraza, a la puerta del piso, a los grifos, por si alguno se había quedado goteando... Hasta ahí normal; pero claro, a veces, volvía a mirar las ventanas, por si se le había escapado alguna, o revisaba de nuevo el butano, porque a lo mejor no lo había mirado bien, o volvía a abrir y cerrar la puerta del piso, no fuera a ser que sólo tuviera la impresión de que la había cerrado antes. Con el tiempo, la cuestión se fue agravando; cuando llegaba al portal, tenía que volver a subir a revisar algo, porque no se acordaba si lo había hecho antes, o aunque lo recordara, no estaba seguro de si ese recuerdo era de ese día o de alguna revisión de la revisión del día anterior.

A veces, ya se había subido al coche, y a mitad del camino se paraba empapado en sudor frío, intentando recordar si había revisado o no el butano, a pesar de que se había duchado la noche anterior y lo había mirado unas veinticinco veces. Fue empeorando cada vez más, llegando hasta el punto de estar siempre en el camino, volviéndose y volviendo a volverse una y otra vez, revisando y volviendo a revisar, entrando en un bucle del que no era capaz de salir. Pasó un par de años en una residencia, curándose de su paranoia; cuando salió, encontró trabajo en un centro comercial, revisando y controlando que todas las puertas quedaran bien cerradas y que no quedara nadie en los servicios...

¿Y si a mí me estaba sucediendo lo mismo? ¿Y si por culpa de Nieves, Vicente y sus sospechas me estaban volviendo un paranoico, viendo fantasmas por todos lados, desconfiando de todo el mundo, dándole la vuelta a cualquier tipo de actitud, guiño o cojera, para encontrarle un sentido oculto a todo, un significado oscuro y escabroso? Tenía que meditar mucho sobre eso, no quería terminar mis días sentado en un banco del parque, contándole a todo aquel que tuviera el valor de sentarse a mi lado que tuviera cuidado con el vendedor del kiosco, que impregnaba los periódicos deportivos madrileños con una sustancia laxante que provocaba interminables sesiones de cuarto de baño a los aficionados merengues.

Cuando más seguro estaba de que terminaría así de mal, entró Vicente por la puerta de la academia —claro, no iba a entrar por una ventana; bueno, Vicente a lo mejor sí—. Llegaba con tres bolsas de plástico en cada mano, y con el Gollina detrás. Me quedé con las patas colgando; por si faltaba algo para ponerme de los nervios era que apareciera el Dedos con semejante perla.

—Buenas, aquí estamos otra vez.

—Eh, oh, hola, Vicente, veo que has venido con... —Casi no me salía la voz del cuerpo.

—Mi peón, ¿o es que no te acuerdas ya de él? Qué mala cabeza tiene este hombre, don Jaime; no sé cómo tiene valor de tenerlo aquí trabajando.

—Eso mismo pienso yo a veces, je, je, je.

Este Vicente es un mamón de categoría internacional, y se estaba tomando cumplida venganza, pero ya se enteraría cuando nos quedáramos solos.

—Pues nada, aquí venimos a empezar a echar la pared abajo. Esta tarde viene un camión con el cemento y el resto de los materiales, que no es cosa de traerlos al hombro... Es que tenemos la furgoneta estropeada en el taller y no vamos a dejar de ir este trabajo por una tontería como esa.

¿La furgoneta? Vaya morro, vaya caradura, y vaya con capacidad de inventiva del chaval.

—Bueno, eso es lo de menos. Ahora he de marcharme, así que, si me haces el favor, Juan, quédate con ellos una hora, que tengo que salir un ratito a resolver un asunto.

—Vale, no hay problema.

Mejor, así no tendría testigos cuando cogiera a Vicente y le machacara las ingles con el martillo que traía en una de las bolsas.

—Venga, nos vemos en un rato. Hasta ahora.

Tres pares de ojos siguieron a Jaime Calahorra en su salida de la academia, esperando el momento en que la puerta se cerrara a sus espaldas.

—¿Se puede saber que estás haciendo? —Me acerqué a Vicente, hasta casi pegar mi nariz a la suya.

—Pero bueno, ¿qué te pasa a ti ahora? ¿No te dije que no tenía ni puta idea de cómo cojones se hacía una obra? Pues me he buscado un ayudante.

—Muy buenas, maestro, que todavía no lo había saludado —el Gollina me saludó respetuosamente, como cada vez que me veía por el Dos Tercios del Quinto.

—Joder, ¿y éste tiene idea de albañilería, desde cuándo? ¿Qué, lo aprendió en la cárcel o qué?

—Coño, maestro, que uno no siempre ha tenido tan mala vida como ahora —estaba ofendido, y para corroborarlo, me enseñó las manos llenas de callos—. Que uno era un currante apañado, lo que pasa es que la vida da muchas vueltas...

—Leches, Juan, no seas así, confía en nosotros y, sobre todo, confía en mí, y si no no haberme metido en este embolado, que todo esto fue idea tuya, no lo vayas a olvidar.

Vale, lo reconozco, ahí Vicente tenía más razón que un santo. Estaba pillado y no tenía otro remedio que callarme, aguantar el tirón y esperar a que no pasara nada más. Si todo terminaba bien, me veía poniéndole cientos y cientos de cirios a la virgen del Carmen, por su auxilio.

—Mira, el Gollina era un albañil de categoría, lo que pasa es que se gastaba todo el dinero en chocolate, y así se quedó...

—Coño, Dedos, que no me he quedado de ninguna manera...

—... Pero aún recuerda bien el tema, y se defiende de puta madre con el palustre. Así que en realidad, él hará de oficial, y yo de peón. ¿Vale o no vale?

—Vale, vale —nada, otra derrota más en el día, y ya iban...—. Pues eso, poneos manos a la obra, que yo me quedaré esperando aquí a que vuelva el jefe. Estaré sentado en el despacho; si necesitáis algo, silbadme.

—De acuerdo, maestro.

—Sí..., no estaría mal que nos trajeras unos litritos de cerveza... Es que esto de trabajar con la garganta seca.

Vicente ya se estaba colando un poquito, y lo que le faltaba era lo de las cervecitas.

—Hombre, claro, ¿y no te apetecen unas tapitas para ir abriendo boca? La madre que os parió...

Me fui al despacho mientras los dos se descojonaban a mis espaldas. Me senté y al cabo de unos minutos el aburrimiento fue ganando posiciones en mi interior. Para combatirlo, empecé a inspeccionar visualmente mis alrededores: el archivador metálico a mi derecha, la ventana que daba al pasillo frente a mí, más archivadores a la izquierda de la mesa, y la mesa propiamente dicha. Vamos, lo normal de un despacho. El escritorio era grande y tenía en su parte inferior una enorme cajonera; al ir tirando de los cajones, uno tras otro, me los iba encontrando cerrados con llave, normal si pensamos que había dejado allí solos a dos albañiles a los que no conocía de nada, más normal aún si se conocía medianamente a Jaime, que no se fiaba ni de su madre. Pero, sorpresa, el último cajón estaba abierto. Durante unos segundos pensé: «Quieto, Juan, que mira lo que pasó en casa de Odón Camuñas por mirar detrás de unos libros. Imagínate lo que te puedes encontrar aquí, en un cajón... Pero, bueno, ¿otra vez estamos con las paranoias? Si lo más probable es que sólo haya carpetas, grapas, y cosas de esas...».

Así que, para convencerme a mí mismo de que todo era de lo más normal, abrí el cajón. Evidentemente, todo su contenido era el habitual: lápices, bolígrafos, subrayadores, una caja de cedés, un paquete de folios, una grapadora... ¿Una caja de cedés? Ay por Dios, ya estábamos otra vez, y para

colmo de males, el ordenador delante de mí parecía hablarme al oído: «Juan, Juanillo, ¿no quieres saber lo que tienen dentro? ¿A que sí? Venga, enciéndeme y míralos. Ánimo, no te cortes ni tengas miedo; si no hace ni diez minutos que se ha ido, y dijo que tardaría una hora... Eso es, dale al botoncito, así me gusta...».

Un irrefrenable impulso guió mi mano hasta el ordenador, lo encendió y metió el primer CD en la unidad lectora. Nada, vamos, nada raro: documentos de la academia, apuntes para los alumnos, archivos con los gastos y los ingresos. Joder, qué pasta se lleva todos los meses limpiita para la casa; no sé, quizás demasiada pasta... Uno tras otro, fui mirando los cedés de la caja sin encontrar nada que pudiera llamar mi atención; en el último también todo era normal, excepto por un pequeño archivo de texto, con un nombre tan corto como evocador: XXX.txt. Cualquiera navegante de internet conoce el significado de esas tres letras, tres simples signos que evocan mundos de carne y pecado; vamos, que eso olía a porno desde tres kilómetros. A mí no es que esos temas me gusten demasiado; o sea, lo normal; quiero decir que no es que me desagraden ni dejen de agradarme... Bueno, a lo que íbamos. No podía pasar la oportunidad de abrir ese archivo y ver lo que contenía. Pues bien, al hacer clic sobre el nombre del archivo, una pequeña ventana se abrió en la pantalla, en la que podía leer INTRODUCIR LA CLAVE DE ACCESO.

Vaya, vaya, todo se ponía más interesante aún; si aquello era un archivo con un nombre tan atrayente, el hecho de que estuviera protegido por una clave multiplicaba su interés por mil. Me asomé al pasillo y miré a la derecha y a la izquierda, como si fuera a cruzar una autopista. La cuadrilla

de albañiles se afanaba en repartirse el trabajo y las herramientas, y aún no habían dado un solo golpe; por el otro lado, la puerta seguía cerrada a cal y canto y no se veía ni rastro de Jaime Calahorra. Así que volví al escritorio y me quedé mirando aquella ventanita parpadeante. Otro acertijo más, pero éste aún más complicado porque no teníamos ni enunciado, ni pistas, ni nada de nada.

Empecé probando lo obvio, es decir, metiendo el nombre del director, su apellido, el nombre de la academia... Nada. La única respuesta que obtenía era siempre la misma: CLAVE INCORRECTA. VUELVA A INTRODUCIR LA CLAVE DE ACCESO. Ya sabía yo que Jaime no era tan tonto como para que la clave fuera así de sencilla. Después de estos intentos fallidos, pasé a la siguiente fase: buscar un papelito, nota o algo parecido en el que viniera escrita la clave de acceso al fichero de marras. Rebusqué en el cajón, en las papeleras, leí sus anotaciones en los folios y en los cuadernos, pero nada, no obtuve ningún resultado.

Aquello no tenía salida alguna; quizá la clave estuviera guardada en alguno de los cajones cerrados, quizá fuera el nombre de su actriz porno favorita, yo que sé. La cantidad de posibilidades era enorme. No infinita, pero sí lo suficientemente grande como para aburrir a cualquiera. Pero Juan Cacho no era cualquiera. Recordaba mis tiempos de estudiante y las ocasiones en las que se me atragantaba un problema y no paraba de darme cabezazos contra su enunciado hasta que abría la última puerta y sacaba a la luz el tesoro que escondía, en forma de solución. Así que intenté meterme en la mente de Jaime Calahorra y pensar como lo haría él. Es un tipo simple que no se complica la vida, que vive al día, pesetero donde los haya... Además no tiene una

memoria prodigiosa, ni mucho menos, de manera que la clave debía ser como él: sencilla, fácil de recordar, tan simple que el recordarla fuera cuestión de un parpadeo. Un parpadeo. No hay nada como la asociación de ideas para resolver problemas, y este era uno, y de los gordos. Parpadeo. Recordar con un parpadeo. Mientras pensaba eso, miraba fijamente la pantalla, a la puñetera ventanita, parpadeando frente a mí, INTRODUCZA LA CLAVE DE ACCESO, INTRODUCZA LA CLAVE DE ACCESO, INTRODUCZA...

Joder, no podía ser tan simple. Lo tenía delante de mis ojos, durante todo el tiempo lo tuve y no había sido capaz de verlo. Siempre se ha dicho que cuando quieres esconder algo, lo ideal es no esconderlo sino dejarlo a la luz. Nadie lo buscará delante de sus narices, lo hará en los lugares más insospechados y recónditos. Y creía que esta vez pasaba lo mismo. Si era así, Jaime Calahorra era mucho más listo de lo que yo creía, pero muchísimo más.

Esta sería la última vez que lo intentaba; si no acertaba, apagaría el ordenador y olvidaría el asunto. Lentamente, acerqué mis manos al teclado y escribí LA CLAVE DE ACCESO. Durante unos segundos interminables la ventanita dejó de parpadear, como cada vez que comprobaba si esa era la clave correcta. Pero esta vez el resultado fue distinto; ahora, la ventanita ocupó la totalidad de la pantalla, saludándome con un cordial HOLA JAIME y mostrando un listado con dos columnas. En la primera, se apilaban un buen montón de direcciones de páginas web, y en la segunda, una fila igual de larga con palabras sin sentido, algo que parecían claves de acceso o palabras en clave o yo que sé. Rápidamente, mandé imprimir ese listado para después

hablar con Ángel y que me ayudara a decirme que demonios podía significar todo eso. Cuando la pantalla volvía a recuperar su color negro, después de apagar el ordenador y devolver el CD a su sitio, la puerta de la academia se abrió, y la voz de Jaime Calahorra..., resonó por el pasillo.

—Ya he vuelto... ¿Cómo anda la cosa?

Joder, por los pelos, por los putos pelos. No, si al final terminaría con todo el pelo blanco, como si lo viera. Bueno, dicen que las canas son atractivas.

Unas webs, una cámara
y un par de problemas

Joder, vaya día el de ayer. Entre lo de los vídeos, los cedés, Vicente y el Gollina, y el archivito de texto de Jaime Calahorra, el cúmulo de sorpresas había sobrepasado cualquier límite aceptable. Así que, después de almorzar, decidí echarme un ratito en la cama a reposar, además de intentar dejar de darle vueltas a la cabeza. Pero nada, no había manera; cada vez que cerraba los ojos veía el culo de Amparo y las cerezas, las chicas grabadas en el servicio, el archivo con las claves de Jaime, todo eso revuelto en una espiral de imágenes que me atormentaba y no me dejaba relajarme.

Además, estaba el tema de las sospechas de Nieves sobre la muerte de Remedios del Valle y su posible conexión con el material que encontramos en casa de Odón Camuñas. Para colmo, también parecía que Amparo tenía que ver algo en el tema puesto que aparecía en uno de los vídeos. Mierda, qué follón, qué auténtico follón... Todo parecía estar relacionado, pero no veía las conexiones; estaba claro que existían vínculos entre todas estas cuestiones, pero no veía cuáles eran. Me recordaba esos malditos cuadros llenos de manchas de colores en los que, por mucho que los mirara

desenfocando la vista, no conseguía ver la puñetera imagen en tres dimensiones que todo el mundo veía a los quince segundos. Y mira que lo he intentado veces, pero nada, absolutamente nada. Lo único que conseguía era un dolor de cabeza de campeonato y sequedad en los ojos. Pues así me sentía; despistado, deambulando por calles trazadas al azar, sin encontrar un patrón que le diera algo de sentido a aquel galimatías.

Total, que por mucho que me tumbara, me tapara la cabeza con la almohada y pusiera la radio a tope, no había manera de relajarme, así que decidí bajar a casa de Nieves a hablar con Ángel y enseñarle mi descubrimiento. Cuando llegué, Nieves estaba echándose la siesta —vaya, ella sí podía— y el chaval estaba hablando por teléfono. Eso sí, con un pañuelo alrededor del móvil.

—...Sí, genial, de verdad... Me encantaría... —Con la mano que le quedaba libre, me hacía señas para que me sentara—. Bueno, pues si luego puedo, me conecto y charlamos otro ratito... Chaoooooo.

—¿Quién era, ligón de playa?

—Encarni, jejeje.

—¿Encarni? Venga ya, hablando por teléfono y todo... Un pequeño paso para el hombre, pero un gran paso para la humanidad... ¿Y eso?

Este chaval, a veces, me dejaba desconcertado, un día todo era negro, a la media hora el mundo era un puñetero rayo de luz.

—Pues nada, chateando con ella me dio su móvil y yo le di el mío; vamos, el de Casanova. Y ya está.

Encima modesto, como si eso lo hiciera todos los días.

—¿Y cómo van las cosas?

—Genial, Juan, de verdad... Creo que no podré esperar hasta el viernes para verla, joder, aún estamos a miércoles, y las cosas van de puta madre, tío... Se hincha de reír conmigo, me cuenta cosas suyas, de sus amigas. Se ha tragado el anzuelo enterito, y se va a llevar un chasco de los que hacen época...

—Vaya, vaya... Parece que al final tendré yo razón, y tendrás un pico de oro... Pues nada, tú a lo tuyo, que por lo menos se entere de con quién se ha jugado los cuartos...

—Je, eso intento... Bueno, ¿y tú qué haces por aquí, a ver a mi hermana?

—¿A ver a tu hermana? No, ¿por qué me preguntas eso?

—Ah, no, por nada, cosas mías...

—Venía a ver si me podías ayudar a saber qué demonios es esto y para qué sirve.

Le pasé la hoja impresa con las direcciones de las páginas webs y las palabras en clave apuntadas al lado de cada una.

—Vaya, vaya, vaya, ¿de dónde has sacado esto?

—Bueno, eso ahora no importa... ¿Qué es?

—Parece evidente que son las direcciones de unas páginas web y lo de al lado unas claves de acceso para las zonas de pago... Podemos comprobarlo.

Entramos a su dormitorio y rápidamente encendió su ordenador.

—Joder, macho, esto de tener las claves para poder ver todo el material de esas páginas gratis, es todo un chollo. ¿Me dejaras que le haga copia a la lista? Anda, dime que sí...

—Vale, te la regalo si me dices exactamente para qué sirven, y de qué van esas páginas web.

—Eso es sencillo de averiguar, no hay más que visitarlas. Ejem, pero, claro...

—¿Qué ocurre?

Sabía lo que me iba a decir, pero de vez en cuando es bueno hacerle que sufra.

—Pues que son páginas porno, y no quisiera que mi hermana se enterara...

—Tranquilo, soy una tumba... «Vamos, como si no supiéramos que visitaba esas páginas, y sobre todo, para qué. Pero, bueno, dejémoslo que viva en su ignorancia, jajajaja».

Eliigió la primera web de la lista. Al momento, un gran título en vivos colores nos anunciaba que nos encontrábamos en la más importante web de porno *amateur* del país.

—Porno *amateur*... Interesante...

—¿Me lo explicas? Porque eso del *amateur*, pues como que no lo pillo...

—Verás, son páginas a las que la peña manda sus propias fotos y vídeos, o fotos y videos sacados a personas normales y corrientes; nada de profesionales ni modelos...

—Ah, de acuerdo.

—Normalmente, estas páginas, como todas las porno, sólo te dejan ver una parte muy pequeña. Para verlo todo necesitas pagarles con una tarjeta de crédito...

—Ya...

—Pero si tenemos las claves, estamos entrando como si fuésemos otra persona, y a esa persona es a la que le cobrarán lo que estemos viendo nosotros... ¿De qué te ríes?

—Jejeje, no, de nada, cosas mías...

Lo que me hacía gracia era pensar que lo que ahora veíamos, se lo iban a cobrar a Jaime Calahorra. Al final iba a ser cierto que Dios existe y que es justo.

—Así que vamos a introducir esta clave que aparece al lado del nombre de la página, y así podremos acceder a todo...

Una pequeña ventana, como la que me salió en el ordenador de la academia, nos pedía una clave de acceso para entrar a disfrutar de los mejores contenidos *amateur* de la web. Ángel escribió el código correspondiente, y la pantalla cambió; ahora no aparecían fotos, ni pequeños anuncios ni nada parecido. Todo se volvió blanco, y sólo podíamos ver una enorme lista de carpetas amarillas.

—Oh, oh... Mejor salir de aquí...

Ángel parecía muy asustado, tanto que llevó el ratón al pequeño cuadrado que servía para cerrar la ventana del explorador.

—¿Qué pasa? ¿Por qué quieres cerrarla? Espérate, hombre, y cuéntame qué pasa, joder.

—Tío, esto no es la clave para poder ver todas las fotos y los vídeos... Esto es la clave del webmaster.

—¿La clave de qué?

Lo que faltaba, otro hablándome en arameo.

—Juan, el webmaster es el dueño de la página, el que lo controla todo. Bueno, en las empresas normales, el webmaster es alguien pagado por la empresa que se dedica a administrar la página y sus contenidos, pero en las pornos, en las pequeñas, claro, el webmaster suele ser el dueño de la página, así que es el que lo controla todo, el que pone las fotos y los vídeos...

—...Y el que se lleva la pasta por toda la gente que se conecta, ¿no?

—Exacto. Tío, ¿de dónde cojones has sacado esto?

Clic. Una nueva pieza acababa de caer sobre el tablero. Una pieza más de un enorme puzle que parecía enredarlo todo pero, por otro lado, daba algo de luz.

—¿Me estás diciendo, entonces, que el dueño de esta lista es el dueño de cada una de estas webs?

—Lo más probable es que sea que sí. Veamos las demás.

Una tras otra, fuimos visitando todas las webs del papelito de marras. Y todas, sin excepción, iban de lo mismo: fotos de chicas y chicos desnudos en sus casas, haciendo el amor, o simplemente desnudándose; todos gente normal y corriente, fotos tomadas en vestuarios, en probadores, en duchas de gimnasios... Joder, joder, joder, un momentito...

—Oye, ¿hay alguna página que tenga fotos de chicas en los lavabos?

—Coño, Juan, qué gustos tan raros tienes...

—No me seas gilipollas; anda, y míralo, es muy importante.

—Bueno, no te pongas así, que era una broma... Espera que las vemos y lo comprobamos en un segundo.

Al principio tardamos en encontrarla, pero al final, una de las webs del centro de la lista, www.tomadelfrascocarasco.com, contenía vídeos de chicas en servicios. Le dije a Ángel que introdujera la clave, y buscara en qué directorios se encontraban esos vídeos.

—Bueno, aquí tienes la lista de todos los vídeos de señoritas en cuartos de baño...; ¿podrías decirme que es lo que buscamos exactamente?

—Tengo un presentimiento...

Fuimos viendo los vídeos uno a uno, pero nada, no aparecía lo que yo esperaba. La corazonada se convirtió en humo y mis pensamientos tendrían que buscar otros caminos para hacerse realidad.

—¿Qué buscabas exactamente?

—Pues... Nada, cosas mías...

—De tuyas nada, chaval —con un rápido movimiento de la mano, apagó el monitor—. Desde el momento en que me has pedido ayuda en este asuntillo, también es cosa mía, así que ve desembuchando.

Mierda de niño. Pero llevaba razón, así que le hice un pequeño resumen de nuestra aventura de allanamiento de morada, robo, registro ilegal y demás cositas sin importancia. La cara de mi vecino estaba marcada por el estupor, como si no fuera capaz de creer que yo y su hermana —por Dios, mi hermana; si es una tontorrón— hubiéramos sido capaces de hacer lo que hicimos.

—Joder, qué fuerte, tío... Qué lástima. Podíais haberme llamado; me hubiera encantado. Yo, arrastrándome por el suelo, corriendo peligro, arriesgando mi vida...

—Mira, mira, James Bond, relájate, anda, que tienes muchos gorriones en la cabeza. Y como se entere tu hermana, u otra persona cualquiera del globo, de que lo sabes todo y de que yo te lo he contado, te corto las pelotas y se las llevo al Dudu para las albóndigas.

—Bueno, vale, tío, joder, qué borde... Tranquilo, que seré una tumba —sí, claro, y el agua no moja—. Entonces, estabas buscando los vídeos que viste en casa del vecino, a ver si habían salido de esta web, ¿no?

—Sí, pero no coincide ninguno.

—Bueno, puede haberlos sacado de cualquier parte; en las webs de los piratas puedes encontrar vídeos de estos a montones.

Justo después de acabar la frase, Ángel empezó a ruborizarse... Como dice el Teorema del Fallecimiento Oral, por la boca muere el pez.

—Ejem, ejem... Ya veo a qué dedicas tu tiempo libre. Anda que...

La puerta se abrió de golpe, y por el marco apareció la cara de Nieves, aún dormida.

—Oye, Juan, tu amigo Vicente te busca, y creo que desesperadamente.

Y para corroborarlo, al lado de la de Nieves apareció la menuda cabeza del Dedos. Tenía el color de la cera, y sudaba copiosamente, como si le estuvieran persiguiendo todos los números de la Guardia Civil.

—¿Qué te pasa que parece que has visto al demonio?

—¿Al demonio? Me cago en la leche que mamé. Si todo es por tu culpa... Claro; te hago caso, y me meto en unos follones...

—Un momentito, un momentito... ¿Me lo puedes contar despacito o no?

Vicente entró en el dormitorio y se sentó en el borde de la cama. Ángel lo miraba divertido, Nieves pensando en si no estaría un poco sucio para sentarse en la cama, y yo... Bueno, yo no sabía qué pensar, porque conocía a Vicente y sabía que no se ponía así de nervioso por cualquier tontería.

—Joder, joder qué follón...

—Juan, ¿no crees que mi hermano...? —Para darle más fuerza y sentido a la frase, Nieves señalaba la puerta con la barbilla, señalando el camino que debía seguir su hermano, camino al salón.

—Eh, quieta, hermanita, que yo también estoy metido en el ajo, y te conviene quedarte calladita, si no quieres que papá y mamá se enteren de nada.

Nieves se puso colorada al instante, y me echó una mirada de furia que me atravesó de parte a parte. Eso sólo podía significar una cosa: que mis días estaban contados y que ya me enteraría de lo que valía un peine en cuanto me pillara a solas.

—Ejem, bueno... A ver, ¿qué te ha pasado?

—Pues que la he cagado, macho, que la he cagado... Resulta que estábamos echando abajo la pared, para moverla del sitio, cuando el mamón del Gollina coge la escalera no sé para qué cojones, y le ha pegado un viaje a la escayola que no veas...

—Vaya por Dios... Pero bueno, no pasa nada, si eso tiene arreglo —intentaba quitarle hierro al asunto, a ver si así se tranquilizaba.

—No, si eso no es lo malo... Al romper la escayola se ha abierto un agujero en el techo y al mirarlo, fíjate lo que nos hemos encontrado.

Se metió una mano en el bolsillo y dejó encima de la cama un pequeño aparato. Así, a simple vista, parecía un ojo con sus venas saliendo de la parte de atrás, pero al observarlo más detenidamente, no tenía ni idea de lo que podía ser aquel chisme.

—¿Pero eso qué coño es? —Una vez más, yo hacía gala de mi sabiduría y elegancia al hablar.

—Leches, una webcam —Angelito, que estaba muy puesto en todos esos temas, fue el que identificó al pequeño Polifemo sin cuerpo.

—¿Una qué? Ay por Dios, que me llevan al talego otra vez...

—Una webcam es una cámara muy pequeña que se usa para poder hablar con alguien por el ordenador y verlo a la vez.

—Vale, muy bien, Ángel —interrumpí yo—, pero me puedes explicar qué demonios hace eso en el techo de un cuar...?

Me quedé clavado, con la frase a medio terminar, como si las letras se hubieran enganchado en un diente y no pudieran terminar de salir. Algunas piezas, no todas pero sí algunas, estaban cayendo en su sitio y ahora el puzle tenía más sentido. Ya podía ver uno el lago, las casas del fondo y

la barca. Sólo faltaba terminar el resto del pueblo y la cadena de montañas que llenaba el horizonte para terminarlo y colgarlo de una alcayata, con su marquito y todo.

—Juan, ¿qué pasa? —Nieves me zarandé, sacándome de mis pensamientos.

—Que acabo de recordar de qué me sonaban los vídeos que vimos en los cedés... Son los servicios de la academia.

—Me cago en la hostia puta, me cago en todo lo que se menea... No veas que follón... —Vicente se mesaba el pelo, echando hacia atrás su flequillo, como si eso pudiera aliviar la tensión.

—¿Quieres decir que esas chicas...?

—Sí, Nieves, esas chicas eran alumnas de la academia, y ese cabrón las ha filmado en los servicios; seguramente, alguno de los halógenos no tiene bombilla, y por ahí grababa la cámara. Claro, eso es, eso explica...

—¿El qué explica? —Nieves se estaba impacientando por momentos.

—Hoy, cuando llegué a la academia, vi a Jaime subido encima de una taza de váter, y me dijo que estaba quitando los halógenos para la obra. Pero creo que lo que estaba buscando era la cámara, para quitarla de en medio y, al llegar yo, pues se le fastidió el plan.

—Creo que voy a llamar a la policía.

Mi vecina se levantó de un salto, dispuesta a coger el teléfono y empezar a pedir auxilio a los cascos azules de la ONU.

—Quieta, Nievécitas, espérate un segundo. Vamos a pensar...

—¿Pensar? ¿Qué demonios hay que pensar? Ese cabrón está grabando a las chicas desnudas. ¿A qué vamos a esperar?

—Joder, Juan, es verdad.

—Vicente, hombre, piensa un poco... Llamamos a la poli, y le decimos: «Buenas, aquí hemos encontrado una cámara, pero también resulta que, al registrar en casa de un vecino, hemos encontrado unos cedés que...». ¿Lo entiendes?

—Ya, pero no vamos a dejar a ese tío que se salga con la suya, ¿no? —Ángel estaba tan asustado, que casi no le salía la voz del cuerpo.

—No, Ángel, descuida... Pero aquí quedan cabos sueltos por resolver, y no quiero que nadie se me escape.

—¿Qué quieres decir con eso de los cabos sueltos? —me respondió Nieves, un tanto más tranquila.

—Pues verás, hay determinados asuntos que aún no tengo claros, como por ejemplo los cedés de casa de Odón, los vídeos, y si la muerte de Remedios tiene algo que ver con esto. La relación entre Odón y Jaime... No sé, demasiadas cosas pendientes. Así que tú —dije señalando a Vicente— coge la cámara, ponla en su sitio y tapa el agujero. Antes, mira a ver si ves cables y cosas por el estilo, y hasta dónde llegan.

—A sus órdenes, mi cabo... Qué tío este Juan. Me encanta cuando se pone a dar órdenes.

—Y tú Angelillo, sigue mirándome esas webs, a ver si puedes corroborar que Jaime sea el dueño...

—De acuerdo, me pongo manos a la obra.

—¿Y yo? —Nieves estaba cruzada de brazos, plantada en medio del cuarto, esperando que le pusiera deberes.

—Tú... Tú... Vuelve a acostarte, que necesitas descansar, igual que yo. Necesito pensar, y mucho.

—Mierda de hombres... Nunca queréis que hagamos nada, no vaya a ser que estropeemos algo... —Y refunfunando, salió del cuarto, dando un portazo.

—Joder, qué temperamento tiene la chiquilla. Bueno, me voy corriendo para la academia, que tengo que devolver esta mierda a su sitio. Dentro de un rato nos vemos en la casa, Juan.

—Venga, Vicente, y no te entretengas. Y tú, Angelillo, ya sabes lo que te he dicho... Pero ten cuidado, ¿vale? No vayas a meter la pata...

—Tranquilo, tronco, que sé lo que me hago. Además, tengo un par de colegas que me pueden echar una mano si me hace falta.

—Vale, pues te dejo, que estoy molido y necesito descansar. Nos vemos.

Subí los escasos peldaños que me separaban de casa y me adentré en las profundas oscuridades del cuarto. Intentaba pegar ojo pero no hacía más que dar vueltas y vueltas, como si la cama fuera una coctelera y un gracioso estuviera preparando un litro de mojito conmigo y el colchón de ingredientes. Estaba reventado físicamente, pero la cabeza no paraba, así que no había manera de poder cerrar los ojos y relajarme; para colmo, el calor era asfixiante y las sábanas se me pegaban al cuerpo con el tacto de un lametón de vaca.

Y es que todas las cuestiones de los últimos días no hacían más que rebullirme dentro de la cabeza; y lo peor de todo era que, conociéndome, sabía que hasta que no diera en el clavo no pararía de darle vueltas.

Una noche, varios días antes de un examen de la carrera, no conseguía resolver un problema, así que me eché en la cama a descansar, esperando que al día siguiente me llegara la inspiración en forma de musa o de fotocopias de un compañero, pero no conseguía conciliar el sueño. A eso de las

cinco de la mañana se me abrieron los ojos como platos. Salté de la cama, encendí la luz de mi mesa y empecé a escribir como un loco, antes de que la solución que se me acababa de ocurrir se diluyera entre los vapores del sueño. Cuando terminé de garabatear seis folios empecé a dar saltos alrededor del cuarto dejándome llevar por la euforia. Aún hoy día, de vez en cuando, mi madre me pega unos cuantos cogotazos a resultas del susto que le di aquella noche. Así que, o me relajaba, o me veía hasta las tantas de la mañana girando sobre mí mismo. De pronto, recordé que, con las prisas del día, no me había tomado las vitaminas que me mandó el farmacéutico el día del desmayo, así que, descalzo y en calzoncillos, me fui hasta la cocina. Cogí un vaso, lo llené hasta la mitad de agua y saqué una de las ampollas de cristal de la caja. Rompí uno de los extremos y le di la vuelta, hasta colocarlo encima del vaso —si no se hace así, luego es muy complicado lamer las vitaminas directamente de la mesa—. Rompí el otro extremo y cayó el líquido color marrón dentro del vaso; colocaba un dedo sobre la abertura de la parte superior de la ampolla, parando el flujo del líquido, y lo quitaba, para volver a dejarlo caer. Parar, fluir, parar, fluir, parar, fluir, joder, parar, fluir, mierda... Mierda... Mierda...

Por primera vez en mi vida, después de desenfocar la vista, conseguía ver el maldito puzle de las manchas en tres dimensiones; y cuando lo veía, ya no había manera ni modo de ver otra cosa distinta, por más que lo intentara. Estaba tan claro, y era tan evidente, que te resultaba extraño y raro que hubieras tardado tanto tiempo en poder verlo. «Joder, si estaba ahí, delante de tus ojos. Juan, que no te fijas». Me levanté de la silla de la cocina de un salto, me puse lo primero que

encontré en el ropero y bajé hasta la casa de Odón Camuñas. Antes, hice un par de llamadas, por si las moscas, que uno no es un loco ni un inconsciente.

Pulsé el timbre de la puerta tres veces. Seguro que estaba acostado, lo que me permitiría pensar las cosas un poco más y no dejarme llevar por los impulsos, pero al tercer timbre, un sonido de zapatillas de paño arrastrándose me llegó a través de la puerta. Al abrirse, la imagen de Odón Camuñas en pijama me hizo pensar en dar media vuelta y decirle que me había equivocado de planta, para así poder corroborar mi fama de estúpido despistado; pero hay veces en la vida en las que uno debe enfrentarse a su destino y echarle un par de cojones a la cuestión.

—Hola, Juan, ¿pasa algo?

Mi vecino se rascaba la cabeza intentando emparejar los pocos pelos que le quedaban y así tener una pinta un poco más presentable.

—Buenas, Odón, pues que estaba en casa y me acordé de que tenía que darte la solución de aquel problema que me dijiste... «Bueno, como excusa no está nada mal; peor hubiera sido pedirle un poco de sal».

—Oh, bueno, no tenías que haberte molestado, podías haberlo hecho mañana.

En realidad, quería decir que no tenía que haber bajado a tocarle los cojones cuando ya estaba acostado, y muy posiblemente dormido, y que me podía introducir la solución en el cuerpo a modo de supositorio.

—Oh...

—Pero ya que estás aquí, pasa.

—Si te he molestado, perdona... —continué mientras entraba en su casa.

—No pasa nada; de todas maneras estaba leyendo en la cama, así que... —al menos tenía la prudencia de no decirme la verdad y hacer la situación más incómoda de lo que ya era.

—Bueno, pues verás... Si no recuerdo mal, teníamos dos puertas, una hacia la libertad y otra hacia el cadalso. En cada puerta, un vigilante; uno de ellos sincero y el otro mentiroso. Y con una sola pregunta tendríamos que averiguar cuál es la puerta que nos libra de la muerte. Es algo enrevesada, pero es sencillo comprobar que funciona. Es algo así como qué me respondería tu compañero si le preguntara cuál es la puerta que lleva a la libertad, y sea cual sea la respuesta, hay que coger la puerta contraria. No tenemos más que coger un papelito y ver todas las posibilidades y podremos comprobar que siempre funciona.

—Brillante, muy brillante... Debo felicitarte porque eres el primero que conozco que resuelve uno de esos problemas. Quizás deberías plantearte entrar en el Club de Mensa. Sonaba a que estaba admirado pero, por la expresión de sus ojos, no le había gustado absolutamente nada que yo hubiera encontrado la solución. Y eso era evidente, había encontrado a alguien que podía hacerle sombra, que tenía posibilidades de darle respuesta a sus retos y sus gilipolleces. Quizás ahora su lugar en el centro del universo estaba un poco más desplazado hacia la derecha.

—Bah, no tiene importancia, es sólo un problema. Los hay más complicados y difíciles de resolver.

«¿Podría meterlo en mi terreno, llevarlo hasta donde yo quería tenerlo?»

—¿Ah, sí? Pues esos son los que más me gustan a mí, los que son retos auténticos.

—Pues sí que los hay; es más, desde hace unos días tengo uno que no para de darme vueltas en la cabeza, y esta noche he conseguido resolverlo.

Cada vez estaba más intrigado y me miraba con ojos de lince, tras sus gafas de concha, esperando ansioso lo que pudiera decirle.

—Pues cuéntamelo, hombre, que me tienes en ascuas.

Sí, había picado el anzuelo, y ya sólo era cuestión de tirar del hilo. Ahora quedaba decidir si ser cuidadoso y taimado, o soltar la bomba de golpe.

—Verás, resulta que no entendía cómo se podía asesinar a alguien en medio de una reunión y quedar impune.

Toma ya. Cuerpo a tierra. La bomba estaba en el aire. La cara de mi vecino se petrificó, y la boca se le quedó congelada, a medio abrir o medio cerrar, en un rictus un tanto gracioso.

—¿Cómo? ¿Qué quieres decir?

—Lo que acabas de oír. Sé que lo hiciste, pero no sabía cómo, la verdad.

—Debes estar bromeando, Juan, en serio. Si es una broma, es de un pésimo gusto y...

—No, no, no es ninguna broma. Verás, fue muy hábil por tu parte prepararlo todo para la reunión de la comunidad. Allí estaríamos todos y seríamos testigos de un infarto, algo relativamente corriente, aunque ella no hubiera estado nunca enferma del corazón.

—Juan, por favor, esto es de locos —no apartaba sus ojos de mí, e intentaba convencerme de que todo era una locura inmensa—. Sé que estás pasando por un mal momento, por el trabajo y eso, pero de ahí a que me inculpes del asesinato de mi mujer...

—Porque, claro, tú la querías, o al menos eso fue al principio de casados. Pero luego te diste cuenta de que ella no te daba lo que necesitabas; tú pedías siempre más, nuevas sensaciones, más morbo, y ella no podía dártelo, por su educación o por lo que fuera...

—Para ya, por favor, me estás haciendo enfadar.

Él seguía sentado, mirándome estupefacto, y yo me levanté de la silla de la cocina y empecé a dar vueltas mientras hablaba.

—Así que, no sé cómo, entraste en contacto con Jaime Calahorra; sí, mi jefe, el dueño de la academia. Quizás os conocíais de jóvenes, o un día entraste en una de sus webs y reconociste a alguna de las chicas que salen en los videos, no lo sé —había parado de protestar y me seguía con la mirada por toda la cocina mientras yo giraba a su alrededor, desliando el hilo del ovillo—. Y te pusiste en contacto con él. Creo que le hacíais chantaje a las chicas, amenazándolas con poner sus videos en Internet si no se mostraban receptivas a determinados favores, favores que tenían que pagar contigo, o quizás con los dos.

—¿Y cómo has llegado a esa conclusión, si puede saberse?

—He visto los videos, Odón, los he visto todos... Incluido el de Amparo.

La boca de Odón se abrió de par en par y, de pronto, sonrió, como si comenzara a comprender determinadas cosas.

—Claro, eso es lo que hacías en la puerta de mi casa... Pero eso sólo prueba que le fui infiel a mi mujer, y de ahí al asesinato va un buen trecho, ¿no te parece? —Me miraba divertido, como si yo fuera dando palos de ciego, sin poder llegar a ningún destino—. Todo eso no es más que...

—Bueno, todo eso son cuestiones menores comparadas con el asesinato. En algún momento, quizás en un descuido, un día limpiando el despacho, no sé, Remedios descubre las cintas de vídeo, y las ve. Entonces te lo cuenta y quiere separarse o divorciarse, o contarle todo, no lo sé.

—Estás loco, realmente loco.

—O quizás ella sólo representaba un estorbo para tus planes y tenías que quitártela de en medio para poder seguir haciendo lo que más te gustaba —la mayoría de las cosas se me iban ocurriendo en el instante, pero todas tenían sentido—. Lo importante es que decides quitarla de en medio y hacerlo de una manera tan sibilina y retorcida que nadie pueda creer que lo hiciste tú. Qué mejor ocasión para quedar como un genio del crimen, que una reunión de la comunidad, con todos tus vecinos delante, y demostrarle al mundo que eres un cerebro privilegiado, que eres capaz de todo. Así que lo planeas todo cuidadosamente. Buscas algún tipo de droga o medicina que pueda provocar un infarto, o que al menos lo aparente y, sobre todo, que no deje señales.

—Juan...

—Lo que más me intrigaba era cómo demonios se la diste delante de todos; porque claro, cada uno cogió el vaso que le dio la gana, así que había que descartar que estuviera en el vaso, y también pensé que no podía estar en el té, porque todos bebimos de la misma tetera.

—¿Entonces?

Ya estaba realmente intrigado, y casi podía asegurar que quería oírlo todo para ver cómo había sido capaz de desenmascararlo.

—Entonces... Mi anemia y tus hobbies...

—¿Cómo?

—Verás, esta noche estaba echándome una ampolla de vitaminas y de pronto lo vi claro. ¿Me permites?

Me acerqué a uno de los muebles de la cocina y lo abrí. Ante mis ojos apareció la tetera, agazapada contra el fondo del mueble.

—Sí, claro. Ya que te has vuelto loco podemos seguir jugando... Si te parece bien, mientras llamo a la policía o al psiquiatra, lo que tú prefieras.

—Ah, no te preocupes, seguramente la policía ya está en camino —tomé la tetera entre mis manos y me la acerqué todo lo que pude a los ojos, intentando no saltarme uno con el pitorro. Después de darle varias vueltas encontré lo que buscaba, un pequeño agujero en el asa, tan pequeño que era prácticamente imperceptible si uno no se la pegaba a las narices—. Aquí está, muy bien disimulado, por cierto.

—¿De qué hablas? —le acerqué la tetera, y le enseñé el pequeño orificio—. Ah, eso, bueno, es un fallo del barro.

—Sí, claro, Odón Camuñas, experto en todo, que ha montado exposiciones con sus estupendas piezas, moldea una tetera y le deja un pequeño boquetito, claro, claro. Pero seguro que si rompemos el asa, veremos que por dentro está hueca, y que posiblemente queden restos de veneno o de droga, aunque también la puedes haber limpiado, ¿o no lo has hecho, creyendo que nadie lo descubriría? —comenzó a cambiar la cara—. Oh, vaya, esa cara quiere decir que no. ¿Sigo?

—Sí, por favor, no te cortes, estoy fascinado.

—Bien, pues el sistema es bien sencillo: metes el veneno por el agujerito, y lo tapas con cera o algo que puedas quitar fácilmente; luego, coges la tetera y sirves el té a todo el mundo, y cuando le llega el turno a la pobre de Remedios, quitas el dedo, y así dejas caer el veneno, seguramente por

otro agujero que tendrá el asa y que la comunica con el interior del pitorro de la tetera. Y *voilà*, ya tenemos el asesinato perfecto.

Odón Camuñas, sentado en su silla, la espalda echada hacia atrás, empezó a aplaudirme. La verdad es que esperaba otra reacción, quizás un ataque sorpresivo con la espumadera, o un golpe traicionero con la silla, pero lo del aplauso me sorprendió.

—Magnífico, realmente magnífico —mientras aplaudía, asentía con la cabeza en un gesto sincero y admirativo—. Me has dejado de piedra; no esperaba que fueras tan agudo, la verdad.

—Ha sido todo por casualidad, de veras.

—Bueno, la casualidad, la indiscreción, y unas buenas dotes de lógica para unir todos los datos, todo junto... Nada mal, no está nada mal. Definitivamente tienes que pertenecer al club. Quizás les mande una carta recomendándote.

—Si te dejan escribir desde la cárcel...

En ese instante sonó el timbre de la puerta; al otro lado, un murmullo de mucha gente, un pequeño revuelo que iba aumentando de volumen. Entre el maremágnum de voces, Doña María del Pilar sobresalía sobre el resto, diciéndoles que le estaban dejando la escalera perdida de colillas, y que si se creían que iban a irse de rositas estaban todos muy equivocados.

—Juan, por favor, ¿podrías abrir tú la puerta?

Dicho y hecho. Unos agentes de policía y otros señores de paisano, seguramente detectives, enseñaron sus placas.

—¿Odón Camuñas, por favor?

Tras de mí, una voz aguda y serena respondió que adelante y que si deseaban una taza de té.

Cinco dedos marcados,
una nota y un café pendiente

En el barrio no se hablaba de otra cosa; no había panadería, tienda de ultramarinos, cafetería o estanco en el que no se comentara lo sucedido la noche anterior. Y en medio de todas esas conversaciones, Juan Cacho. «Sí, hombre, el tío ese que vive en el quinto del bloque de enfrente del kiosco, al lado de la tienda de deportes; uno muy canijo y con unas pintas muy raras que trabajaba en la academia del vicioso ese». Me había convertido en héroe, algo extraño para mí que sólo pasaba por esos tragos cuando le traía las notas a mi madre. La historia estaba empezando a tomar tintes épicos. Que si había luchado contra Odón, que si éste estaba armado con una sierra eléctrica, que si había esquivado unas balas... «¿Balas?» Que si mi vecino tenía escondidas en el cuarto a doce chicas rusas destinadas a formar parte de la plantilla de un burdel de carretera, del que, por cierto, era el principal cliente... Ya se sabe qué pasa en estas situaciones: el comentario era una bola de nieve del tamaño de un grano de arena a la entrada del barrio, y cuando llegaba a los bloques situados en la parte de arriba, era tan grande como un autobús de línea.

Y yo, mientras tanto, volvía de la comisaría. Me había pasado toda la noche declarando, contando la historia una y otra vez. Que si se rompió la escayola, que si vimos la cámara, que si no me fiaba de mi vecino, que si se escuchaban risas... Evidentemente, la parte del registro me la salté; no por nada, es que no me apetecía probar la comodidad de los calabozos de Alhaurín. Así que una llamada anónima les informó de que, en el escritorio, tras los libros, podrían encontrar información importante para el caso. Gracias a Dios, de Vicente sólo constaban en los archivos las huellas digitales, pero no su voz.

Cuando volví a casa, todo con el que me cruzaba me saludaba, como si me conocieran de toda la vida. Dos señoras mayores se me quedaron mirando unos segundos, con el descaro propio de la tercera edad; cuchichearon algo entre ellas y se santiguaron. Al entrar al bloque me encontré a Doña María del Pilar barriendo los escalones de la entrada con la violencia acostumbrada, intentando quitarle el dibujo al terrazo.

—Oh, don Juan, qué alegría me da verle... De buenas nos hemos librado gracias a usted...

—Buenas, doña María...

—...Porque yo siempre lo he dicho, que usted era una bellísima persona, un auténtico caballero de los que ya no quedan, no como ese degenerado del tercero, así lo metan en la cárcel y tiren la llave al mar...

—La dejo, que estoy loco por pillar la cama...

—...Y es que nos tenía tan bien engañados a todos; menos a mí, claro, que lo tenía calado y bien calado. Vamos, de una se van a reír, como no tiene una experiencia ni nada con semejante clase de individuos... Pero usted es distinto, qué va, donde va a parar, porque...

Cuando la puerta del ascensor se cerró a mis espaldas, ella seguía con su monólogo. Esperaba que se le pasara pronto, se le olvidara todo y me dejara tranquilo. Aunque, bien pensado, quizás todo esto sirviera para que no me achuchara mucho con el pago del alquiler. La casa estaba vacía; lo más probable era que Vicente estuviera en el Dos Tercios aumentando más mi fama y poniéndose a sí mismo por las nubes como pieza fundamental en toda la historia. En cierta forma, no se podía negar que tenía buena culpa del descubrimiento y si de esa manera me quitaba protagonismo, pues miel sobre hojuelas.

Estaba totalmente rendido: la espalda tensa, los ojos rojos como dos tajadas de sandía, unas ojeras grandes y negras como dos máquinas de escribir, y un pellizco en la boca del estómago de no probar bocado en un buen número de horas. Pero no era el momento de sentarse a la mesa sino de descansar, y luego ya nos hincharíamos. Así que eché las persianas hasta abajo, descolgué el teléfono y me tiré en la cama vestido y todo, boca abajo y metiendo la cabeza debajo de la almohada. Al rato, unos golpes en la puerta me despertaron. A mi parecer, no habían pasado más de cinco minutos, pero al comprobar la hora en el reloj de la mesilla de noche, observé que había dormido más de seis horas; o sea, que me había perdido el desayuno, el almuerzo y llevaba camino de saltarme la merienda. Si se enterara mi madre, me castigaría sin ver la tele.

—Ya vaaaaa, ya vaaaaa —el que fuera tenía unas enormes prisas porque no paraba de aporrear la puerta a golpes de nudillo—. ¿Es que se le está pegando fuego al bloque o qué?

—Hola, Juanillo...

—Maldito niñato del demonio... Tienes diez segundos para inventarte la mejor excusa del mundo para que me despiertes así. Y si no la tienes o no es lo suficientemente buena, empieza a correr escaleras abajo.

Este Angelito tenía el don de la oportunidad.

—¿Qué pasa, tío, que tu madre no te enseñó a desnudarte antes de echarte a dormir? Anda, déjame pasar, que tengo que contarte novedades... Y de las buenas.

Y sin más preámbulos se me metió en la casa, abrió el frigorífico y se sirvió la última lata de Coca Cola que me quedaba. No, si al final iba a haber más de un crimen en el bloque...

—Antes de que acabes con todo lo que me queda, ¿podías sentarte y explicarme de qué demonios me estás hablando?

—Oh, sí, claro.

La historia había salido como planeamos. Tras enganarla, haciéndose pasar por el bello joven de dieciocho años, rockero y melenudo —foto incluida— había conseguido sin esfuerzo una cita con ella en la hamburguesería. Por otro lado, y para rizar el rizo, había enviado *emails* a sus compañeros de clase, anunciándoles que el día de la cita algo gracioso iba a pasar en la hamburguesería, a las seis de la tarde. Así que hoy, día convenido y a la hora acordada, aquello estaba como un estadio de fútbol en la final de la Copa del Mundo; vamos, que los alfileres no podían pasar por taquilla. La había hecho esperar tres cuartos de hora, observándola desde un rincón apartado, en una mesa medio escondida tras una máquina de refrescos.

—Joder, macho, he disfrutado viéndola esperar de pie, en la puerta, mirando para todas partes desesperada.

—Eres cruel, Angelito...

—Me importa una leche.

—¿Y qué pasó?

—Pues, nada, cuando ya me he cansado de verla esperar, me he acercado a ella y le he dicho suavemente al oído: «No lo esperes, que nunca aparecerá».

—Definitivamente, tienes un taco de mala leche.

—Jejeje, pero no tanto como ella, desde luego. Al oírme, ha pegado un respingo, me ha mirado con ojos de asesina y me ha preguntado que de qué estaba hablando. Y yo se lo he contado todo todo todo... Imagínate su cara conforme se lo iba contando.

—Sí, me hago una idea. Y también me imagino su reacción.

—Pues sí, me ha arreado una torta de las buenas... Pero, ¿sabes una cosa? Ni me ha dolido. Simplemente me la he mirado fijamente a los ojos, he sonreído y le he dicho: «Ya sabes lo que se siente». Me he dado media vuelta y me he venido para acá.

—Sí, ya veo que aún tienes las marcas de los dedos en la cara. Anda, quédate ahí, que te voy a poner un poco de hielo, a ver si lo podemos disimular un poquito.

La niña pegaba con ganas; dudaba de que esos cinco dedos desaparecieran antes de un par de días.

—No sé si estoy majara pero en el fondo me da pena de ella, y tengo una especie de cosa rara en la barriga...

—Remordimientos, Angelito, eso se llama remordimientos —le respondí desde la cocina, mientras envolvía los cubitos de hielo en un trapo—. Si es que en el fondo eres un tontorrón, con mala leche, eso sí, pero un tontorrón, al fin y al cabo. Anda, ponte esto en la cara, a ver si podemos conseguir que tu hermana no lo vea. Por cierto, ¿por dónde anda?

—Ufff, joder, cómo duele esto... Pues creo que está en casa, pero yo la dejé acostada...

—Ya, me lo imaginaba.

—Joder, tío, no veas cómo está el barrio de revolucionado; he tenido que contar la historia unas mil veces.

—Bueno, eso es cosa de un par de días; ya verás como para la semana que viene ya nadie nos señala por la calle.

—Ya, hombre, ya..., pero no veas si mola eso de la fama.

—Pues ya sabes, si lo prefieres, te dejamos la cara así y decimos cómo ha sucedido; verás lo famoso que te haces en el barrio.

—Ejem, ejem, esto... No, si a mí me da igual. Verás, como que no me importa... Además, eso de la fama es un rollo; al final te cansas de los fotógrafos, las cámaras...

—Anda, anda, que tienes un morro que te lo pisas... Bueno, levanta el culo y tira para tu casa. Si ves a tu hermana dile que tengo que hablar con ella de un asunto, ¿de acuerdo?

—Vale, tronco, se lo diré. Y ándate con cuidado que lo mismo sales en la portada del Semana.

—Descuida, descuida...

Perdida toda esperanza de recuperar el sueño perdido me senté en el sofá intentando, al menos, que descansara el cuerpo ya que era posible que lo hiciera la cabeza. Daba cabezadas cada dos por tres, pero no podía pasar de ahí; como máximo, dos minutitos de sueño ultraligero, y pare usted de contar. En uno de esos barbillazos contra el pecho, alguien llamó suavemente con los nudillos y deslizó un pequeño sobre por debajo de la puerta. Eso me llamó soberanamente la atención; el único correo que recibía en casa lo constituían extractos de la nada bancaria, recibos,

domiciliaciones, las revistas a las que estaba suscrito y propaganda del último centro comercial abierto en el barrio. Así que de cartitas por debajo de la puerta nada de nada. Además, estaba el hecho de que no habían esperado a que abriera, lo cual sólo me dejaba dos posibilidades: una, que el cartero fuera el hombre o mujer más tímido del mundo o dos, que el remitente no deseara cruzarse conmigo. Rápidamente, me decanté por la segunda opción porque Rafa no tenía nada de tímido, y si no que se lo preguntaran a una de las vecinas del bloque de al lado que aún anda con los trámites de la separación.

En vista de que la teoría del caos no se manifestaba empujando a todo el aire de la habitación para que se con-fabulara y trajera el sobre hasta mis pies, tuve que arrastrarme hasta la puerta, agacharme y recoger un pequeño sobre blanco del suelo. La blancura se rompía con la negrura de seis pequeñas letras, escritas con la típica caligrafía de una mujer joven. Lo que nos faltaba: una cartita de Amparo.

El primer impulso fue el de convertirla en confeti; el segundo, usarla como papel higiénico; y el tercero, simplemente devolverla por debajo de la puerta de una suave patada. Pero, en el fondo, estaba deseando conocer qué demonios era lo que contenía; si disculpas, maldiciones en varias lenguas o un pequeño dispositivo de relojería. Así que me decidí a abrirla. De todas maneras, no tenía fuerzas ni para romper un sobre. En cuanto a la bomba, si llevaba alguna ya era demasiado tarde porque sobre la mesa estaba el sobre abierto y a su lado un folio escrito.

«Querido Juan...» —vaya, ahora querido— espero que te encuentres bien y que hayas descansado lo suficiente... —mira, se desvive por mí—. Me he enterado de todo esta

mañana y me ha pillado de sorpresa. No esperaba que Odón fuera de esa clase de personas; no era un tipo normal, pero no creía que pudiera llegar hasta ese extremo... —hombre..., normal, normal, no era no—. Te preguntarás qué tengo yo que ver en todo esto... —pues sí, me lo pregunto—. Es todo un poco enrevesado, pero cuando te lo explique lo entenderás... —soy todo ojos—. Verás, yo entré hace tiempo en una de esas webs de las que es propietario Jaime Calahorra, para mandar algunas fotos mías... —vaya, vaya...—, bueno, no pienses nada raro de mí; en cierta forma me daba, y me da, mucho morbo que cualquier desconocido pueda verme desnuda, así que eso fue lo que me llevó a mandarle mis fotos. Luego, con el tiempo, se puso en contacto conmigo para ver si era capaz de grabar unos videos con un amigo suyo. Sí, con Odón... —joder, que tía...—, me lo pensé un tiempo pero al final acepté; eso era darle una vuelta más de tuerca a mí, digamos, especial percepción del sexo... —y que lo digas—. De esa manera fue como lo conocí. Usábamos las clases particulares como una tapadera para poder vernos, concertar citas, preparar los videos, todo eso mientras su mujer estaba fuera, de compras, o en el gimnasio... —no, si de tontos no tenían ni un pelo—. Pero luego te cruzaste tú; no creas que te miento, te estoy siendo muy sincera. Me atraías y me atraes mucho, por eso me acerqué a ti; eres tan... Tan blando, tan miedoso, que me dabas un poquito de lástima pero luego vi que tenías tu encanto y no como la mayoría de los hombres que conozco, que son todos unos babosos... —hombre, qué halago—. La tarde de lo de la bañera subí a tu casa dispuesta a llevarte a la cama de una vez; es muy sencillo parecer que has llorado, sólo hay que dejar que te entre en los ojos el humo de un cigarrillo... —joder con la niña—. Pero

cuando pasó lo que pasó, creí que lo tenías preparado con Odón o con Jaime, no sé, algún numerito raro, cualquiera sabe. Por eso me fui muy enfadada de tu casa, porque pensé que todo no era más que otra de las gracias de Odón y Jaime. Y me quité de en medio, no por nada, sino porque vi que las cosas estaban un tanto fuera de lugar. La muerte de Remedios me hizo pensar que había asuntos turbios y no quería verme envuelta en ellos. Así que hice el petate, y me volví al pueblo de mis padres. Y ahora he regresado cuando me he enterado de todo; veo que en el fondo no eres sino lo que vi, un hombre sencillo, tierno y algo tonto, pero encantador. Fue muy divertido estar a tu lado y espero que algún día te vuelvas a cruzar en mi camino. Un beso.

Terminé de leer la carta y la dejé sobre la mesa. Volví a cogerla y la releí unas tres veces, creo recordar. No estaba seguro de si enfadarme, sentirme halagado o yo qué sé; la cuestión tenía narices. A mi edad, envuelto en jueguecitos de lolitas revoltosas con ganas de cachondeo, pero eso sí, le parecía tonto y encantador. Manda huevos... En fin, que le íbamos a hacer; me resultaba curioso que, a mis años, pudiera atraer a una chica como Amparo; no era algo que me sucediera todos los días ni todos los meses ni todos los años. Así que, en cierta forma, me halagaba. Pero por otra parte me sentía utilizado, usado en los juegos eróticos de una jovencita insaciable y buscadora de nuevas sensaciones. O sea, que no sabía qué carajo pensar ni a qué demonios atenerme. Lo más lógico era olvidarlo todo y no darle más vueltas a la cuestión.

Los días fueron pasando y las aguas volvieron a su cauce; ya casi no me señalaban por la calle no me asediaban a preguntas ni se santiguaban a mi paso. Así la vida era más

cómoda; lo jodido era que había perdido el trabajo, por lo que me encontraba con una mano delante y otra detrás. Por suerte, Vicente tenía unos ahorrillos guardados —no me pregunten cómo ni de qué manera— que nos servirían para echar el verano mientras yo encontraba otro trabajo.

Una tarde, cuando terminé mis clases con Ángel, me crucé con Nieves en el descansillo de la planta; hacía casi una semana que no la veía y no habíamos vuelto a hablar del tema ni de nada de nada.

—Hola, vecina, ¿cómo estamos?

—Pues nada, vecino, vengo de trabajar. Y tú, de darle clases a mi hermano, ¿no?

—Pues sí... —El ambiente era algo tenso entre los dos y el aire se estaba poniendo espeso. No sé, era como si hubiera asuntos pendientes que tratar pero ninguno de los dos tuviera el valor suficiente para afrontarlos—. ¿Tienes algo que hacer ahora?

—¿Ahora? Pues... No sé, la verdad...

Huy, qué poco me gustó esa respuesta; sonaba a espérate que busque una excusa para poder escaparme de aquí.

—Bueno, supongo que estarás atareada... Quizás otro día... «Cobarde, más que cobarde».

Eché a andar escaleras arriba con el peso del miedo en las piernas.

—¿Y para qué quieres saberlo? —me contestó cuando casi llegaba a la siguiente planta. Me volví raudo y veloz escaleras abajo. Casi patino un par de veces y me dejó mi escaso culo entre los peldaños.

—Bueno, como tenemos un café pendiente, pues me preguntaba si ahora..., es decir, si no tienes nada que hacer... Pues eso, podríamos tomarnos uno... Pero si ahora no puedes, pues nada, en otra ocasión, que hay más días que ollas...

—Ya, Juan, ya, para ya. Venga, vamos a tomárnoslo —y tal y como terminó la frase me tomó del brazo mientras llamaba al ascensor—. Pero nada del Dos Tercios...

—Nonononononono, donde tú quieras; si a mí me da lo mismo, yo no tengo ninguna preferencia especial. Vamos, que me da igual...

—Vale... Pues entonces llévame al Parador de Gibralfaro, que tiene unas vistas muy bonitas y esta noche está la luna llena.

—Estupendo. Genial. Qué buena idea... No se me había ocurrido...

—Pero prométeme una cosa.

—Lo que quieras. Lo que sea. Lo que haga fal...

—Júrame que en tu coche no hay cámaras.

F I N

Y ahora, una cosa

Bueno, pues ya está.

Si has llegado hasta aquí significa una de dos: o te ha gustado la historia o eres una persona extraordinariamente cabezota. En cualquiera de los dos casos, gracias.

Como esta novela es gratuita, puedes hacer conmigo algo que seguramente Vicente entendería perfectamente: **pasársela a otro**.

Puedes enviarle el EPUB o el PDF completo, tal como lo has recibido, o compartir la página oficial de descarga.

Si además quieres contar qué te ha parecido, hacerlo también ayuda. Una opinión sincera -buena, mala o de esas que empiezan por «mira, Juan...» - puede servir para que otra persona decida leerla.

Y si quieres saber cuándo vuelvo a meterme en problemas, en la web podrás encontrar las novedades sobre la siguiente historia.

Gracias por haber llegado hasta el final.

Juan Cacho

WEB OFICIAL / QR

Pendiente de incorporar antes de publicar la edición definitiva.

Este espacio quedará sustituido por el enlace oficial y su código QR.